

S. A. STEEMAN

EL ASESINO
VIVE EN EL 21



SIRUELA

EL ASESINO VIVE EN EL 21

STALISNAS-ANDRÉ STEEMAN

S. A. Steeman

EL ASESINO
VIVE EN EL 21

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

PRÓLOGO

El transeúnte cayó sin un grito, absorbido por la niebla antes de llegar al suelo. Su maletín de cuero hizo plon al golpear la acera.

Mr. Smith suspiró. Pensaba: «¡Qué fácil es! ¡Aún más fácil que la primera vez!».

De hecho, no había notado el sudor en las manos ni los retortijones en el vientre que, dos noches antes, habían ralentizado su impulso asesino.

Las farolas, encendidas desde la mañana, marcaban las calles con capullos luminosos y los escasos vehículos rodaban al paso. De los agentes de la circulación no se distinguían más que los guantes y el casco blanco por encima de la mancha lívida del rostro. «¡Un tiempo perfecto para los asesinos!», como había dicho Mr. Smith a la señora Hobson al salir de casa.

Volteó el cuerpo con el pie, se arrodilló, asió la muñeca de su víctima. Luego sus manos enguantadas de caucho negro la recorrieron como necróforos diligentes.

Dos minutos después, frente al número 15 de Rackham Street, cuatro hombres rodeaban un bulto oscuro tendido sobre la acera.

El primero era el doctor Graves, del cercano Hospital Princesa Luisa. El segundo llevaba uniforme de policía. El tercero era el inspector Fuller, de Scotland Yard. El último, al fin, visiblemente abrumado por sus responsabilidades, provenía también del Hospital Princesa Luisa, donde era ordenanza. Era él quien, tras tropezar unos momentos antes con el cadáver, había dado la voz de alarma.

—Fractura del cráneo —determinó el médico mientras se ponía en pie—. Muerte instantánea producida, como mucho, hace un cuarto de hora —añadió sin expresar emoción alguna—. El segundo en tres días, si no me equivoco.

El inspector se había inclinado a su vez sobre la víctima. Como hombre seguro de lo que se traía entre manos, hizo dos gestos simultáneos. Su mano izquierda registró el bolsillo de la chaqueta y salió vacía. La derecha se deslizó bajo el cuerpo y sacó una tarjeta de visita con un simple nombre manuscrito.

—Me pregunto... —empezaba precisamente a decir el policía.

—Sí —dijo Fuller.

El superintendente Strickland tenía fama, y con razón, de ser el hombre más flemático de todo Scotland Yard. La propia señora Strickland había renunciado definitivamente a hacerle perder su sangre fría el día en que le había dado, por tercera vez, gemelas.

—¿Y? —dijo cuando el inspector Fuller le hubo relatado el crimen cometido en Rackham Street.

Fuere cual fuera la historia que le contaban —aun cuando se tratase de la de algún miserable que se degollaba después de exterminar a toda su familia—, el superintendente Strickland farfullaba: «¿Y?». No había desenlace que lo satisficiera.

—Porter ha confesado, señor. Le había dado las perlas a sus peces dorados.

—¿Y?

—Hemos arrestado a la mujer, señor. Es camarera en Lyon's.

—¿Y?

De modo que la mitad de la policía metropolitana soñaba con responderle: «¡Y el lobo se la comió!».

Fuller, el gordo y formalista Fuller, tuvo aquella tarde la tentación de hacerlo. Pero supo ocultarlo.

—Pues que el hombre de Rackham Street —respondió— fue mortalmente golpeado con un saquito de arena, como el señor Burmann en Tavistock Road antes de ayer. Lo mataron, como al señor Burmann, para robarle. Su asesino, por último, ha vuelto a dejarnos su tarjeta de visita.

Dicho esto, el inspector Fuller posó sobre la mesa la tarjeta descubierta bajo el cuerpo unos veinte minutos atrás.

—¡Mr. Smith! —leyó en voz alta el Súper—. ¿Por qué necesita nuestro hombre firmar sus crímenes así?

—¡Yo también me lo pregunto! —exclamó Fuller—. Sería comprensible por parte de un loco. Pero Mr. Smith no tiene nada de loco. Obedece al móvil más vulgar: el interés.

Strickland meneó la cabeza.

—¿Quién sabe? Puede que los robos sirvan únicamente para despistarnos. ¿Se conoce la identidad de la víctima?

—Todavía no, señor. Pero he encargado a seis hombres que interroguen a los ocupantes de las casas cercanas al lugar del crimen.

Fuller sintió la necesidad de justificarse.

—Al fin y al cabo, hay un precedente... Puede que la segunda víctima también fuese atacada en su vecindario.

Strickland asintió en silencio. Pensaba en el hombre que decía llamarse Smith. ¿Era su verdadero nombre? Improbable. ¿Se ocultaba tras un seudónimo? En ambos casos, ¿cuál era el propósito de aquel morbosos exhibicionismo?

Strickland pensó de nuevo en su velada echada a perder —iba a tener que estar de guardia hasta que se perdiese toda esperanza de averiguar algo más aquel día—, en el osobuco que la señora Strickland se comería sin él, en la cólera terrible que embargaría al coronel Hemphorne cuando supiera de aquel segundo atentado.

—¡Escúcheme bien, Fuller! —le increpó al fin—. Si la identidad de la víctima no queda establecida esta misma noche, haga publicar un anuncio en los diarios matutinos. Reclame al doctor Hancock sus conclusiones en doce horas. Duplique las rondas, por si acaso, en los alrededores del Saint Charles College y de la estación de Westbourne Park. Orden de interrogar y registrar a todos los individuos sospechosos... Quiero un informe cada hora.

«¡Cada hora!». Fuller comentó *in petto*¹ que el Súper acababa de dar la única muestra de emoción de la que era capaz. Dijo: «Bien, señor», y se dirigió hacia la puerta.

Cuando salía, se dio la vuelta. Strickland tenía sujeta entre el índice y el pulgar la

tarjeta en la que una mano desconocida había trazado, en letras de imprenta, el nombre de Smith, y la contemplaba pensativo.

Las miradas de ambos hombres se cruzaron y Fuller tuvo un arranque de audacia.

—Mal asunto para los Smith, señor —dijo—, si me permite dar mi opinión.

De hecho, el asesinato de Rackham Street, que había seguido con un intervalo de cuarenta y ocho horas a un crimen de todo punto de vista similar, había de tener, entre otras consecuencias, curiosas repercusiones sociales.

Personas que gozaban hasta entonces de halagadora reputación y cuya única falta era apellidarse Smith no inspiraron más, de la noche a la mañana, que hostilidad y recelo. La gente se cambiaba de acera cuando se acercaban, eran señaladas con el dedo. Algunos recibieron el desprecio de los comerciantes. Otros se vieron expulsados de los círculos donde, la víspera, aún eran recibidos con reconfortante cordialidad. «¡Boicot a los Smith!», tal era la voz del pueblo. En el East End la policía fue llamada a proteger varias tiendas que la multitud comenzaba a saquear, y el *signor* Chipini, activo director del Savarin, tardará en olvidar la batalla campal provocada, un sábado por la tarde, por un botones que tuvo la desafortunada idea de cruzar el vestíbulo del hotel (que contenía no menos de tres ovejas negras) llevando una pizarra en la que estaba escrito: «Preguntan por el señor Smith al teléfono». Si no hubo muertes fue por puro milagro.

En vano un semanario, cuyo buen humor no se alteraba nunca, propuso desbautizar a los cerca de cinco mil (?) Smith de Londres y llamarlos Jones. El recuerdo aún vivo de Jack el Destripador parecía haber arrebatado, al pueblo que ha revelado a sus vecinos tanto el nombre como la cosa en sí, el sentido del humor. Sin duda, Mr. Smith ahorraba a los cadáveres de sus víctimas las atroces mutilaciones que les infligía su predecesor. Pero, al contrario que él, no tenía la excusa de la demencia. Sus crímenes solo estaban inspirados por la codicia. Pensándolo bien, eso los hacía aún más horribles.

El señor Burmann había sido asesinado en Tavistock Road, el 10 de noviembre a las once de la noche, y el señor Soar —el muerto de Rackham Street era un anticuario llamado Benjamin Soar— el 12 de noviembre sobre las cinco de la tarde.

El 19 del mismo mes (Mr. Smith acababa de cometer su tercer crimen, en la persona de un abogado muy conocido llamado Derwent), un tal señor Jeroboah Smith se tiró al Támesis desde lo alto del puente de los Suicidas. Lo rescataron, pero el baño helado le valió una pleuresía que se lo llevó en veinticuatro horas. Durante los días siguientes, fueron incontables los Smith que se quedaron sin empleo y los que, tras abandonar su casa con la esperanza de encontrar vecinos más tolerantes, buscaban en vano alojamiento. Tener el apellido Smith equivalía, desde aquel momento, para un criado a recibir el finiquito, para un viajante a verse echado a la calle *ipso facto*, y para un vagabundo a verse desposeído de su travesaño de piedra bajo el puente de las dos Torres.

Ciertos espíritus positivos intentaron demostrar, en el transcurso de acaloradas discusiones, que era muy improbable que el apellido Smith del que se valía el asesino fuese realmente el suyo. Les respondieron de muy mala manera y fueron considerados sospechosos.

Londres, que conocía el miedo, no escuchaba la voz de la razón. Quería responsables.

Scotland Yard, sin embargo, no permanecía inactivo.

Cada día sus jefes, a los que la creencia popular designa como los Cuatro Grandes, adoptaban nuevas y excelentes medidas.

De este modo, después del crimen de señor Derwent, asesinado en Maple Street, se dieron cuenta, plano en mano, de que el radio de acción de Mr. Smith se inscribía en un vasto cuadrilátero que iba a lo largo desde el Museo Británico hasta Wormwood Scrubs y que englobaba la mayor parte de Paddington, Bayswater, Notting Hill, etc.

Por lo tanto, se decidió principalmente que:

Todos los agentes y detectives de paisano encargados de vigilar aquella parte de Londres irían provistos, día y noche, de un revólver.

Se duplicarían los efectivos a la primera señal de niebla.

Deberían interrogar, y registrar si fuera necesario, a todo transeúnte solitario.

La vigilancia ejercida en dichos barrios por las Brigadas Volantes² y las patrullas en motocicleta sería reforzada (siempre y cuando hubiera niebla) en un cincuenta por ciento.

Los propietarios de hoteles, casas de huéspedes, etc., estaban obligados a colaborar con la policía proporcionando información sobre toda persona cuya conducta levantase sospechas.

El primer efecto causado por estas medidas, que generaron otras veinte (puesta a prueba de nuevos sistemas de alumbrado para la niebla, investigaciones en los bajos fondos, etc.), fue subir la moral de la población, y el segundo, ralentizar la nefasta actividad de Mr. Smith. Estuvo en paro —si se permite la expresión— durante exactamente treinta y cuatro días.

Todo el mundo sabe con qué alegría celebra Londres la Navidad. Y también de qué forma tan unánime. Sus habitantes tenían pues derecho a albergar secretamente la esperanza de que Mr. Smith —si es que era inglés— respetase la tregua navideña.

Pero hay que creer que Mr. Smith no era inglés, o bien que el sulfuroso «puré de guisantes» que acolchaba las calles desde mediodía, aquel 24 de diciembre, logró hacérselo olvidar...

En todo caso aquella noche, cuando el agente de Policía Alfred Burt tomaba Foxglove Street procedente de Western Circus, oyó a poca distancia el ruido de una caída. Encendió precipitadamente su linterna y echó a correr. ¡Lástima! Fue un error. Lo comprendió al ver de pronto a un hombre que huía doblado en dos mientras se dibujaba sobre la acera un oscuro bulto inmóvil. El espectáculo, sin embargo, no logró más que azuzar a Burt. Las circunstancias le ofrecían una oportunidad única de distinguirse y pensaba aprovecharla. Dando largas zancadas se llevó el silbato a los labios, buscó febrilmente su arma...

Pero estaba escrito que Alfred Burt no llegaría a convertirse en sargento. Allí donde Foxglove Street gira abruptamente a la derecha para confluir con Hilary Road, se encontró con su destino en forma de inocente transeúnte al que embistió de lleno. En el tiempo que le llevó ponerse en pie, el fugitivo se había volatilizado en la niebla³.

Veinte minutos más tarde, el agente Withers descubría a su vez, en las lindes de Wormholt Park, un cadáver aún caliente: el de una anciana con peluca pelirroja que, a juzgar por sus manos crispadas, había abandonado esta vida apretando

desesperadamente contra su pecho un bolsito de mano para entonces desaparecido.

Mr. Smith —bien que hubiera querido vengarse de haber pasado miedo, bien que su primer crimen no le hubiera producido beneficios— había dado un golpe doble.

Después de semejante ofensa, Scotland Yard tenía naturalmente la obligación de convocar una nueva asamblea. Convocó a no menos de diez peces gordos, de los cuales cuatro acudieron, con la presteza de los condenados, a casa de *sir* Leward Hughes, el primer ministro.

Mr. Smith, en efecto, se había convertido en una especie de plaga nacional capaz, si no se restablecía el orden de inmediato, de alarmar a todo Londres y, cosa aún peor, de poner en tela de juicio la excelencia de la Policía inglesa.

Sir Leward preguntó cuándo y cómo pensaba Scotland Yard poner fin a las hazañas de Mr. Smith. *Sir* Christopher Hunt, comisario jefe de la Policía, le expuso brevemente las medidas y *sir* Leward estimó, no sin razón, que era de todo punto de vista insuficiente, dado que Mr. Smith seguía llevando a cabo impunemente sus carnicerías. *Sir* Leward preguntó si Scotland Yard había efectuado algún arresto. El coronel Hemphthorne le respondió que se habían llevado a cabo doce, pero que ninguno había dado frutos. *Sir* Leward preguntó si Scotland Yard no había recibido sugerencias interesantes por parte de los particulares. El comisario adjunto Prior le respondió que se habían recibido mil ciento diecisiete, que todas habían sido examinadas exhaustiva y concienzudamente y que se habían seleccionado tres como dignas de interés. *Sir* Leward preguntó a *sir* Christopher si pensaba en la caída del ministerio y *sir* Christopher le respondió presentando su dimisión. *Sir* Leward juró que no quería saber nada al respecto.

Finalmente se acordó que se ofrecerían, mediante carteles, recompensas de entre cincuenta y doscientas libras por cualquier información que pudiese llevar a la identificación o al arresto del criminal, y que *sir* Leward hablaría con el ministro de Defensa de la posibilidad de recurrir al Ejército para reforzar los efectivos de la Policía.

Al salir de la reunión, el coronel Hemphthorne se acercó a *sir* Cecil Blain y lo agarró por el brazo.

—¿Qué demonios le pasa, hombre? —se informó, enfurruñado, como de costumbre—. No ha pronunciado palabra en toda la tarde.

Sir Cecil miró malhumorado al coronel.

—¡Ya me gustaría verlo a usted en mi lugar! —estalló al fin—. Mi hija se casa mañana en San Pancracio ¡con un Smith!

Por su parte, Sturgess, secretario particular del ministro, trataba de que su jefe recobrase la confianza en el futuro.

—Créame, señor, Mr. Smith está yendo demasiado lejos. Lo perderá su audacia.

Pero el primer ministro no compartía su opinión.

—¡Al contrario, Sturgess! Le resulta muy útil. El hombre está embriagado. ¡Ahora ya nada lo detendrá!

Los acontecimientos habrían de darle trágicamente la razón.

En el momento en que comienza este relato, Mr. Smith acababa de matar a su séptima víctima, siempre en tiempo frío y brumoso, en el inmutable decorado de una ciudad fantasma.

CAPÍTULO I

HENRY BEECHAM SE ENFADA

El agente de policía Henry Beecham era conocido como el Lobo Blanco en todo Shoreditch por su paciencia y buen humor. Así, los nueve hijos de la señora O'Halloran, a quienes se unían en ocasiones las once hijas de la señora Mullins, podían seguirlo por la calle cantando a pleno pulmón: «Había una anciana en Brighton...», sin que él mostrase mayor reprobación que una amenaza con el dedo al volverse en las esquinas. Más aún, la señora O'Halloran en persona podía colmarlo de injurias cada sábado, tras haber sido expulsada de alguna taberna del barrio. No por ello dejaba él de acompañarla con firme dulzura hasta la puerta de su casa.

Esto explica el sorprendente desarrollo de la escena que viene a continuación. Con cualquier otro que no fuera Beecham, habría durado la mitad de tiempo.

Eran las cinco de la mañana del 28 de enero de 193... y el agente bajaba lentamente por Quaker Street cuando se detuvo, perplejo. A menos de cinco metros de distancia un hombre lo miraba con interés, subido a una farola como si fuera ni más ni menos que un cocotero.

«¡Bueno!», pensó Beecham una vez pasado el primer momento de sorpresa. «¡El tipo está como una cuba!». Y, como de costumbre, se vio inclinado a la indulgencia.

—¡Eh, oiga! —exclamó apretando el paso—. ¿Qué hace ahí arriba?

—¡Espero al obispo de Andover! —respondió el otro con sencillez.

A Beecham no le hacía gracia que se hablase mal de los obispos, pero, después de todo, el hombre no debía de darse cuenta realmente de lo que decía.

—¡No importa! —decidió Beecham—. ¡Baje! —Y añadió con un ánimo de conciliación conmovedor—: El obispo no va a ir a buscarlo ahí arriba.

Sin embargo el otro no parecía estar de acuerdo.

—¿Quién le ha dado vela en este entierro? —ladró arrancando de lo más hondo de su ser, a fuerza de carraspeos, un escupitajo que fue a estrellarse a los pies del agente—. ¡Cerdo granujiento!

Lo de «cerdo» tenía un pase. Es una de esas desagradables comparaciones cuya grosería se ha atenuado mucho con el tiempo. Pero Beecham tenía un punto débil: detestaba que se hiciera alusión a su bulbosa nariz. Dio la impresión de repente de haberse tragado un sable.

—¿Ha dicho usted «granujiento»? —insistió.

—¡Vaya si lo he dicho! —confirmó el otro—. ¡Cerdo granujiento! —Y añadió con

imprudencia—: ¿Acaso ignoraba usted hasta ahora la especie de calabaza que tiene por nariz?

«Dios bendito», pensó Beecham. Había llegado el momento de mostrarse enérgico.

—Yo solo sé una cosa —respondió con severidad—, ¡y es cómo va a quedarle a usted su nariz si no cierra el pico ahora mismo!

—¡Ah! ¿Sí? ¡Te voy a arrear una que se te van a salir los dientes por la nuca, poli malparido!

El hombre vomitó aquello sin pararse a respirar, como un auténtico *cockney*⁴. Beecham se quedó un momento sofocado, luego abrió pausadamente su gabán y sacó una libretita encuadernada en molesquín y un lápiz cuya mina humedeció con la punta de la lengua.

Habría dado cualquier cosa por arreglar el asunto de mutuo acuerdo. Pero, llegados a ese punto, resultaba imposible. Cinco o seis mirones cuyas risas iban del grave al agudo formaban un círculo en torno a la farola.

Beecham decidió, pese a todo, dar una última oportunidad al hombre colgado.

—¿Ha dicho usted «poli malparido»? —interrogó en tono incrédulo, dispuesto a aceptar que hubiera sido un burdo malentendido.

—¡Mal rayo te parta a ti y a todos tus muertos! ¡Vaya si lo he dicho!

De su color sonrosado natural, el rostro de Beecham viró al berenjena. «Mal rayo te parta...». Definitivamente intolerable.

Tras volver a guardar la libreta y el lápiz en el gabán, el agente agarró la farola con ambas manos, como si quisiera trepar por ella cual por una cucaña.

Pero hizo algo mejor. Alzando con presteza el brazo, agarró al hombre por el pie y tiró de él. El otro, sorprendido por lo fulminante del ataque, a punto estuvo de caerse. Pero recuperó el equilibrio y logró zafarse pisoteando la mano del agente con el pie izquierdo.

Al mismo tiempo, seguía injuriando alegremente:

—¡Quítate de en medio, hijo de mala madre!

Beecham suspiró. Ya no le quedaba más remedio. Agarró el silbato y sopló como Eolo, el dios de los vientos, en persona.

Mientras lo llevaban a la comisaría, el hombre de Quaker Street, aun bien sujeto bajo los brazos por los agentes Beecham y Jarvis, estuvo a punto de desplomarse una decena de veces. Pero apenas hubo franqueado el umbral de la comisaría recuperó el equilibrio como por arte de magia.

—¡Gracias, amigos! —dijo, no sin autoridad y antes incluso de que el sargento Guilfoil, que se había encaramado a toda prisa a su taburete, lo hubiera sometido al clásico interrogatorio de identidad—. Me harían un gran favor telefoneando a Whitehall 1212.

¡Whitehall 1212, el número de Scotland Yard! El sargento y sus subalternos intercambiaron una elocuente mirada.

—¡Santo cielo! —exclamó Jarvis, que empezaba a desabrocharse el gabán—. ¡Con dos nos bastamos para inculcarle el respeto que merece el uniforme!

El desconocido no se inmutó.

—¡Un minuto, Jarvis! Habría pensado que la Policía de Londres sería buena fisionomista.

En aquel mismo instante, Beecham exclamó sorprendido:

—¡Toby Marsh!

—El mismo que viste y calza —confirmó el otro con una reverencia—. Reconozco que el bigote despista. ¿Consienten ahora en telefonar?

Pero Jarvis, cuya tibia aún se resentía de los golpes generosamente distribuidos por el prisionero durante el trayecto de Quaker Street a la comisaría, no tenía intención de renunciar con facilidad a la revancha que se había prometido.

—¡Entre ahí, Marsh! —le ordenó empujando la puerta de una celda—. ¡Ya veremos después!

Toby Marsh negó con la cabeza.

—¡Me temo que no habrá «después», Jarvis!

Y, a pesar de no haberse movido, un largo puñal de mango negro destelló entre sus largos dedos.

—Al menor gesto brusco por su parte, Daisy los tomaría por blanco. En honor a la verdad, añadiré que mi manga izquierda contiene no menos de dos juguetitos de esta clase.

Los agentes se detuvieron, boquiabiertos... Toby Marsh tenía fama de ser el lanzador de cuchillos más hábil de toda Inglaterra.

—¡Enfunde eso! —farfulló al fin el sargento—. ¿Para qué quiere a los detectives?

Toby Marsh se miró las uñas.

—Para darles una dirección, sencillamente... ¡La de Mr. Smith!

Un cuarto de hora más tarde, dos hombres con impermeables chorreantes de lluvia entraban en la comisaría. Uno era el superintendente Strickland, y el otro un muchacho pelirrojo, alto y desgarrado, el inspector Mordaunt.

—¡Buenas tardes, Marsh! —dijo Strickland—. ¿Ha insultado usted a agentes del cuerpo en el ejercicio de sus funciones, parece ser?

—¡Vaya que sí! —exclamó Toby Marsh—. He utilizado todo mi repertorio.

—En tal caso, es mi deber advertirle...

—Lo sé, lo sé. El sargento Guilfoil ya me ha hecho más advertencias de las que he recibido en los últimos diez años. ¿Cree que me meterán entre rejas?

Strickland se encogió de hombros.

—Ya conoce la pena. Teniendo en cuenta sus antecedentes, puede darse con un canto en los dientes si el juez no la duplica.

Por extraño que parezca, esa posibilidad, en lugar de contrariar al prisionero, pareció proporcionarle un intenso alivio.

—¡Bien! —dijo frotándose las manos—. Puedo quedarme tranquilo. Mr. Smith no vendrá a por mí en la cárcel.

—De modo —empezó a decir Strickland— que por eso...

—¡Exacto! Imagínese que hubiese acudido valientemente a Scotland Yard. Mañana todo el mundo sabría quién ha sido el delator de Mr. Smith, los periódicos publicarían mi nombre, ¡en definitiva, tendría un pasaje para el otro barrio!

Strickland se inclinó hacia delante.

—¿No está seguro entonces de que su información nos permita arrestar hoy mismo a Mr. Smith?

—¡Debería! —masculló Toby Marsh. Y, de pronto, embargado por la inquietud

añadió—: ¿No irán a regatear? Dos mil libras en metálico, ¿ese es mi precio!

El inspector Mordaunt, que había sido convocado con el propósito de mecanografiar las declaraciones del prisionero, bullía de impaciencia. El superintendente, por el contrario, parecía, como de costumbre, mediocrementemente interesado.

—La policía —dijo citando textualmente uno de los carteles rojos colgados de todas las paredes de la ciudad— será la única en valorar la importancia de las informaciones proporcionadas y la recompensa que merecen. Ahora bien, señor Marsh, si prefiere callarse, está en su derecho. Debo, en todo caso, recordarle que todo ciudadano que oculte hechos susceptibles de llevar al arresto de un criminal será considerado cómplice del mismo.

Toby Marsh rio con vulgaridad.

—Bueno bueno... Si realmente dudase de cobrar mis dos mil libras, siempre podrían acusarme de haber robado las Agujas de Cleopatra...

Visiblemente había vencido sus últimas vacilaciones.

—¿Listo, Mordaunt? —preguntó Strickland.

—Listo —dijo Mordaunt.

Toby Marsh los miró con aire divertido y se reclinó en la silla con los dedos metidos en las sisas del chaleco.

—Huelga recordarles, supongo, que Mr. Smith cometió su último crimen antes de ayer, hacia las siete de la tarde, en Sutton Street, ¿verdad? Bien. Esa noche iba yo cruzando Soho Square, cuando dos hombres me adelantaron pisándome literalmente. Caminaban uno detrás del otro, pero el primero parecía ignorar que el otro lo fuera siguiendo. ¡Y no es de extrañar! El segundo no hacía más ruido que un espectro.

—¡Un momento! —intervino Strickland—. ¿Le vio usted la cara?

Toby Marsh negó con la cabeza.

—¡No, muy señor mío! Llevaba un impermeable largo, el cuello subido le tapaba la parte inferior del rostro y la niebla se encargaba de ocultar el resto.

—Muy bien. ¿Qué pasó entonces?

—Primero me quedé un momento parado como un idiota. «Después de todo», me dije, «no hay nada extraordinario en que dos tipos sigan el mismo camino y en que uno de ellos lleve suelas de fieltro». Pese a lo cual, decidí seguirlos a mi vez. Demasiado tarde, por desgracia. Apenas había dado cinco o seis pasos cuando oí como un ruido de caída, ese famoso ruido sordo, ya saben, que tan pormenorizadamente describió el agente Alfred Burt. Así que me envalentoné. Pegándome a los edificios y con sigilo, tuve la suerte de alcanzar al tipo en el momento en que iba a esfumarse en la niebla. Entre paréntesis, he de añadir que, de haber tenido dudas sobre su identidad, el cadáver tendido en el suelo las habría disipado...

Toby Marsh hizo una breve pausa para disfrutar del efecto causado. El sargento Guilfoil maldecía entre dientes y el inspector Mordaunt escribía con febril presteza.

—Naturalmente —farfulló Strickland—, su primera idea fue pedir ayuda.

Toby Marsh lo miró con curiosidad. No le gustaba ser interpretado con tanta facilidad.

—¡Naturalmente! —dijo sin mayor convicción que su interlocutor—. También pensé en atacar al tipo por detrás —prosiguió, vigilando de reojo las reacciones del superintendente—. ¡Pero él iba armado y yo no! Concluí, por tanto, que lo mejor que podía hacer era seguirlo sin revelar mi presencia. Si hubiera pedido ayuda, se habría

desvanecido en la niebla una vez más. Mr. Smith, puesto que hemos de llamarlo por su nombre, empezó a caminar por Charing Cross Road y luego por Caroline Street. A menudo miraba hacia atrás, pero yo lo seguía a distancia suficiente para que mi silueta, apenas visible en la bruma, no despertase su desconfianza. En Bedford Square pareció vacilar sobre qué dirección tomar. Caminó en primer lugar hacia el Museo Británico, luego volvió atrás de forma precipitada, mientras yo me escondía en un portal, y rodeó el museo por Bloomsbury Street, Great Russel y Southampton Row. Supongo que era reacio a volver directo a su casa. En fin, cuando llegábamos a la altura del Hospital Alexandra lo perdí súbitamente de vista. «Bueno», pensé echando a correr como alma que lleva el diablo, «solo ha podido girar en Russel Square».

—¿Y? —se apresuró a preguntar Strickland.

—¿No vale esto dos mil libras, jefe? ¡El asesino vive en el número 21!

Mordaunt y el sargento Guilfoil maldijeron de modo expresivo y al unísono. ¡Si Toby Marsh no se equivocaba, habían cazado a Mr. Smith!

Strickland, por su parte, no dijo nada. No era que se sorprendiese de que uno de los crímenes de Mr. Smith hubiera tenido por fin un testigo. Eso era cuestión de tiempo.

El asunto era saber cuándo se había producido el hecho. La antevíspera, como afirmaba el prisionero, o antes; por ejemplo, el 24 de diciembre, cuando el silbato del agente Burt había alarmado a todo el vecindario, transformando a cada transeúnte en detective. El Súper conocía a Toby Marsh lo suficiente como para temer que hubiese tratado, antes de dirigirse a la policía, de vender su silencio a Mr. Smith. Si fuera el caso, la información —de un valor incalculable un mes antes— ya no valía de nada.

—¡Sea franco, Marsh! —dijo Strickland al fin—. ¿Por qué no vino usted antes de ayer por la noche?

—¿Usted nunca ha tenido miedo? —replicó el aventurero mientras sacaba un cigarrillo de una cajetilla arrugada—. ¡Yo, sí! Una vez en posesión del secreto de Mr. Smith, no pensé más que en volver a mi casa y encerrarme como un conejo en su madriguera. —Terminó estremeciéndose—: Creo que, de no ser por el cebo de las dos mil libras, allí me habría quedado.

Strickland se puso en pie.

—¡De acuerdo! Espero por su bien que esté diciendo la verdad, Marsh, y que encontremos a Mr. Smith en el nido... Mordaunt, llame a la central y avise a Milroy. ¡Quiero un cordón policial en torno a Russel Square antes de una hora!

Los dos detectives volvieron a ponerse los impermeables y se dirigían hacia la puerta cuando Toby Marsh dejó oír un discreto carraspeo.

—A propósito, jefe..., creo que he omitido un detalle...

Strickland, muy a su pesar, se sintió embargado por una extraña aprensión.

—¿De veras? —farfulló—. ¿Cuál?

Toby Marsh se echó a reír.

—Se lo dejo en cien... ¡El número 21 de Russel Square es una casa de huéspedes!

CAPÍTULO II

RUSSEL SQUARE, NÚMERO 21

La señora Hobson (Valerie), con enaguas de tafetán malva, se acercó a la ventana y echó un vistazo a Russel Square, que aún dormía en la paz matinal. Las luces veladas de las farolas presagiaban un nuevo día de niebla, un día, por tanto, en que el doctor Hyde no abriría la boca pero en que el señor Andreyew llenaría la casa de sus estruendosas risas...

La señora Hobson terminó de vestirse, hizo la cama y salió del dormitorio con el frufú de la seda. Siempre se levantaba a las seis para abrir los armarios, hablar de los menús con la cocinera y meter prisa a la criada.

El hueco de la escalera era oscuro, silencioso, y despedía un aliento frío como el de un pozo. Pero la señora Hobson, aunque nada le gustase más que aludir a la fragilidad femenina, no se asustaba de la sombra y el silencio.

—Buenos días, Daphne —dijo al entrar en la cocina con el llavero en la mano—. ¿Dónde está Mary?

La cocinera apartó trabajosamente sus cien kilos de peso del fogón que estaba encendiendo.

—Buenos días, señora. Sigue durmiendo, señora. ¡Esta juventud; ni con los gaiteros se despierta!

Pero el argumento aparentemente no produjo efecto alguno en la señora Hobson, que, al punto, se dirigió hacia la puerta.

—¡Ya la despertaré yo! A propósito, Daphne, ¿no ha oído usted nada esta noche?

—¿Esta noche, señora?

—Alguien bajó a la planta baja hacia las dos de la madrugada y no volvió a subir hasta hora y media después... ¡Me gustaría saber quién fue!

—El doctor Hyde, sin duda, señora, o el señor Collins. Siempre se queja de no pegar ojo antes del alba.

La señora Hobson iba a salir. La cocinera se alarmó.

—No quedan arenques ahumados, señora, y no sé qué hacer para la comida. ¿Qué le parece un pastel de riñones?

Pero la señora Hobson, remangándose las faldas con ambas manos, estaba ya en la escalera. Subía deprisa, pisando el centro de los peldaños para no perturbar el reposo de sus huéspedes. En el segundo piso, sin embargo, frente a la habitación del señor Andreyew, ralentizó. Llegaba un olor de tabaco *navy* hasta el rellano.

«Otra vez habrá pasado la mitad de la noche fumando», pensó la señora Hobson, «y habrá olvidado cerrar la ventana».

Sus reflexiones internas se detuvieron ahí, pero acarreaban una conclusión que no necesitaba formular en voz alta para que le ablandase el corazón: «¡Falta le hace una mujer que lo comprenda!».

Se agachó para recoger el par de zapatos dispuestos ante la puerta (la señora Hobson siempre limpiaba personalmente esos zapatos) y subió a la buhardilla de Mary.

De la pequeña criada, vuelta hacia la pared y tapada hasta los ojos, no se veía más que una mata de cabello pajizo. La señora Hobson abrió el tragaluz y ya estaba tendiendo la mano hacia la cama cuando una fotografía que ocupaba un sitio destacado sobre el tocador, entre un peine desdentado y un cofrecillo con incrustaciones de conchas, atrajo su atención. Era la de un joven endomingado, plantado orgullosamente ante un jardín a la francesa. La señora Hobson la agarró y echó un vistazo al reverso. El joven, cuya letra y ortografía eran igualmente vacilantes, declaraba su amor en dos frases ardientes.

—¡Buenos días, señora! —exclamó en aquel momento una vocecita ronca—. Me temo que no he oído el despertador...

La señora Hobson se volvió con las mejillas encarnadas.

—¿Qué es esto? —dijo por toda respuesta.

—¡Oh! ¿Eso? Es mi novio, señora...

—¿Desde cuándo?

—Desde hace cuatro días. Quería avisarla, pero...

—Sí, se le ha olvidado. —La voz de la señora Hobson se suavizó—. Parece buen chico.

—¡Bueno y guapo, señora, como puede usted ver! ¡Todas las chicas están locas por él!

La señora Hobson colocó la foto en el tocador y cogió los zapatos del señor Andreyew, que había posado junto al «*souvenir* de Brighton».

—¡Ya basta, Mary! —dijo severamente—. Le doy diez minutos para levantarse y vestirse.

Sobre las siete, los huéspedes más madrugadores comenzaron a dar señales de vida y, a las ocho, un apetitoso olor a beicon frito se extendió por toda la casa.

El primero en bajar —la primera, mejor dicho— fue la señorita Pawter. Con su falda de *tweed*, su jersey de cuello vuelto, sus zapatos planos y su rostro franco, era la viva imagen de la muchacha moderna para quien el trabajo es un deporte.

—¡Buenos días, señora Hobson! —dijo alegre—. Haría usted bien en subir. Se reclama imperiosamente su presencia en el piso de arriba.

A la señora Hobson no le gustaba la señorita Pawter. Aparte de que le encontraba más cerebro que corazón, no podía evitar ver en ella una rival capaz de eclipsar, por su juventud, las más preciadas virtudes.

—¿De veras? —respondió sin prisa—. ¿Quién la reclama?

—La señora Crabtree y el mayor Fairchild. La primera está en el baño y no quiere salir. El segundo está fuera y quiere entrar. En honor a la verdad, he de añadir que está jurando en arameo.

Pero la señora Hobson no pareció en absoluto impresionada por la triste escena.

—Muy mucho me cuidaré de no intervenir. La señora Crabtree sabe defenderse sola. —Y volviendo a la cuestión que le preocupaba desde que despertó—: ¿No habrá sido a usted, por casualidad, a quien oí levantarse en mitad de la noche?

—¡Dios mío, no! —dijo la señorita Pawter—. No conozco mejor somnífero que *Estadísticas para la historia económica de la posguerra*, de J. K. Brown. Y como anoche leí tres páginas...

La señora Hobson frunció el ceño.

—¿Significa eso que se durmió con la luz encendida?

—Sí. Pero no se preocupe. Mi sentido innato de la economía me infundió el valor de apagarla diez minutos después... ¡Ah! Aquí está el señor Crabtree. ¿Quién ha vencido al final?

El señor Crabtree era un hombrecillo tímido —«e hipócrita», según el mayor Fairchild—, completamente dominado por su esposa. Por más que fuera calvo y se afeitase, recordaba a un nomo trasplantado de su bosque natal.

—¡Buenos días, señora Hobson! ¡Buenos días, señorita Pawter! —dijo mientras ocupaba furtivamente su asiento.

—¿Y bien? —insistió la señorita Pawter—. No nos ha respondido.

—¡Oh, es cierto! Perdonen... El mayor ha tenido que desistir del asedio.

—¡Lo que pensaba! —se alborozó la señorita Pawter—. A propósito, señora Hobson, ¿qué opina de mi última idea? «Escriba bien. ¡Escriba con una estilográfica H. C. Cautley!».

La señorita Pawter trabajaba en el departamento publicitario de la Corporación Insular de Radiodifusión y todos los días sometía nuevos eslóganes a la aprobación de alguien.

Pero la señora Hobson no tuvo ocasión de responder. Dos hombres —el doctor Hyde y el señor Collins— acababan de entrar en el comedor. El primero era alto y cojeaba. Se adivinaba a primera vista su carácter misántropo y taciturno. El segundo, de menor estatura, tenía un rostro redondo en que la sonrisa parecía perpetuamente instalada. Hubo un nuevo intercambio de saludos y la conversación se hizo general.

Los últimos en llegar, sin embargo, no participaban sino en poca medida, uno por no expresarse más que en monosílabos, y el otro por padecer de un fuerte tartamudeo.

—¡Las ocho y veinte! —dijo de pronto la señorita Pawter—. ¡Me marcho!

Cuando la puerta de la entrada se cerraba tras ella, se produjo un gran alboroto en la escalera y tres nuevos personajes cruzaron el umbral del comedor. La señora Crabtree, rechoncha y avispada, venía en cabeza, seguida de cerca por un hombre alto y delgado, de perfil audaz, ojos claros y cabello negro que canecía en las sienes. El mayor Fairchild, congestionado y rubicundo, cerraba la marcha.

—¡Oh! Señor Andreyew...

La señora Hobson ya se había puesto en pie.

—¿Quiere empezar por las gachas de avena o bien...?

El señor Andreyew se apoderó de la mano de su anfitriona como de un valioso bibelot y se la llevó a los labios.

—No tomaré gachas, señora Hobson, pero le ruego que no se levante. Yo mismo avisaré a Mary.

El señor Andreyew no presumía de parentesco alguno, estrecho o lejano, con el zar de todas las Rusias, no había pedido nunca que le preparasen *borsch* y cuando silbaba

alguna melodía no era *Ojos negros*, sino, más simplemente, *Lazybones*⁵. Pese a lo cual era eslavo hasta la médula.

Salió al recibidor, llamó con una palmada, dijo dos palabras a Mary, mientras le acariciaba las manos, y volvió a sentarse junto a su anfitriona. Todo ello con una elegancia danzarina que encandiló al elemento femenino.

—¿No llega hoy —estaba precisamente preguntando la señora Crabtree— el nuevo huésped?

La señora Hobson asintió.

—Lo espero de un momento a otro.

—Me dijo que era francés, ¿no es cierto? ¡Adoro a los franceses!

El doctor Hyde salió de su mutismo.

—¡Dudo que adore a este! Tiene más de cincuenta años, por lo visto, y se propone investigar en el Museo Británico. No resulta precisamente emocionante.

La señora Crabtree se revolvió en su silla.

—No sé si entiendo lo que quiere decir, doctor Hyde. ¡No olvide que está usted hablando con una mujer decente!

¡Ay! Aquello era más de lo que el mayor Fairchild podía soportar.

—He conocido a muchas mujeres decentes —declaró posando con brusquedad la taza en la mesa—, ¡y ninguna de ellas pasaba una hora metida en el baño!

La señora Crabtree, sofocada en un primer momento, no tardó en recuperar la sangre fría.

—Para saberlo —respondió pérfidamente—, deduzco que ha debido de espiarlas... ¡como me ha espiado a mí esta mañana!

—¡Espiado! —estalló el anciano oficial—. ¡Solo le falta decir que he mirado por el hueco de la cerradura!

—Francamente, no juraría yo que se haya privado.

El mayor echó su silla hacia atrás y solo Dios sabe lo que habría pasado si el señor Andreyew no hubiera ejercido la diplomacia.

—¡Ardo en deseos de hacerle una pregunta, mayor Fairchild! Decía el otro día que cuando estaba destinado en Nagpur...

Todos exhalaban un suspiro de alivio y pronto no se oyó más que el ruido de los tenedores y las tazas que golpeaban los platitos como acompañamiento a la voz del mayor.

La tercera huésped de la señora Hobson —la señorita Holland— aprovechó para ocupar discretamente un lugar al extremo de la mesa. Era una solterona que se consolaba de una vida malgastada escribiendo cuentos de hadas para revistas infantiles y recogiendo gatos perdidos, todos los cuales la abandonaban con la misma ingratitud.

—Puede que ahora averigüe quién se ha levantado en mitad de la noche y ha pasado una hora y media en la salita fumando cigarrillos —dijo la señora Hobson cuando el mayor, atormentado por el hambre, se decidió a suspender un relato en el que pululaban tigres de bengala y serpientes venenosas.

La mirada severa de la señora Hobson recorría a los comensales. Todo el mundo estaba allí a excepción de la señorita Pawter, ya interrogada, y el profesor Lalla-Poor, que rara vez se levantaba antes de las diez.

El sonriente señor Collins tomó carrerilla.

—¡Me de... declaro culpable! ¡Es... esperaba no despertar a na... nadie!

—De modo que fue usted —constató la señora Hobson con frialdad—. ¡Puede jactarse de haberme dado un susto! Pensé en bajar, pero... —se sonrojó—... estaba en camisón y esperaba volver a verlo subir en cualquier momento. ¿Qué mosca le había picado?

—Mi disnea no me de... dejaba pe... pegar ojo. Entonces...

—¡Pero si ya le he dado el remedio! Basta con aplicar una esponja fría en el epigastrio antes de acostarse y dormir bocabajo.

—¡Dor... dormir bocabajo me causa pe... pesadillas!

Pero la señora Hobson estaba empeñada en tener la última palabra.

—¡Porque cena usted demasiado!

—¡Está siendo injusta, señora Hobson! —intervino el señor Andreyew—. ¡No cocine usted tan bien y no comeremos tanto!

Apenas dicho esto, sonó el timbre.

—¡Aquí está el señor Jekyll! —exclamó el doctor Hyde, previniendo de ese modo una inocente burla habitual en la pensión Victoria.

—¡Creo más bien que será el señor Julie! —dijo la señora Hobson.

Se levantó y la oyeron recibir, en el vestíbulo, a un visitante que se expresaba en un inglés inseguro.

La llegada de un «nuevo» siempre se espera con interés, sea donde sea. Todos tenían pues los ojos clavados en la puerta cuando la señora Hobson reapareció, acompañada por el señor Julie.

—Permítame presentarle a mis huéspedes —venía diciendo—. La señora Crabtree. La señorita Holland. El mayor Fairchild. El señor Andreyew. El señor Collins. El señor Crabtree...

El señor Julie no dejaba de saludar, al tiempo que parecía lamentar una desgracia solo por él conocida. Su perilla sal y pimienta, su escaso cabello, sus ojos saltones, su ropa raída..., todo en él respiraba tristeza.

—Están también la señorita Pawter y el profesor Lalla-Poor —terminó la señora Hobson—. Los verá a la hora de comer.

Entonces el señor Julie creyó apropiado sonreír, lo que le dio un aspecto más triste todavía.

—¡Llevaba su destino escrito en el rostro! —habría de declarar aquella misma noche la señora Crabtree ante su cadáver.

CAPÍTULO III

CASA RODEADA

Aproximadamente a la misma hora, en un austero despacho que daba al Victoria Embankment, *sir* Christopher Hunt, comisario jefe de la Policía, con el comisario adjunto Prior a su derecha, escuchaba con impaciencia al superintendente Strickland relatarle su conversación con Toby Marsh.

—¡Abrevie, Strickland! —dijo de pronto—. ¿Qué información le ha dado ese individuo en definitiva?

—Afirma haberse encontrado en Sutton Street antes de ayer por la noche y haber seguido a Mr. Smith —continuó Strickland imperturbable.

—¿Hasta dónde?

—Hasta las inmediaciones de Russel Square. Allí supuestamente Mr. Smith desapareció de forma súbita... Toby Marsh afirma sin embargo haber llegado a tiempo para verlo entrar en el número 21.

Sir Christopher se esforzaba por mantener la calma.

—¡Bien! ¿Y usted qué hizo?

—Pedí al inspector Mordaunt, que me acompañaba, telefonar al superintendente Milroy para que reuniese de inmediato efectivos suficientes para rodear Russel Square.

—¿Nadie puede entrar ni salir del 21 en este momento?

—Al contrario, *sir* Christopher. No encontraría usted a un agente ni a doscientos metros a la redonda.

El comisario jefe reprimió un sobresalto.

—¡No lo entiendo! —masculló y, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo, su voz contenía una oscura amenaza.

—En cuanto el inspector Mordaunt hubo telefoneado —explicó Strickland—, Toby Marsh me proporcionó un nuevo dato de extraordinaria importancia. Me informó de que el número 21 de Russel Square era una casa de huéspedes.

—¡Diantres!

—En tales condiciones, consideré mejor modificar mi plan y dar contraorden a Milroy.

—¡Un momento! —intervino *sir* Christopher—. ¿La casa está vigilada, sí o no?

—Lo está, señor. Pero por inspectores de paisano, no por agentes uniformados.

—¿Y les ha dado usted orden de dejar que sus inquilinos entren y salgan libremente?

Strickland lo reconoció.

—¡Pero eso es una locura! —estalló *sir* Christopher—. ¡Mr. Smith se les puede escapar entre los dedos en cualquier momento!

En absoluto conmovido, el Súper metió la mano en el bolsillo y sacó una lista que posó ante el comisario jefe.

—Estos son los nombres de los inspectores encargados de la vigilancia —dijo con desenvoltura—. Eche un vistazo, por favor. Constatará que son dignos de confianza.

Sir Christopher apartó la lista con un ademán colérico.

—¡Me da igual! ¿Cómo es posible? Tiene la ocasión inesperada de saber dónde se esconde Mr. Smith, ¿y lo único que se le ocurre es hacer que se vigile discretamente su guarida? Discretamente... ¡Tendría que estar usted allí, investigando el pasado de todos ellos hasta la tercera generación!

Strickland hizo amago de levantarse.

—¿Es esa su opinión, señor?

Estaba tan sereno y tan seguro de sí mismo al tiempo que *sir* Christopher se calmó bruscamente.

—¡Veamos, Strickland, explíquese! Lo conozco lo bastante para saber que no ha actuado de ese modo sin una buena razón.

—Gracias, señor. En un primer momento había pensado, como usted, en acudir al número 21 de Russel Square para interrogar en toda regla a sus inquilinos. Me parecía imposible que el asesino, aunque el nombre de Smith sea un seudónimo, lograra despistarnos mucho tiempo. Y entonces me dije que ni un huésped de cada diez sería capaz de proporcionarme una coartada aceptable. ¡Imagínese! El primer crimen tuvo lugar el 10 de noviembre del año pasado, y el último exactamente setenta y seis días más tarde. ¿Podría usted responderme si le preguntase a bocajarro lo que hacía el 18 de noviembre a las nueve de la noche?

—Probablemente no —admitió el comisario jefe—. Pero en este caso, puesto que se trata de una serie de crímenes cometidos por el mismo individuo, una sola coartada es suficiente como prueba formal de inocencia.

—Suponiendo que llegásemos a descartar a la mitad de los huéspedes, cosa en absoluto garantizada, ¿cómo descubrir a nuestro hombre entre los demás?

—Está el arma del crimen. Mr. Smith debe de llevarla encima o guardarla en su habitación.

—No cometería semejante error, señor. Más bien me inclino a pensar que la oculta en algún lugar al que todos los inquilinos tienen acceso.

—¿Ese tal Toby Marsh no precisó la hora en que vio entrar a Mr. Smith?

—Sí. Eran, según su declaración, las siete y veinte aproximadamente.

Sir Christopher gruñó mientras Strickland proseguía:

—Sé lo que está pensando, señor. Se pregunta si no sería posible interrogar más particularmente a los habitantes del número 21 sobre la hora de su regreso antes de ayer por la noche. Pero en una pensión todo el mundo, más o menos, vuelve a la hora de la cena.

—Naturalmente, estará usted seguro de que Mr. Smith vive en el número 21, que no fue a visitar a un amigo —preguntó a su vez el comisario adjunto.

—Podemos afirmar que vive allí, señor. Toby Marsh lo vio abrir la puerta con una llave.

Como sus jefes guardaban silencio, Strickland concluyó:

—Ese es el inconveniente del método directo. Si no se obtiene un resultado inmediato, sus primeros efectos serán alertar al criminal e incitarlo a dejar de actuar.

—¡Algo es algo! —dijo el comisario adjunto.

—Sí, pero algo secundario —farfulló *sir* Christopher—. Lo que necesitamos es arrestar al culpable.

Strickland coincidió:

—Si se nos escapa ahora, algún día dejará la pensión Victoria y reanudará en algún otro sitio su siniestra actividad. Más valdría...

El Súper calló, espantado por lo que se disponía a decir. Pero sus interlocutores lo habían comprendido, sus duras miradas lo hicieron patente, y ninguno protestó.

—¡Exponga su plan! —exclamó *sir* Christopher.

Strickland suspiró.

—Desgraciadamente no tengo un plan propiamente dicho. ¿Han pensado que incluso si descubriésemos, gracias a un milagro, quién es Mr. Smith no podríamos arrestarlo, por falta de pruebas?

El Súper bajó la voz.

—Soy partidario de esperar.

Sir Christopher odiaba aquella palabra.

—¡Esperar! —exclamó—. ¿Esperar a qué?

—Mr. Smith es falible, como cualquiera —dijo Strickland con la misma voz apenada—. Pero lo fundamental es que no sepa que lo vigilamos.

Se hizo un nuevo silencio que *sir* Christopher rompió de forma brutal:

—¡Imposible! ¡De todo punto imposible! ¡No se ha de decir que un hombre solo ha vencido a Scotland Yard! Si no tiene nada más que proponer, más vale usar el método directo. ¿Qué opina usted, Prior?

El comisario adjunto se revolvió en la silla.

—Es decir que... lo que haría falta sería tener a alguien infiltrado.

Sir Christopher golpeó con ambos puños los brazos de su sillón.

—¡Santo cielo! ¡Ha dado usted en el blanco! ¿Había pensado en eso, Strickland?

El Súper forzó una sonrisa.

—Sí, señor. Es tentador pero, me temo, irrealizable.

—¿Por qué?

—¡Porque así levantaríamos las sospechas de Mr. Smith!

—No necesariamente.

—Me temo que sí, señor. No olvide que la casa está rodeada y que mis hombres tienen por misión no separarse nunca de ninguno de los huéspedes varones, vayan donde vayan. Son ases del seguimiento, desde luego. No obstante, Mr. Smith no tardará en percatarse de que está vigilado. Si le quedan dudas (y me las arreglaré para que le queden, cambiando cada día a los inspectores apostados en torno a la casa), la llegada de un nuevo huésped le abriría los ojos.

Sir Christopher hizo un ademán malhumorado.

—¡Es cierto! ¿Qué responde a eso, Prior?

—Esto: que no pensaba en un nuevo huésped, sino en alguien que ya esté en la casa.

—¿Quién?

—¡A quien elijamos!

Sir Christopher interrogó a Strickland con la mirada.

—Es buena idea —admitió el Súper—. Pero ¿cree usted que una mujer aceptaría representar ese papel, que no está exento de peligro al fin y al cabo?

—No estamos obligados a dirigirnos a una mujer. Entre los hombres debe de haber al menos uno que, por un motivo u otro, no pueda ser Mr. Smith. Hay que descubrirlo y tantearlo.

—¡Aleatorio, señor! *A priori*, todo hombre que viva en el número 21 puede ser Mr. Smith, pese a las apariencias.

Sir Christopher intervino:

—Lo primero, Strickland, sería elaborar una lista de los habitantes de la pensión y...

—Aquí están sus nombres, señor. Esta mañana he encargado a un agente que interroge a la señora Hobson, la propietaria, con el pretexto de la elaboración del censo.

—¡Bravo! —dijo *sir Christopher*, cuyo rostro se iluminó súbitamente.

Puso la lista sobre un secante e invitó de un gesto al comisario adjunto y al superintendente a que acercasen sus sillas.

—¿Qué clase de mujer es esa tal señora Hobson?

—Una mujer de armas tomar, señor, por lo que dice Watkins. Alta, robusta, enérgica, si comprende lo que quiero decir.

Sir Christopher hizo una mueca. Lo veía perfectamente, máxime porque la descripción podría haberse aplicado literalmente a *lady Hunt*.

—La señora y el señor Crabtree... —leyó los primeros nombres de la lista—. A propósito, ¿se han preguntado alguna vez si Mr. Smith está casado?

No, ni el comisario adjunto ni el superintendente se habían planteado esa posibilidad.

—El señor Andreyew... —continuó *sir Christopher*—. Un ruso, doy por hecho.

—Sí, y recordará usted sin duda que se comentó, después de los dos crímenes cometidos en Nochebuena, que Mr. Smith no debía de ser inglés...

—En otras palabras, ¡tenemos a nuestro sospechoso número uno! ¿Es alto y fuerte?

—Eso creo, señor.

Sir Christopher volvió a la lista:

—El doctor Hyde... Otro sospecho; me apuesto algo.

—Sí, señor. El doctor Hyde no ejerce desde hace años y todo el mundo parece ignorar su procedencia.

—El mayor Fairchild... Antiguo oficial del Ejército de las Indias, ¿eh?

Sir Christopher empezaba a divertirse.

—¡Dudo que sea nuestro hombre! Quedan el señor Collins y el profesor Lalla-Poor. ¿Ese quién es?

—Una especie de prestidigitador hindú cuyo nombre aparecía, hace unas semanas, en el cartel del Coliseum. En cuanto al señor Collins, es representante de una empresa de aparatos de radio.

Sir Christopher subrayó esos dos nombres como había subrayado los del señor

Crabtree, el señor Andreyew y el doctor Hyde.

—Definitivamente —dijo—, creo que solo las mujeres y el mayor Fairchild...

—Usted perdone, señor —interrumpió Strickland—. Falta un nombre en la lista, porque la señora Hobson esperaba a un nuevo huésped esta mañana.

—¿Quién?

—Un francés llamado Julie.

Sir Christopher y el comisario adjunto intercambiaron una mirada elocuente.

—¡No hay más vueltas que darle! —decidió el primero—. Tantee al señor Julie, Strickland. Ese es el hombre que necesitamos.

—¿Usted cree, señor? Es profesor de Egiptología en el Collège de France.

—¡Razón de más!

El Súper se disponía a salir cuando *sir Christopher* lo llamó.

—¡Tenía usted razón, Strickland! —reconoció con lealtad—. El método indirecto es el mejor. Pero recomiende a sus hombres que se dejen ver lo menos posible.

—Cuenta con ello, señor —dijo Strickland.

En la pensión Victoria, un hombre se encontraba de pie en la sala de lectura. Apostado junto a la ventana, apartaba la cortina con los dedos y miraba fuera manteniendo una estricta inmovilidad. «¡Ya está!», pensaba.

Estaba ese agente que, dos horas antes, había venido a interrogar a la señora Hobson con un pretexto ridículo. Y estaban esos hombres que se paseaban por la plaza con aire falsamente despreocupado.

Estaba, finalmente, su instinto, que nunca lo engañaba.

La casa estaba siendo vigilada.

CAPÍTULO IV

LOS REYES DE TEBAS

Resulta difícil encontrar a dos personas que contemplen un país o una ciudad desde el mismo ángulo. Así, Londres... para unos significa Piccadilly Circus y su ristra de letreros luminosos; para otros, una casa en concreto de Bloomsbury o de Belgravia; para otros más, Rotten Row y sus amazonas, Chelsea y sus muelles barridos por el viento.

Para el señor Julie, Londres era el Museo Británico. A decir verdad, cuando se decidió a cruzar el Canal, la capital de Inglaterra lo atraía menos que el antiguo Egipto.

Así pues, tras el último bocado de pudín, preguntó a la señora Hobson si debía girar a la derecha o a la izquierda para llegar a Great Russel Street y salió por la puerta como si temiese perder el tren. Había escrito al conservador desde París para que lo autorizase a consultar, el mismo día de su llegada, las obras de su interés.

Al entrar en el museo, estuvo tentado de echar un vistazo a las colecciones. Pero más valía retrasar eso que el estudio de J. K. Stark-Harding. Corrió a la biblioteca, rellenó una ficha y fue a instalarse entre un señor mayor que echaba la siesta y una joven pareja que leía a Shelley con sus rubias cabezas juntas.

Estaba demasiado absorto como para fijarse en los tejemanejes de un hombre que había entrado un momento después de él y que, desdeñando los cerca de dos millones de libros a su disposición, no temía sacarse del bolsillo una novela policiaca.

La sala de lectura cierra a las seis. A las seis menos un minuto, el señor Julie se separó a regañadientes de *Meiamén y los hititas* y salió del museo seguido por un cortejo de regias sombras con pechera y mitra.

No había dado diez pasos por la calle cuando una mano —la del hombre de la novela policiaca— se posó en su brazo.

—¿Señor Julie? Inspector Beard, de Scotland Yard. —Una pausa. Luego—: Debo rogarle que me siga.

El señor Julie, por un momento, creyó ser víctima de un burdo malentendido. Balbuceó:

—¿Que lo siga? ¿Adónde? ¿Por qué?

El inspector llamó a un taxi y abrió la puerta.

—Orden del comisario jefe —respondió con sobriedad. Y, como su «cliente» protestaba tímidamente, preguntó—: ¿Es usted el señor Julie, profesor en el Collège de France?

—Sí. Pero...

—En ese caso, suba.

El profesor se dio por vencido.

—¡Usted primero! —dijo maquinalmente.

—¡No, usted primero!

Hicieron el trayecto en silencio. El inspector parecía sumido en una profunda ensoñación —en realidad no pensaba en nada— y el señor Julie no se atrevió a interrogarlo.

Sin embargo, cuando el coche se detuvo, se agitó.

—¿Qué quieren de mí? Si es a propósito de mi documentación...

El inspector hizo un gesto negativo, pagó la carrera y, sin tan siquiera asegurarse de que el otro lo siguiera, desapareció en el interior de los oscuros edificios de la Policía Metropolitana.

El señor Julie le seguía los pasos con presteza. Ahora que ya tenía una mano metida en el engranaje, nada en el mundo lo habría hecho separarse de su guía.

Este subió al primer piso, giró a la izquierda, luego a la derecha, de nuevo a la izquierda para detenerse tan bruscamente que el señor Julie se tropezó de frente contra sus anchas espaldas.

Un momento después, cuando el inspector hubo llamado a una puerta y una voz de forma escueta le hubiese gritado que entrase, el profesor se halló en presencia de un hombre alto y enjuto, de rasgos pronunciados, que se inclinó cortésmente al verlo.

—¿Señor profesor Julie? Tome asiento, se lo ruego. Me llamo Prior y soy comisario adjunto.

El señor Julie se sentó al mismo borde de una silla.

—Le pido disculpas —prosiguió su interlocutor— por la forma algo insolente en que lo he convocado a este despacho. Pero el tiempo apremia y no tenía elección.

Juntó los dedos, cruzó las piernas y, mirando al profesor con interés, dijo a bocajarro:

—Sin duda ya sabrá usted quién es Mr. Smith.

El señor Julie abrió los ojos de par en par.

—¿De qué Smith está usted hablando? Por lo que he oído decir, hay en Londres varios miles de Smith...

Robert Prior —Robin para los amigos— se inclinó hacia delante.

—Hablo del Smith que en el transcurso de once semanas ha matado a siete personas para robarles.

—¡Desde luego! —dijo el señor Julie. Carraspeó—. Algo he leído al respecto en los últimos días.

—¡No lo dude! El relato de sus crímenes llena los periódicos. Crímenes que, hasta la fecha, hemos tratado en vano de poner fin.

—¿Una especie de Jack el Destripador, en definitiva? —sugirió el señor Julie.

Su actitud no dejaba subsistir la menor duda en cuanto a sus sentimientos: lo lamentaba.

—¡Si quiere! Con la diferencia de que Mr. Smith parece perfectamente equilibrado... Ahora permítame hacerle una pregunta más directa. Suponiendo que se encontrase cara a cara con Mr. Smith por la calle, ¿qué haría usted?

—La verdad, yo... Eso es algo extremadamente improbable. Imagino que...

—¿Pediría ayuda?

El señor Julie no se había planteado ni remotamente esa solución. Pero no dejó por ello de aceptar el salvavidas que le ofrecían.

—Naturalmente, sí. Pediría ayuda.

—Es muy valiente por su parte —recalcó el comisario adjunto—. ¿Y si compartiese alojamiento con Mr. Smith?

—Si... Eso parece más improbable todavía, ¿no cree?

—Matizo. Suponga que vive en la misma casa de huéspedes que él.

—¡En ese caso me mudaría!

No era precisamente la respuesta que Robin esperaba. Se esforzó, sin embargo, por no dejarlo ver.

—Pero ¿no querrá usted decir que...? —El profesor empezaba a preocuparse.

—¡Sí!

Una pausa.

—No cabe la menor duda. Mr. Smith vive, como usted, en el número 21 de Russel Square. Un testigo lo vio entrar después de cometer su último crimen.

El señor Julie sacó de su bolsillo un pañuelo de cuadros y se enjugó la frente.

—¡Pero eso es espantoso! ¡Existen miles de casas de huéspedes en Londres y yo he tenido que elegir precisamente esta!

El comisario adjunto se permitió una sonrisa.

—¿Cree usted en la Providencia? Yo sí. Porque es usted el único hombre que puede ayudarnos.

—¿Ayudarlos?

—De la siguiente manera. Sabemos que Mr. Smith ha elegido domicilio en Russel Square, número 21. Ignoramos, por el contrario, su auténtica identidad. Carecemos también de pruebas para arrestarlo. Contamos con usted para que nos las proporcione.

—¿Conmigo?

El comisario adjunto inclinó la cabeza.

—Si enviásemos a un agente al 21, despertaría necesariamente la desconfianza del criminal. Usted no. Acaba de llegar de Francia, no se puede sospechar que tenga el menor trato con Scotland Yard. En palabras de *sir* Christopher Hunt, es usted el hombre que necesitamos.

De entre los diversos sentimientos que se agitaban en el interior del señor Julie, se impuso la indignación.

—¡A cada cual su oficio! Dejé París para terminar una obra que ha de ser un punto de inflexión en la historia de la egiptología: *Los reyes de Tebas*... ¡No para perseguir asesinos!

—No le estamos pidiendo nada extraordinario ni peligroso. Bastaría con que observase a los inquilinos de la señora Hobson y nos proporcionase un informe rutinario. Ya sabe lo que quiero decir: a qué hora han salido, a qué hora han vuelto, sus principales comentarios en las conversaciones a la mesa, etc.

—En otras palabras, ¿quiere que haga de soplón?

El comisario adjunto pareció escandalizado.

—Yo no lo expresaría así. Considerados en su conjunto, los crímenes de Mr. Smith

presentan la gravedad de un enemigo público. Por lo tanto, no deberían dejarlo indiferente.

El señor Julie encontró en su miedo el valor de ser firme. Se puso en pie.

—Se equivoca. Ese asunto es únicamente competencia de la policía.

Robin se resignó a sacarse el as de la manga.

—Veamos, señor profesor... ¿He de evocar los lazos de amistad que unen a nuestros dos países, la mutua asistencia que se prestan desde hace treinta años? ¿He de insistir en el hecho... —el comisario adjunto sopesó las palabras— de que le estaría prestando un servicio a la Policía inglesa que el Gobierno sabría reconocer como merece, aparte de la atribución de una importante recompensa?

El señor Julie pareció favorablemente impresionado por aquel último argumento. Ya se veía de vuelta entre sus colegas con el ojal adornado por una nueva cinta. Pero no duró la cosa.

—Lo... lo pensaré —dijo—. No hablo bien inglés y...

—Habla y entiende lo suficiente como para comprender, llegado el caso, una frase susceptible de comprometer a su autor o de orientar nuestra investigación. Tenga en cuenta que el número 21 está rodeado por la policía. Le bastaría con decir una palabra, con hacer un gesto, si se encontrase en una situación... difícil, para que acudiesen a rescatarlo.

El señor Julie se iba acercando de manera imperceptible a la puerta.

—Lo pensaré —repitió—. El estudio de J. K. Stark-Harding y de Cellier me llevará ocho días, el examen de las colecciones, cuatro o cinco. Y mi permiso...

El comisario adjunto se levantó a su vez y rodeó el escritorio a paso lento, por miedo a acelerar la huida de su interlocutor.

—Lamento tener que insistir. Necesito una respuesta de inmediato. El asesino, si no lo tenemos vigilado, puede escapársenos entre los dedos en cualquier momento, volver a matar...

—Lo pensaré —dijo el señor Julie.

Regresó en taxi, repasando mentalmente el discurso del comisario adjunto. Cuanto más se acercaba a Russel Square, menos convincente le parecía.

En el recibidor del número 21, el azar lo puso en presencia de la señora Hobson, que se dirigía a la cocina. La retuvo.

—Lo lamento muchísimo, señora Hobson, pero circunstancias ajenas a mi voluntad me obligan a marcharme.

—¡Ah! ¿Y cuándo?

—Yo... Esta misma noche.

La señora Hobson no daba crédito.

—¿Hay algo que le desagrada? —preguntó con vivacidad.

—No, no...

—¿Alguien, tal vez?

—¡No, no! —repitió el señor Julie.

Y corrió a hacer las maletas... en previsión de su último viaje.

CAPÍTULO V

ONCE A LA MESA

Cuando la Princesa de Tul apareció, todos prorrumpieron en exclamaciones. Recordaba a algo de un blanco ideal: un copo de nieve, un cisne, una nubecilla. Solo su capucha halló motivo de críticas. «¡Demasiados encajes, princesa!», dijo con aire amargado. «¡Demasiados encajes!». Y el loro Johann al punto empezó a repetir en alemán: «Zuviel Spitzen, Prinzessin! Zuviel Spitzen!».

La señorita Holland cerró el cuaderno escolar en el que escribía a todas horas y alzó sus dulces ojos de miope. Por norma general solicitaba la opinión de la señora Hobson. Sin embargo, aquella tarde, había tenido que conformarse con el mayor Fairchild. Como tardaba en pronunciarse, habló ella primero:

—¿No le gusta?

El mayor se retorció los bigotes.

—En conjunto sí. Yo no habría atacado al ejército del general Zip por el flanco derecho, pero es cuestión de opiniones. Donde cae directamente en lo inverosímil es al final. ¡Nunca he oído hablar de un loro políglota!

La señorita Holland miró al mayor con incertidumbre.

—Un cuento de hadas siempre es un poco inverosímil —se disculpó—, y Johann no es un loro como los demás.

—¡Haberlo aclarado! Pero con ese criterio puede contar todo lo que quiera. ¿Y por qué no lo hace saltar a la comba, ya que está?

La señorita Holland negó suavemente con la cabeza.

—Sería incoherente con el retrato que hago de él.

—¿De veras? —dijo el mayor. Empezaba a sulfurarse—. ¡No veo en qué! ¡Si hace de intérprete, puede perfectamente saltar a la comba! Es por lo menos igual de gracioso.

La señorita Holland no era una persona combativa en los más mínimo.

—¿Usted cree?

—¡Que si lo creo! Espere a que pidamos una tercera opinión.

El mayor se dio la vuelta con torpeza, buscando con la mirada a algún oyente solícito. No vio sino al doctor Hyde inmerso, como de costumbre, en la lectura del diccionario médico de Quain.

No obstante, retirarse le pareció poco digno.

—¡Una pregunta, doctor! —dijo sin rodeos—. Pongamos que le cuento la historia de un loro que salta a la comba. ¿Le parecería gracioso?

El doctor Hyde alzó las cejas.

—Depende. ¿He de entender que se trata de un recuerdo personal de Nagpur?

El mayor se llevó las manos al cuello de la camisa y, por un momento, habría podido temerse por su salud.

—Déjese de bromas, doctor Hyde —protestó al fin en tono severo—. El loro es una de las criaturas de la señorita Holland y yo... yo...

Por fortuna el timbre de la cena, que sonaba por segunda y última vez, lo sacó del apuro.

—¡Al infierno con su Johann! —concluyó fulminando con la mirada a la desdichada señorita Holland—. ¡Que hable turco, si quiere!

Los huéspedes —unos procedentes de sus habitaciones, otros entumecidos por el frío del exterior— llegaban de todas partes.

Pronto no faltaron más que el señor Julie y el profesor Lalla-Poor.

—No sé si deberíamos esperar al señor Julie... —comenzó a decir la señora Hobson.

Pero se interrumpió: los dos rezagados entraban juntos.

Para hablar con propiedad, el profesor Lalla-Poor —alto y esbelto, vestido con un traje impecable, moreno de piel, con la frente ceñida por un turbante amarillo— pareció haber surgido de la nada. Después saludó. Y se vio al enclenque egipólogo pisándole los talones.

—¡Mi servilletero! —exclamó la señorita Pawter en aquel momento—. ¡Que nadie salga! ¡Me han quitado mi servilletero!

Todas las miradas convergieron en la misma persona.

—¡Sea usted bue... bueno, profesor! —dijo Collins—. ¡De... devuélvaselo!

Pues si era tradición, en la pensión Victoria, hablar constantemente al doctor Hyde de «su amigo Jekyll», era igualmente una tradición reclamar al profesor Lalla-Poor, el príncipe de los magos, todo objeto desaparecido.

—¡Naturalmente, yo no lo tengo! —replicó el hindú con su voz grave y dramática—. ¡Naturalmente, si lo tuviera ya lo habría convertido en paloma!

—¡O en conejillo de Indias! —farfulló el mayor.

Los modales almibarados del prestidigitador le crispaban los nervios.

—¡O en conejillo de Indias! —admitió el hindú con amabilidad.

Mary entró con una enorme fuente humeante y cada cual empezó a hablar con los comensales más cercanos. La curiosidad suscitada por el nuevo huésped se había atenuado enormemente. Así pues, llegaron al postre sin que el señor Julie tuviese que presumir de los encantos de su querido París. Se alegró. Las palabras del comisario adjunto seguían resonando en sus oídos; saberse a la misma mesa que un asesino le quitaba el apetito. ¿Tal vez habría debido renunciar a aquella cena? No, rodeado como estaba, no corría ningún peligro...

La señora Hobson, sin embargo, no le quitaba los ojos de encima.

«¿Qué mosca le habrá picado?», se preguntaba infatigablemente. «Le he dado una de mis mejores habitaciones. Parecía encantado de alojarse a dos pasos del museo. No regateó en el precio de la pensión...».

El señor Andreyew no tardó en percatarse de su preocupación.

—¿Problemas, señora Hobson?

—¡No, no! —respondió ella de manera maquinal. Un demonio malvado la incitó. Subió el tono—. O más bien sí. Tengo una mala noticia que darles. El señor Julie nos deja nada más llegar. Se va esta noche.

Se alzó un concierto de exclamaciones y preguntas más o menos subidas de tono. ¿A qué se debía aquella marcha precipitada? ¿Reclamaba su familia la presencia del señor Julie? ¿O acaso le desagradaba Londres?

La señora Hobson presenció con secreta satisfacción el sonrojo y la turbación del hombrecillo.

—Para mí —dijo de pronto, sin tomarse el tiempo de reflexionar— que el señor Julie nos tiene miedo.

—¡Valiente idea! —exclamó la señora Crabtree con la más invitadora de sus sonrisas—. ¿Tan temibles somos?

—¿Quieren saber mi opinión? —intervino el señor Andreyew. Sus largas y finas manos parecieron emprender el vuelo—. El señor Julie no nos teme a nosotros... ¡sino a Mr. Smith!

Se hizo un silencio brusco y hondo. Los crímenes de Mr. Smith eran un tema de conversación prohibido en la pensión Victoria desde el día en que dieron lugar a una lamentable riña entre el doctor Hyde y el mayor Fairchild. Solo el señor Andreyew podía atreverse a abordarlo.

El señor Julie había posado los cubiertos en la mesa.

—¿Qué quiere decir? —balbuceó, lívido.

—¡Mi querido señor! —El ruso era todo sonrisas—. ¿No irá usted a decirnos que ignora quién es Mr. Smith?

El señor Julie se forzó en mantener la calma.

—Se trata de un astuto criminal, ¿verdad?

—Diga, más bien, del más astuto a quien Scotland Yard haya tenido nunca que enfrentarse. Ha matado a siete personas en dos meses y medio.

El señor Julie consideró prudente manifestar cierta curiosidad. No debía parecer que estaba demasiado bien informado sobre Mr. Smith.

—¿Có... cómo actúa? —preguntó con voz inexpresiva.

Y sus ojos saltaban, aterrados, de rostro en rostro. ¿Cuál sería el del asesino?

—Deambula entre la niebla —explicó el señor Andreyew complaciente—, sigue con sigilo a un transeúnte, lo alcanza en un lugar desierto, levanta el brazo...

—Lo que no entiendo —interrumpió la señorita Pawter muy a propósito— es cómo logra el asesino distinguir a los transeúntes que llevan dinero encima de los que están sin blanca.

—Se guía por las apariencias, me imagino.

—Ha de llevarse muchas decepciones.

—Compensa con la cantidad.

—¡Tra... trabajo en serie! —sugirió el señor Collins.

—¡Exacto! —El señor Andreyew encendió un cigarrillo—. Para convencerse basta con comparar el importe de los robos. El señor Burmann, por ejemplo, cuando fue asaltado el 10 de noviembre, acababa de sacar quinientas libras de su cuenta bancaria. El señor Derwent, por el contrario, doce chelines y seis peniques. ¡Calculen la media!

—¡Está usted admirablemente informado! —farfulló el mayor.

—No es tan difícil.

—¿Acaso Mr. Smith es amigo suyo?

El ruso se reclinó en la silla y estalló en carcajadas. «¡Una auténtica risa de cosaco!», pensó el mayor.

—¡Mejor aún! ¡Yo soy Mr. Smith!

—¡Dios santísimo! —La señora Hobson, lívida, se llevó la mano al pecho—. Lamento tener que recordárselo, señor Andreyew, pero hay cosas sobre las que no se puede bromear.

El ruso no iba a dejar escapar tan perfecta ocasión de besar la mano de su anfitriona.

—¡Perdóneme! —dijo dando señales del arrepentimiento más sincero—. Por desgracia, son las únicas sobre las que me gusta bromear.

El señor Julie, por su parte, incapaz de seguir escuchando, se había precipitado hacia la puerta. En el umbral se dio la vuelta.

—Discúlpenme —balbuceó—, pero ya es hora de que me marche. ¿Se ha acordado de prepararme la factura, señora Hobson?

—Mary se la llevará enseguida.

Se levantaron de la mesa y la mayor parte de los inquilinos pasaron al salón y se reunieron en círculo en torno a la lámpara. El señor Andreyew sacó de un cajón una curiosa labor de bordado en tapicería en la que trabajaba una hora diaria.

«¡No hay nada mejor para purgar la mente!», respondía a los burlones. El mayor Fairchild acaparó los diarios vespertinos y la señora Crabtree comenzó un solitario que necesitaba tres barajas de cincuenta y dos cartas y que no lograba terminar ni una de cada diez veces. El señor Crabtree obtuvo permiso para observarla.

Al cabo de un cuarto de hora, la señorita Pawter se levantó.

—¡Estoy rendida! —dijo—. Buenas noches a todos. Que duerman bien.

Apenas había salido cuando volvió a abrir la puerta y asomó la cabeza.

—«¡Duerman en los colchones Swanson-Harris!».

La señorita Holland no tardó en seguirla. Pasó por la cocina a pedir un poco de leche para su último protegido —un gato blanco caído del cielo con la noche—, después subió a su cuarto y la canción que todos esperaban se alzó suplicante:

¡Para! Me estás rompiendo el corazón...

Así como hay quien compra una pecera porque tiene un pez dorado, la señorita Holland había comprado un fonógrafo para reproducir una y otra vez aquel único disco.

Hacia las nueve y cuarto, la señora Hobson, sorprendida porque el señor Julie aún no se hubiese marchado, entró en su dormitorio.

Lo encontró sentado con los brazos extendidos sobre una mesita y la cabeza apoyada sobre ellos.

Tenía un cuchillo clavado en la espalda.

CAPÍTULO VI

«¡S-M-I-T-H, SMITH!»

—¿Aló?

—¿*Evening Post*? Póngame con la redacción, por favor.

—¿De parte de quién?

—Del señor Miller.

—Un momento.

—¿Aló?

—¿Redacción del *Evening Post*?

—Sí. ¿Quién llama?

—¡Mr. Smith! ¡S-m-i-t-h, Smith! Envíen un reportero a la pensión Victoria, en Russel Square, número 21. Vivo aquí y acabo de matar a un erudito curioso.

—¿Qué es lo que...? ¿Aló? ¡¿Aló?! ¡Santo cielo, Johnny! ¡Era un tipo que decía ser Mr. Smith, vivir en Russel Square, en el 21, creo, y haber cometido allí otro crimen!

—No hagas caso. Te han tomado el pelo.

—¿*Daily Telegraph*?

—Uno de sus lectores al aparato. Deseo hablar con la redacción.

—¿A propósito de qué?

—Un asunto personal.

—¡Un momento, por favor!

—Redacción del *Daily Telegraph*...

—Envíen un reportero a la pensión Victoria, Russel Square, número 21. Mr. Smith, que vive allí, ha matado esta noche a su octava víctima.

—¿Quién habla?

—Mr. Smith en persona.

—¡Oh! Mr. Smith... Aquí el canciller de la Hacienda. ¿Qué tal está, socio? ¿Aló? ¡¿Aló?!

—*Night and Day*, dígame.

—Póngame con el redactor jefe... El señor Miller al aparato.

—Un momento, por favor.

—¿Aló?

—¿El redactor jefe?

—¡Aquí llega! Para usted, Percy.

—Maldita sea... ¿Aló? ¿Quién es?

—¡Mr. Smith! ¡S-m-i-t-h, Smith! Quería avisarlo de que acabo de cometer un crimen, el octavo, en la pensión Victoria, Russel Square, número 21.

—Maldita sea... ¡No cuelgue! ¿Ha dicho: «pensión Victoria», Russel Square, número 21?

—Sí. Vivo aquí, de hecho.

—Vive... ¿Qué?

—Vivo aquí. Otra cosa. Dedíqueme la primera página de su periódico y puede que algún día le envíe mis memorias.

—Que le dedi... ¿Aló? ¡¿Aló?! Paul, telefóneeme inmediatamente a Lawson. Mr. Smith me anuncia que acaba de cometer otro crimen.

—¿Está de broma?

—Maldición... ¡He dicho «Telefóneeme inmediatamente»! A estas horas, Ginger debe de estar en casa de la señorita Standish, recitándole a Swinburne sobre un decorado en tonos plateados y crema.

CAPÍTULO VII

UNA VELADA ENCANTADORA

El profesor Lalla-Poor, con la nuca apoyada en el respaldo de su sillón y la luz que caía directamente sobre sus párpados cerrados, se mantenía inmóvil como una estatua. El señor Collins, al contrario, sentado al mismo borde de la silla, parecía dispuesto a saltar a la menor señal de alerta. El doctor Hyde inclinaba una frente impenetrable sobre su diccionario de medicina. La señora Hobson se apretaba contra los labios un pañuelo impregnado de agua de Colonia y su mirada hacía, a su pesar, la misma pregunta apremiante a todas las personas presentes. El mayor Fairchild iba y venía dando zancadas con las manos a la espalda. El señor Andreyew había abandonado su labor de bordado para hojear el *Times* y la señora Crabtree, sin dejar maquinalmente de jugar al solitario, lanzaba miradas furibundas a su marido, a quien tenía costumbre de considerar más o menos responsable de todas las fechorías cometidas por los malvados hombres.

No salía sonido alguno de los labios de ninguno de ellos. En cambio, aguzaban el oído al más mínimo ruido procedente del piso de arriba.

La policía llevaba unos veinte minutos allí y sus fuertes pisadas retumbaban en el suelo de la habitación del muerto.

¡La habitación del muerto! La señora Hobson ya no pudo aguantar más.

—¡No logro comprenderlo! Estaba tan lleno de vida durante la cena, con su aspecto inofensivo... ¡Pobre señor Julie!

—¡Eso ya lo ha dicho! —refunfuñó el mayor.

La imprudente reflexión provocó la indignación de la señora Crabtree.

—¡Siempre había pensado que no tenía usted corazón, mayor Fairchild! ¡La experiencia demuestra que no me equivocaba!

—Tengo tanto corazón como cualquiera de los que están aquí y probablemente más que usted —replicó el mayor interrumpiendo de forma brusca sus paseos alrededor de la mesa—. No obstante, valoro las cosas, incluida la vida humana, a su precio justo. No olvide que he pasado veintidós años en las Indias y...

—¿Cómo podríamos olvidarlo? ¡Nos lo recuerda cien veces al día!

El señor Andreyew posó el diario sobre la mesa.

—¡Por lo que más quieran, dejen de pelearse! Haríamos mejor en empezar a preguntarnos quién es el asesino.

—¿No es eso asunto de la po... policía? —preguntó el señor Collins.

—Sin duda... ¡Pero también es asunto nuestro!

—¿Por... por qué?

—Nuestra amable anfitriona ha reconocido que nadie que no sea inquilino ha podido entrar aquí esta noche... ¡Saque sus propias conclusiones!

—¿No estará insinuando...? —comenzó a decir la señora Hobson.

El doctor Hyde interrumpió con su voz fría y mordaz:

—Andreyew tiene razón. ¡El asesino tiene que ser necesariamente uno de nosotros!

—¡Doctor Hyde!

—¡Nos está insultando! —gritó el mayor.

El doctor rio entre dientes y se oyeron numerosos pasos que bajaban la escalera.

—En ese caso, prepárense a ser insultados por todos los polis que están figoneando ahora mismo ahí arriba. Han debido de llegar ya a las mismas conclusiones.

Acababa la frase cuando entró un inspector y dijo:

—El superintendente Strickland quiere que nadie salga de esta habitación antes de que él lo haya interrogado.

Se hizo a un lado para dejar pasar a la señorita Holland y a la señorita Pawter, que, tras haberse acostado, por lo visto habían tenido que vestirse a toda prisa.

—En cuanto a mí, debo preguntarles qué han estado haciendo desde la hora de la cena.

—¿Y? —dijo Strickland.

El doctor Hancock volvió a cerrar los ojos del muerto tras examinar su esclerótica, se quitó las gafas y frotó los cristales con una pequeña gamuza que había sacado del bolsillo del chaleco.

—¿Qué quiere saber?

—La hora del crimen, para empezar.

—El interrogatorio a los habitantes de la casa debería aclarárselo. En mi opinión, se cometió entre las ocho y las nueve, probablemente sobre las ocho y media.

—¿Muerte instantánea?

—Todo así lo indica.

Strickland señaló el arma del crimen, que el especialista en huellas digitales manipulaba con precaución.

—¿Sabe lo que es?

El doctor Hancock volvió a ponerse las gafas.

—Desde luego. Es uno de esos cuchillos acerados conocidos en cirugía con el nombre de cuchilletes.

—Difíciles de conseguir, ¿eh?

—Para quien no pertenezca a la facultad, sí.

Strickland dejó al médico.

—¿Hay huellas, Harris?

—Ni la más mínima, señor. El culpable debió de limpiar el arma y tocarla solo con guantes.

—Permítame... —farfulló el doctor Hancock. Se acercó al rincón del lavabo donde estaba posado el bisturí y se dobló en dos para verlo mejor—. La naturaleza del arma

—dijo mientras se incorporaba— me lleva a pensar que su hombre utilizó guantes médicos de caucho fino. ¡Ponga la casa patas arriba si es necesario, Strickland, pero encuéntrelos! Pueden llevar a su propietario al cadalso.

—¿Cómo?

—Cuando las glándulas del hombre se encuentran bajo la influencia de una fuerte emoción, cólera, miedo, ansia homicida, segregan con mayor abundancia, y los poros situados en las yemas de los dedos destilan un sudor ácido. Puede que este haya marcado los guantes por dentro.

—¡De acuerdo, doc!

Strickland interpelló al fotógrafo que guardaba su equipo:

—¿Ha terminado, John?

—Sí, señor.

—¿Cuántas fotos?

—Ocho.

El muerto estaba entonces sentado de través. Strickland se inclinó sobre él y registró sus bolsillos. Sacó un pañuelo de cuadros, una agenda con anotaciones en francés, un lápiz corriente provisto de un protector para la punta, un llavero, una navaja, monedas francesas e inglesas, una caja de pastillas para la tos.

Cuando reanudaba el registro, con la esperanza de descubrir la cartera de la víctima, una tarjeta de visita cayó sobre la alfombra.

«¡Bueno!», pensó recogiénola con presteza y echándole un vistazo. «¡El crimen está firmado!».

Una mente fría habría podido hasta entonces preguntarse si, por una extraordinaria coincidencia, el número 21 de Russel Square no alojaba a dos criminales que mutuamente ignorasen su existencia. La tarjeta de visita de Mr. Smith y el robo de la cartera desmontaban esa hipótesis.

—¿Por qué habitación empezamos el registro? —preguntó el inspector Fuller.

La mirada de Strickland cayó sobre el cuchillete manchado de sangre.

—Por la habitación contigua. La del doctor Hyde.

El inspector Mordaunt se había instalado en la sala de lectura que daba a la calle. Tras haber anotado las respuestas de la señora Hobson, la señorita Holland y la señorita Pawter, hizo comparecer al mayor Fairchild.

El viejo oficial entró con paso resuelto y las puntas del bigote amenazando al enemigo.

—Perdone usted mi curiosidad, que es estrictamente profesional, mayor Fairchild —dijo con amabilidad Mordaunt—. ¿Qué ha hecho usted después de la cena?

El mayor maldijo entre dientes.

—¡Nada! ¡Minucias! A no ser que considere la lectura del *Times* como una ocupación seria.

—¿Debo entender que en ningún momento dejó el salón del fondo?

—¡Ni el salón ni mi butaca! Y, aunque lo hubiera hecho, mi rango debería protegerme de toda sospecha.

—Le pido disculpas, mayor Fairchild. Usted debería ser el último en reprocharme que obedezca rigurosamente a mis jefes.

El mayor se apaciguó.

—¡Así se habla, joven! ¡Puedo echarle una mano; no lo olvide!

—¡Por favor, señor! ¿Tal vez se haya fijado en ciertas cosas que pasaron desapercibidas al resto?

—¡Para no verlas habría hecho falta ser sordo y ciego!

A los postres, el señor Andreyew presumió de ser Mr. Smith y, hace menos de un cuarto de hora, el doctor Hyde afirmó que el asesino del señor Julie se escondía entre nosotros.

—Interesante. ¿Alguno de los inquilinos, aparte de la señorita Holland y la señorita Pawter, abandonó el salón durante la velada?

El mayor empezó a retorcerse los bigotes pensativo.

—¡Espere! El señor Collins subió a su habitación a buscar, según dijo, un paquete de cigarrillos... Andreyew también salió, ya no sé por qué motivo... La señora Crabtree encargó a su marido que le trajese las tres barajas que utiliza para sus estúpidos solitarios... Y el médico y el saltimbanqui debieron de ir y venir también... De ahí a saber por qué... Igual tenían hormigueo en los pies.

—¿A quién se refiere con «el saltimbanqui»?

—Al profesor Lalla-Poor. Si se llamase en realidad Brown o Miller y hubiese nacido en Putney no me extrañaría lo más mínimo. Le dirigí la palabra en hindi, en guyaratí y en panyabí... ¡No entendió nada!

El inspector se deshizo en agradecimientos y el señor Andreyew sucedió al mayor.

—¿No nos hemos visto antes? —preguntó Mordaunt.

—Lo dudo.

—Su voz me resulta familiar.

El señor Andreyew tendió al inspector su pitillera abierta.

—Me habrá oído en el Capitol, en el Empire o en cualquier otro cine. Aprovecho el acento de mis padres para doblar a los actores que interpretan a rusos en las versiones inglesas de películas extranjeras. Tal vez recuerde usted *La golondrina*. Le puse voz al gran duque.

—¡Eso es! —exclamó Mordaunt—. ¡Y doblaba a Pierre Avila en *La corona perdida*! Permítame expresarle mi admiración.

—Muchas gracias. ¿Le gustó *La corona perdida*? A mí no. Era falsa de cabo a rabo.

—Salvo, quizá, la escena final...

—Demasiado optimista. Los amores de verano mueren con el verano.

Mordaunt recordó con hastío su misión.

—El cine ha debido de familiarizarlo con nuestros métodos —dijo con jovialidad—. No me reprochará pues que le pregunte si salió del salón durante la velada.

—Estuve fuera unos minutos.

—¿Para qué?

—¡Ni siquiera yo lo sé! La inmovilidad se me hacía pesada. La compañía de los otros huéspedes también, para serle franco. Pero no tenía ganas de salir. Así que subí a mi habitación, con la esperanza de encontrar con qué entretenerme. Pero tenía el correo al día y los radiadores no funcionaban bien. Al cabo de un rato, me resigné a regresar abajo.

—¿No oyó nada mientras estaba arriba?

—Me parece que no... No, nada.

—¿Y no se cruzó con nadie en la escalera?

—No... ¡Es decir, sí! El señor Collins entraba en el baño, en la entreplanta, cuando yo bajaba.

—¿Qué hora era?

—¡No lo sé! Nos levantamos de la mesa a las ocho menos cuarto. La señorita Pawter y la señorita Holland subieron a acostarse sobre las ocho... El mayor Fairchild salió del salón...

Mordaunt se sobresaltó.

—¿Está seguro de eso?

—Por completo. ¿Acaso lo ha negado?

—¡No no! —dijo maquinalmente el inspector—. ¿Y después?

El ruso suspiró.

—¿Cómo quiere usted que me acuerde? El señor Collins reclamó su manzanilla y luego... ¡Ya sé! La señora Crabtree siente la necesidad de comunicarnos la hora que indica su reloj cada vez que suena alguna campanada... Recuerdo que la oí decir: «¡Le aseguro que son y treinta y cinco, querida!», cuando salí del salón.

—Buen detalle, señor Andreyew. ¿Quién se encontraba en la sala en aquel momento?

—Pues... La señora Hobson, la señora Crabtree, el señor Crabtree, el mayor Fairchild...

—Entonces, ¿había regresado?

—Sí, su ausencia duró siete u ocho minutos como mucho... Estaba también nuestro amigo el faquir, el doctor Hyde... ¡No, el doctor Hyde no! Le juro que ya ni me acuerdo...

—No tiene importancia, señor Andreyew. Me ha dado información muy útil. Pero aún debo preguntarle por un asunto más delicado. Se jactó usted durante la cena de ser Mr. Smith... ¿Lo reconoce?

—Naturalmente.

—¿Qué motivo lo incitó a afirmar semejante cosa?

El señor Andreyew hizo oír su risa de cosaco.

—¡Alójese usted aquí durante tres días, querido, y veremos lo que tiene usted ganas de decirles!

Mordaunt miraba atentamente a su interlocutor.

—Comprendo —respondió al fin—. ¿Querrá usted enviarme al profesor Lalla-Poor?

—Desde luego. A propósito, supongo que tiene usted aprecio a su alianza.

—Lo tiene mi esposa —dijo Mordaunt.

—¡Entonces escóndasela en un calcetín! Lalla-Poor cambió la mía por un cubretetera.

—Aquí está el maletín —dijo Fuller.

Strickland tendió la mano.

—Deme. —Lo abrió y se lo pasó al doctor Hancock—. En su opinión, ¿qué es lo que falta, doc?

Un compartimento vacío dividía por la mitad una hilera de bisturís resplandecientes.

—¡Un cuchillete! —exclamó Hancock.

CAPÍTULO VIII

ENTRE LAS OCHO Y LAS NUEVE

El doctor Hyde entró sin apresurarse, con su diccionario de medicina bajo el brazo.

—¡Buenas noches, señores! —Paseó una mirada irónica sobre los armarios de par en par, la cama deshecha, los cajones abiertos—. ¿Qué les parecen mis pijamas? Personalmente, prefiero el verde pistacho.

Strickland, que ocultaba la mesa con sus anchas espaldas, cogió un objeto envuelto en una tela que estaba encima.

—¡Buenas noches, doctor Hyde! —dijo en su tono más oficial—. Tengo el deber de prevenirle de que sus respuestas podrán utilizarse en su contra. ¿Reconoce esto?

Si su intención era perturbar de aquel modo a su interlocutor, se llevó una decepción.

—Nada se parece más a un bisturí que otro bisturí... Su aire solemne me inclina a pensar que este me pertenece.

—El crimen fue descubierto sobre las nueve y diez. Nosotros llegamos a y media. ¿Afirma usted no haber tenido la curiosidad de echar un vistazo al cuerpo en ese lapso?

—Vi el cuerpo... ¡y el arma! Pero el estado de la señora Hobson reclamaba atención urgente y me interesan más los vivos que los muertos. Pensé que, si el bisturí procedía de mi maletín, no tardarían ustedes en averiguarlo.

—En definitiva, ¿niega usted ser el autor del asesinato?

—Pongamos que les sigo la corriente. Si nos fiamos de cierta tradición, el primer sospechoso rara vez es el culpable.

Strickland frunció el ceño. La mofa del doctor Hyde le complicaba la tarea.

—¿Quién está al tanto en la casa del lugar donde guarda su maletín?

—¡Pues todo el mundo, imagino! No es ningún secreto.

—¿Posee usted guantes quirúrgicos de caucho?

—Sí, un par de ellos, muy desgastados a decir verdad... ¿Acaso han desaparecido? Se encontraban junto a mi maletín en el cajón del armario de espejo.

Strickland ignoró la pregunta.

—¿Qué hizo usted después de la cena?

—Me puse tapones en los oídos para protegerme del parloteo de la señora Crabtree y actualicé mis conocimientos sobre el edema facial.

—Si la compañía de los demás inquilinos le resultaba desagradable, ¿por qué no

evitarla?

—Eso me pregunto yo... En el fondo, debo de temer la soledad.

—¿Salió usted del salón entre las ocho y las nueve?

—Sí. Durante unos diez minutos.

—¿Adónde fue?

—A la habitación del señor Julie.

El doctor Hancock dejó escapar una exclamación, pero Strickland se limitó a preguntar pausadamente:

—¿Qué hora era?

—No tengo ni la menor idea.

—Quiero creer que la víctima aún estaba viva en aquel momento.

El doctor Hyde se encogió de hombros.

—¡Lo estaba! Lo estaba incluso por partida doble, si admitimos que el sufrimiento sea inherente a la condición humana. Subía yo a mi habitación para buscar un cuaderno que contenía ciertas observaciones clínicas personales, cuando el señor Julie salió de la suya. Estaba lívido y se apoyaba en el marco de la puerta. Le pregunté si se encontraba mal y me indicó con gestos que me acercase. Padecía, me dijo, de insuficiencia cardíaca y el cariz que tomó la conversación durante la cena lo había trastornado hasta el extremo de temer desvanecerse. Le tomé la tensión. No había riesgo de síncope. En cambio, diagnosticué un colapso. Lo hice echarse y fui a mi cuarto a buscar un remedio que le recomendé tomar *ipso facto*.

—¿Qué clase de remedio?

—Un comprimido a base de aminos superiores. El único que me quedaba.

—¿Cree usted que estaba indicado en ese caso? —intervino el doctor Hancock.

—Sí y no. Me habría gustado administrarle algo más enérgico. Pero mi provisión de medicamentos se estaba agotando.

—Le ruego que entregue al doctor Hancock el tubo o la caja de donde lo sacó —dijo Strickland.

El doctor Hyde se acercó a la repisa de la chimenea y tomó una cajita redonda.

—Aquí está. Le advierto, en todo caso, que el producto normalmente se presenta en una caja de dimensiones menos reducidas.

—¿Qué ha hecho usted con ella?

—La tiré cuando quedaba menos de la mitad. Simplemente copié la fórmula de los comprimidos en la tapa de esta otra.

—¿Solo la fórmula?

—Sí, la verdad. Estas especialidades llevan nombres tan bárbaros que más vale darse prisa en olvidarlos.

—¿Qué inconveniente! ¿Su medicamento... desconocido entra en la categoría de los somníferos?

—Es un analéptico.

—Pero ¿pudo el señor Julie quedarse dormido después de ingerirlo?

El doctor Hyde expresó su ignorancia con un gesto.

—¿Recomendó usted a la víctima que disolviera el comprimido en algún líquido?

—No. Se lo dejé en la mesa y me marché.

—¿Se puede, no obstante, suponer que lo tragó con agua?

—¡Suponga lo que quiera! ¡Yo no poseo las dotes adivinatorias del profesor Lalla-Poor!

Strickland había garabateado unas palabras en un papel que tendió, plegado en dos, al doctor Hancock. Este le hizo un gesto de asentimiento. La nota decía lo siguiente: «BUSQUEN RASTROS DEL MEDICAMENTO EN LA AUTOPSIA».

—Para ser sincero —prosiguió Strickland—, no comprendo el motivo que lo llevó a interesarse por la salud del señor Julie. Usted ya no ejerce la medicina, por lo visto. Quiero decir: ¿ha perdido el derecho legal de hacerlo?

—¿De dónde ha sacado eso?

—Lo he averiguado esta tarde. Sé además que fue usted condenado a una pena de trabajos forzados.

—¿De modo que empiezan a investigar antes incluso de que se cometan los crímenes?

Strickland se mordió los labios. Aún no había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa y de imputar públicamente el crimen a Mr. Smith. Londres habría clamado al cielo —no sin razón aparente— por la impotencia de su policía.

—¡Responda a mi pregunta! No es usted la clase de hombre que cede a la compasión. ¿Y bien?

El doctor Hyde se irguió en toda su estatura.

—¡Error! Si arruiné mi vida fue por compadecerme de una mujer.

En aquel momento llamaron a la puerta y entró el inspector Beard.

—He encontrado la cartera de la víctima, señor. Vacía, eso sí.

—¿Dónde?

—En un rincón del patio.

—La habrán tirado por la ventana. Eso es tarea de Harris. Al menos, así lo espero.

Beard se disponía a salir cuando Strickland volvió a llamarlo.

—Vuelvan a registrar el cuarto del señor Julie. Quiero que encuentren un comprimido del tamaño de un penique. Quiero saber también si la víctima utilizó su vaso de agua.

Beard asintió y fue a chocar con su camarada Storey, que cruzaba el rellano a zancadas.

—Vengo ahora del sótano —explicó tranquilo Storey—. Sobre las nueve menos cuarto, Daphne, la cocinera, percibió un olor a caucho quemado procedente de la caldera.

¡Los guantes! Tal fue el pensamiento que surgió al punto en la mente de Strickland.

—¿Cuántos huéspedes se acercaron a la caldera?

—Tres, señor, que yo sepa.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, la señorita Holland, que sobre las ocho fue a pedir a Daphne un plato de leche para su gato. Después, el profesor Lalla-Poor. Por lo visto ha obtenido de la señora Hobson el insigne favor de alojar en el desván a una familia de conejos blancos y los ceba con lechuga, mañana y noche. Por último, el señor Collins. Mary tropezó con él, sobre las siete menos veinticinco, cuando regresaba a la planta baja. Parecía confuso, según Mary, y se disculpó de modo ininteligible.

—¡Muy bien! Hágalo entrar en la habitación del crimen y dele la vuelta a su colchón

y a todo lo demás.

El doctor Hyde, sentado sobre el brazo de un sillón, contemplaba el techo.

—A propósito de Collins... —dijo con despreocupación—. Quiso ver mi maletín después de comer.

Sin saber lo que ocurría en el piso de arriba, el inspector Mordaunt terminaba de interrogar al profesor Lalla-Poor.

—No se sienta obligado a responder a esta pregunta, profesor. No obstante, me gustaría saber de qué comarca de la India es usted originario.

El prestidigitador respondió sin vacilar.

—De Sirsa, naturalmente.

—Sirsa... ¿En Bengala?

—En Punyab.

—¡Curioso! El mayor Fairchild le dirigió la palabra, según dice, en panyabí y usted no le dio la réplica esperada.

Por primera vez, una sonrisa entreabrió los finos labios del hindú.

—Naturalmente, no habría podido hacerlo, inspector.

—¿Por qué?

—¡Bienaventurado el hombre maduro que se engaña a sí mismo! ¡El querido mayor cree que habla panyabí!

CAPÍTULO IX

«*IL B...*»

—¿Nos ha hecho llamar, inspector?

—¡No exactamente! —dijo Mordaunt apartando su silla—. Quiero interrogarlos por separado.

La señora Crabtree no por ello dejó de avanzar con paso firme.

—¿De veras, inspector? ¡Mi marido no tiene secretos para mí! Te expresarás con absoluta franqueza, Ernest.

—Desde luego, querida amiga.

Mordaunt se armó de paciencia.

—Creo que no me he explicado bien. Yo...

—¡Se ha explicado perfectamente! Quiere saber lo que hicimos durante la velada. ¡Es natural! Pero perdería usted una hora haciendo hablar a Ernest. Hace dieciocho años que lo colmo de atentos cuidados, así que ha adquirido la costumbre de apoyarse para todo en mí. Los hombres son como niños grandes. ¡Y unos egoístas tremendos! Naturalmente, esto no se aplica a usted, inspector. ¡Parece tan decidido, tan fuerte! En cuanto a Ernest, lo conocí en unos grandes almacenes, en la sección de corsés. Estaba pidiendo jabón de afeitar. Lo llevé de la mano y le aseguro que no he vuelto a soltarlo desde entonces...

Mordaunt se dejó caer, abrumado, en la silla.

—Señor Crabtree... ¿Salió usted del salón después de la cena?

—No... —musitó el señor Crabtree—. Quiero decir ¡sí!

Y calló.

La señora Crabtree creyó necesario alentarle.

—Estate tranquilo, Ernest. El inspector no te va a comer. Tómate un tiempo para reflexionar si te hace falta. Pero, por el amor de Dios, ¡deja de balbucear!

—Perfectamente, querida amiga.

Se hizo un silencio incómodo. El hombrecillo se sonrojaba y palidecía alternativamente. En cuanto a la señora Crabtree, era la propia encarnación del triunfo.

—¡Acabemos de una vez! —dijo de pronto—. Me chiflan los solitarios, en especial uno sudamericano llamado «La Catarata». De hecho, hace ya tres semanas que trato de terminarlo. Cada noche, sobre las ocho, Ernest sube a nuestro cuarto y me trae tres barajas de cincuenta y dos cartas. Luego se sienta a mi lado y no se mueve de ahí. Podría pasar horas mirándome sin cansarse... Una coartada doble perfecta, ¿no es

así?

—¿Cuánto tiempo estuvo arriba su marido?

—¡Oh, unos diez minutos como mucho! La criada, según me explicó, había cambiado las barajas de sitio y no las encontraba. —La señora Crabtree se inquietó—. ¿No irán a sospechar de él? ¡Pobre Ernest! Recuerden dónde estaba intentando conseguir jabón de afeitar.

—¡Descuide, tardaré en olvidarlo! —exclamó Mordaunt.

En el cuarto del crimen, del que acababan de sacar el cuerpo, Strickland, con la espalda apoyada en la chimenea, interrogaba al señor Collins.

—¿Qué hizo usted después de la cena?

—Me que... quedé en el salón en com... compañía de los otros in... inquilinos.

—¿No salió ni un momento?

—¿Por... por qué me pre... pregunta eso?

—¡Para saberlo! —respondió Strickland imperturbable. Consideró necesario añadir —: No tenga miedo. Hable claro.

La turbación del señor Collins se incrementó.

—¡Ya me gus... gustaría! Pero soy tar... tartamudo de na... nacimiento.

—No sabe cuánto lo siento.

Strickland fingió un breve malestar. Después volvió a la carga:

—¿Qué hacía usted a las ocho y treinta y cinco en la escalera que lleva al sótano?

—Pre... prefiero no res... responderle.

—¡Comete usted un error, Collins! —intervino cordialmente el doctor Hyde—. Todo el mundo sabe que cada noche le sisa un par de naranjas a Daphne.

—¡No... no es verdad!

—Quedará entre nosotros. Aproveche para confesar.

Strickland hizo un gesto de mal humor.

—Su intervención es del todo inoportuna, doctor Hyde. Límitese a responder a mis preguntas. En cuanto a usted, Collins, más le valdría desde luego confesar un hurto menor que agravar su caso.

—Me temo que no lo en... entiendo.

—Muy bien. Se lo explicaré. Tenemos la certeza de que el asesino del señor Julie llevaba guantes y de que los quemó en la caldera. Si se niega a aclarar el motivo de su presencia en la cocina, tendremos fundamento para plantearnos muy seriamente su culpabilidad.

—Pero yo...

—¿Cuándo salió del salón y cuándo volvió?

—No lo re... recuerdo.

—¡Inténtelo! Es por su propio bien.

—¡Qué se la va a ha... hacer! Interrogue a los demás si qui... quiere.

—Los demás ya han hablado.

—¿Y qué han di... dicho?

—Sus testimonios concuerdan. Según ellos, se eclipsó usted entre las ocho y veinticinco y las nueve menos veinte.

—Pues bu... bueno, hay que creer lo que dicen.

—¿Qué hizo usted durante ese cuarto de hora?

—Nada im... importante. Fui a mi habitación y luego a la co... cocina.

—Quiero un relato detallado.

—¡Eso es ri... ridículo! ¡No sos... sospechaba que fuera a cometerse un crimen! No cro... cronometrará mis idas y venidas.

—Pero ¿subió a su cuarto con una intención precisa?

—¡Sí y no! No re... recordaba a qué clientes debía visitar al día si... siguiente. Que... quería consultar mi agenda.

—Parece usted sufrir extrañas pérdidas de memoria. Y no entiendo por qué tuvo que comprobarlo así de pronto.

—Para or... organizar mi ruta men... mentalmente.

—¡Sea! Una simple ojeada a su agenda no debió de llevarle un cuarto de hora.

—No. Me fu... fumé un cigarrillo pensando en mis asuntos y luego bajé a la co... cocina.

—¿Para qué?

El señor Collins se puso rojo como un clavel.

—¡Disfruta usted hu... humillándome! El doctor Hyde ya le ha dicho por... por qué. Strickland fulminó al médico con la mirada.

—Entonces, ¿tenía usted intención de robar fruta?

—¡No se puede de... decir que sea ro... robar! La señora Hobson es muy mirada y mi ré... régimen alimentario exige que to... tome un zumo de naranja cada mañana, antes de de... desayunar.

—¿Y nunca se le ha ocurrido a usted comprar lo necesario?

Volvió a oírse la voz mordaz del doctor Hyde.

—*Non possumus*⁹! Si la señora Hobson es mirada por necesidad, nuestro amigo Collins lo es por inclinación.

—¡Ya basta, doctor Hyde! ¿Cuántas piezas se llevó usted, señor Collins? ¿Y qué frutas eran?

—¡Una so... sola! —Las palabras salían a regañadientes de los labios del hombrecillo—. Una na... naranja.

—Beard —ordenó Strickland—, pregunte a Storey si ha encontrado una naranja en la habitación del señor Collins.

El inspector —que seguía husmeando por los rincones con la esperanza de encontrar el comprimido prescrito al señor Julie— no tuvo tiempo de obedecer.

—¡Es inútil! Me la he co... comido.

—¡Se la ha comido! Pensaba que guardaba la fruta sustraída de la cocina para tomarla por la mañana.

—¡La ex... excepción confirma la re... regla!

—Muy bien. No se habrá comido la piel. ¿Qué ha sido de ella?

El señor Collins paseó en torno a él una mirada aturdida.

—¡La he ti... tirado!

—¿Dónde?

—¡No lo re... recuerdo!

—¡Desde luego, le vendrían bien algunos ejercicios mnemotécnicos! ¿Dónde se comió la naranja?

—¡En el só... sótano! ¡Y quemé los restos en la caldera!

—¿Para destruir todo rastro del hurto?

—¡Sí! No... ¡Fue un gesto au... automático!

—¡No se abre y se cierra una caldera automáticamente, señor Collins!

—¡No tuve que a... abrirla! El... La puerta no ce... cerraba bien.

—¿Dónde se encontraba Daphne en aquel momento?

—En la plan... planta baja. Con la se... señora Hobson.

—Pongamos que dice la verdad. ¿No se encontró con nadie más que con Mary mientras deambulaba por la casa?

—Con na... nadie.

—¿Despedía la caldera olor a caucho quemado?

—No... no lo sé. Estoy res... resfriado.

Strickland permaneció un momento en silencio. Su rostro no expresaba nada. Su mirada gris, por el contrario, parecía querer penetrar en los pensamientos más secretos de su interlocutor.

—Es usted representante de una empresa de aparatos de radio, según me han dicho.

—Es co... correcto.

—¿Pero le interesa la cirugía?

—No es... especialmente.

En ese caso, ¿por qué pidió al doctor Hyde que le enseñara su maletín después de la comida?

El señor Collins parecía perplejo.

—No lo en... entiendo. —Tiraba con fuerza de un botón de su chaqueta—. Es... estaba en mi cuarto a primera hora de la tar... tarde.

—¡Por Dios!

El doctor Hyde se apartó con viveza de la ventana por la que contemplaba las luces de Russel Square.

—¿Niega acaso haber subido a mi habitación sobre las dos?

—¡Des... desde luego!

—¡Maldito embustero! No sé qué es lo que me impide...

Strickland apartó al médico con mano firme.

—¡De nada sirve indignarse, doctor Hyde! ¿Alguno de los dos tiene pruebas que demuestren lo que afirman?

—¡N... no! —dijo el señor Collins—. Dor... dormí una siesta corta y...

El doctor Hyde maldijo en voz baja.

—¿No puede fiarse de mi palabra? ¿Con qué propósito me habría inventado esa historia?

—El arma del crimen le pertenece. En este caso, justificarse equivale a comprometer a otra persona.

—¡Eso es ridículo! Nada me impedía sustraer el cuchillete antes de que ustedes llegaran.

—Igualmente le habría costado explicar la desaparición del maletín. ¡Tanto daba dejarlo en la herida!

—¡No se mata con un arma que, por su naturaleza, lo acusa a uno formalmente!

—Arriesgado, pero hábil.

El doctor Hyde respondió con un grito:

—¡Tengo un testigo! Andreyew se dirigía a su cuarto cuando Collins entraba en el mío. Nos dijimos incluso un par de frases.

—Bien...

Strickland miró a Collins. El hombrecillo parecía librar una dura batalla consigo mismo.

—¡Con... confieso! —dijo al fin con los ojos brillantes—. Sus pre... preguntas me hacen perder el... la ca... cabeza. Ya me es... estaba viendo arrestado... Ignoraba la pre... presencia de Andreyew en la es... escalera. —Alzó la voz—. ¡Pero no me im... importaba el maletín! Solo que... quería charlar un momento. La con... conversación derivó hacia la ci... cirugía, ¡punto!

Strickland se disponía a hablar. El doctor Hyde, inclinado sobre la mesa que había sostenido el torso del señor Julie, se le adelantó.

—¿Se ha fijado usted en esto, inspector?

Strickland se acercó. Un estrecho tapiz de rayas había sido desplazado durante el levantamiento del cadáver y se distinguían sobre la madera pulida arañazos recientes en la siguiente disposición:



—¡Curioso! —farfulló Strickland—. Parecen letras.

—Sí. Si Julie no hubiera muerto inmediatamente por la puñalada, me atrevería a atribuírselas.

El doctor Hyde se agachó y volvió a levantarse, sujetando con delicadeza un lápiz sin punta.

—Pues sí, esto es lo que le sirvió de punzón.

Strickland no vaciló.

—¡Cuidado con las huellas! Beard, vaya a buscarme a la señora Hobson y a la criada. —Y, según entraban estas, añadió—: ¿Estos arañazos son antiguos o recientes?

—Es la primera vez que los veo —dijo la señora Hobson.

Mary fue más afirmativa todavía.

—He encerado la mesa esta mañana. Estaba en perfecto estado.

Todas las miradas convergieron en el doctor Hancock y Strickland hizo la pregunta que esperaban.

—¿El señor Julie podría haber tardado unos segundos en morir?

—Personalmente, apuesto a que no.

Strickland examinó los arañazos con mayor atención.

—¡Bien, pues perdería la apuesta!

—¿Cómo está tan seguro?

—// no es una palabra inglesa, sino francesa. Incapaz de señalar al asesino por su nombre (recuerden que la mayor parte de los inquilinos le fueron presentados apresuradamente y en grupo), el señor Julie habrá querido anotar un rasgo distintivo, alguna particularidad física, imagino, que permitiera identificarlo... Habrá cogido el primer objeto que tuviera a mano, este lápiz, y empezado a escribir una frase interrumpida por la muerte: «// b...».

—¿Qué significa, en su opinión?

Strickland no respondió.

Sin embargo, en su mente, la acusación era clara.

Se limitaba a dos palabras: // *bégaie* («Tartamudea»).

—¡Buenas noches, agente! —dijo Ginger Lawson mientras entraba con autoridad—. ¿No se acuerda de mí? Ginger Lawson, reportero del *Night and Day*. El hombre que encontró a *lady* Trevor-Mere con los salvacionistas y que desenmascaró al Tigre de Lambeth... ¡Quite de en medio, socio! ¡Mr. Smith me está esperando!

CAPÍTULO X

MR. SMITH = COLLINS

El inspector Beard tiró de la manga de su superior.

—Sí —dijo Strickland al darse la vuelta.

—Le pido disculpas, señor. Hay abajo un... un... —Beard se tiró a la piscina—... un reportero que pregunta por usted.

Strickland olfateó la catástrofe.

—¡Ya voy! —contestó simplemente—. ¿Utilizó el señor Julie su vaso de agua?

—No lo creo.

—Y el comprimido ¿lo ha encontrado?

—No. La víctima debió de tomarlo sin beber.

Strickland ya había salido del cuarto. ¿Cómo demonios podía haberse filtrado la noticia? Llegaba al entresuelo cuando una voz alegre se alzó desde el recibidor.

—¡Hola, Súper! ¡Le traigo mi brillante intelecto!

Strickland siguió bajando sin apresurarse, con la mirada dura. Iba a tener que hilar fino.

—Buenas noches, Ginger. Me temo que todavía no puedo darle mucha información. Apenas hemos empezado las pesquisas...

Lawson, de un capirotazo, se echó el sombrero sobre la nuca.

—¡Eso cuénteselo a otro, viejo zorro!

—¿Quién lo ha avisado?

—¡El culpable en persona! ¡Mr. Smith el Magnífico! «Vivo en el número 21; le enviaré mis memorias». No hace falta que se lo explique.

«¡*Touché!*», pensó Strickland. Había esperado seguir ocultando al público el trasfondo del caso durante algunos días, dirigir la investigación como cualquier otra, ¡y hete aquí que el propio Mr. Smith le desbarataba los planes!

—¿Cuándo recibió la llamada?

—Sobre las nueve y media. ¡A Percy le habría sorprendido menos saber del naufragio del Queen Mary!

Strickland midió sus palabras.

—¡Seamos francos, Ginger! ¿Será capaz de cerrar el pico si se lo pido?

El otro negó con la cabeza.

—¡Esta vez no! Malone me pisa los talones. Se le va a echar encima dentro de cinco minutos y toda Fleet Street⁷ con él.

—Ya veo —dijo Strickland con pesimismo—. ¡Hallows!
Se dirigía al agente que estaba de guardia en la puerta de la calle.

—Sí, señor.

—¡Si le vuelve a abrir a un reportero le parto la crisma!

—Bueno, ¿y yo? —preguntó Lawson.

—Usted ya está dentro y dentro se queda.

—¡Señora Hobson!

La puerta, empujada por una corriente de aire, se cerró con violencia.

—¿Sabe quién ha llamado a Scotland Yard?

—No. La sensibilidad femenina tolera mal ciertos espectáculos. Me había desvanecido y...

El doctor Hyde se dignó a proporcionar a Strickland la información deseada.

—El mayor quería encargarse de ello. Andreyew se le adelantó.

—¿Alguno de ustedes estaba a su lado cuando obtuvo la comunicación?

—Sí, yo —dijo Mary tímidamente.

—¿Qué hizo después de colgar?

—Pues... nada.

—¿No pidió un número para una llamada personal?

—No. Subió al piso de arriba.

—¿Dónde se encuentra el teléfono?

—En mi *boudoir* —empezó a decir la señora Hobson. Corrigió sonrojada—: En mi despacho particular, al fondo del recibidor.

—¿De modo que cualquiera habría podido, aprovechando la confusión generalizada, entrar subrepticamente para usar el aparato?

—Naturalmente. Pero...

Strickland ya no escuchaba.

—¡Nos toca, Collins! ¿Dónde estaba a las nueve y media?

El hombrecillo hizo un gesto de cómica desesperación, un gesto que significaba: «¡Dios, vuelta a empezar!».

—No... no lo sé —balbuceó.

—¿Arriba, con los demás? ¿O abajo?

—A... arriba, supongo.

—En ese caso, no le costará encontrar un testigo que confirme lo que dice.

—Sí... Me te... temo que sí... Estábamos demasiado nerviosos para pres... prestar mutuamente atención a nues... nuestros movimientos. Yo mismo no me atrevería a ju... jurar que uno u otro es... estuviera todo el tiempo a mi la... lado.

Strickland refunfuñó. Tenía la sensación de seguir un laberinto donde los mismos obstáculos surgían a cada vuelta.

Por fortuna, la intervención de los periodistas lo autorizaba a cambiar de táctica, a interrogar a su hombre ya no sobre los acontecimientos de aquella noche, sino sobre los de los meses precedentes.

Sacó una libreta de su bolsillo y la hojeó.

—¿Qué hacía usted el 10 de noviembre del año pasado a las once de la noche?

—¿CÓ... cómo quiere que me a... acuerde?

—¿Pasó la velada en casa de unos amigos? ¿Estaba en la cama? ¿O fuera de Londres?

—¡No... no lo sé! ¿Por... por qué me pregunta eso?

—¿Y el 12 del mismo mes sobre las cinco de la tarde?

—¡No... no lo sé!

Strickland recuperó la esperanza. Cada «no lo sé» era una frase de aliento para seguir preguntando.

—¿Y el 18 sobre las nueve y media de la noche?

—¡No... no lo sé!

Aproximadamente al mismo tiempo, el inspector Fuller —a quien Strickland había encargado encontrar el dinero robado a la víctima— tuvo una idea crucial para su carrera. «El asesino», pensó, «no ha debido de esconder los billetes en su cuarto, sino en esa especie de tierra de nadie accesible a todos los habitantes de la casa...». Estaba pasando ante el cuarto de baño. Entró.

A pesar de la limpieza y el orden irreprochables, era evidente que alguien había utilizado recientemente el lavabo. El inspector husmeó por los rincones, levantó la alfombrilla que ponía una mancha amarilla sobre los azulejos blancos y negros, hizo inventario del contenido de una pequeña estantería lacada. Le quedaba llevar a cabo el gesto clásico —quitar el tapón de la bañera—, y, apenas hubo liberado el sumidero, gruñó de satisfacción. Había un hilo atado a la rejilla que impide que se introduzcan cuerpos sólidos en la cañería.

Con ayuda de una pinza de depilar, hallada sobre una balda de la estantería, Fuller tiró del hilo. Le costó sacar del desagüe el objeto pescado de aquel modo. Pero el simple hecho de verlo fue una recompensa a sus esfuerzos. Era un rollo de hule, fino y ligero.

Strickland contó los billetes —había tres de diez libras y dos de cinco— y los arrojó sobre la mesa.

—El dinero está intacto. Lo importante ahora es averiguar quién entró en el baño a lo largo de la velada.

El inspector Mordaunt, presente desde hacía un rato en el interrogatorio, se agitó.

—El señor Andreyew podría ayudar en eso. Estaba en la escalera entre las ocho y las nueve...

—Tráigamelo.

El señor Collins se asemejaba cada vez más a un animal acorralado. Al escuchar el nombre de Andreyew pareció a punto de desplomarse.

Strickland, sin concederle una mirada, caminó al encuentro del ruso.

—¿Señor Andreyew? Salió usted del salón después de la cena, según me han dicho.

—Sí.

—¿Estuvo mucho tiempo fuera?

—Siete u ocho minutos como máximo.

—¿Subió a su habitación?

—Sí.

—¿Vio a alguien entrar o salir del cuarto de baño?

—S... sí.

—¿A quién?

El ruso parecía contrariado. Se volvió hacia el señor Collins.

—*Mea culpa*. ¡Me temo que me he ido de la lengua, querido amigo!

—¿Qué hora era? —insistió Strickland.

—El inspector Mordaunt ya me lo ha preguntado... Las nueve menos veinte, creo, o menos cuarto.

—¡Gracias! ¿Qué fue usted a hacer en el cuarto de baño, señor Collins?

—Yo... la... lavarme las manos.

—¡Muéstremelas!

El señor Collins, al oír aquella nueva exigencia, hizo un gesto pueril, casi conmovedor: escondió las manos tras la espalda, como un niño que teme ser castigado. Luego, como subyugado por una voluntad más fuerte, las tendió lentamente al inspector. Este las examinó una tras otra. Y dijo:

—Usted mismo ha admitido haberse quedado un buen rato en su habitación. ¿Por qué no se lavó allí?

—¡No se me o... ocurrió!

—¡Diga toda la verdad, Collins! —aconsejó el doctor Hyde—. Será mejor para usted.

—¿Qué ver... verdad?

—¡Ya lo sabe! Primero: el jabón de los demás le sale gratis. Segundo: ¡su madre era una Mac Tavish⁸!

El señor Andreyew y Mordaunt sonrieron. Strickland no. Salió, ante la sorpresa general, para volver a entrar menos de un minuto más tarde.

—¿Qué clase de tinta utiliza usted, señor Collins?

—Pues yo... Tinta común.

—¿De qué color?

El hombrecillo vaciló.

—¿Azul o negra?

—A... azul.

Strickland inclinó la cabeza satisfecho.

—¡Con esta última mentira acaba de perderse, Collins! Utiliza tinta violeta. Hay manchas en su papel secante... ¡y en uno de los billetes robados al señor Julie también!

En medio de las exclamaciones generales, el agente Hallows entró visiblemente alterado.

—¡Le pido disculpas, señor! Pero los reporteros están echando la puerta abajo. Ya serán unos veinte...

—Muy bien. ¡Que pasen!

Hallows creyó en un primer momento haber oído mal. Después volvió a bajar, resignado a lo peor. La puerta se tambaleaba con los golpes. Quitó la cadena y abrió. Al momento, una horda de demonios lo empujó contra la pared, asaltó la escalera, con Ginger Lawson y Teddy Malone a la cabeza, e invadió la habitación del crimen.

Strickland se encontraba en el rellano.

—¿Querían ver a Mr. Smith? ¡Aquí lo tienen!

Enmarcado por Beard y Fuller, con el rostro escondido entre las manos, el señor Collins nunca había parecido tan enclenque.

—¡Es un la... lamentable error! —tartamudeó—. ¡Me lla... llamo Collins y soy re... representante de una empresa de aparatos de ra... radio!

Ginger Lawson habló por sus camaradas.

—¡Eso cuénteselo a otro, viejo zorro! ¿Cuál fue su sentimiento dominante cuando mató por primera vez?

EL FIN DE UNA PESADILLA

imprimieron aquella misma noche las rotativas del *Night and Day*, «el diario que nunca se desmiente»: «Mr. Smith —tres horas después de habernos retado por teléfono— cae en manos de Scotland Yard».

CAPÍTULO XI

LA ELEGÍA DE MASSENET

Pese a las emociones de la noche, los huéspedes de la señora Hobson se levantaron, aquel sábado 29 de enero de 193..., más pronto que de costumbre.

Apenas llegaba el lechero desde Bedford Place, el mayor Fairchild saltó de la cama y empezaba a ejecutar, ante su ventana abierta, los doce ejercicios respiratorios recomendados por el método Huntley. El ruido despertó a la señorita Holland, que se incorporó en la cama gritando. Soñaba que la estatua de Nelson, que había bajado de su columna, la perseguía por Trafalgar Square. La señorita Pawter, como de costumbre, golpeó el tabique y le deseó buenos días. Aunque no fueran ni las siete y cuarto, acababa de ponerse su vestido, uno de flores comprado dos días antes en las rebajas de Roberts & Roberts. Le faltaban dos dedos de largo, pero era precioso.

—Buenos días —respondió la señorita Holland—. ¿Ha dormido bien?

—Horrendamente. Pero, en cambio, he encontrado el eslogan que me piden mis fabricantes de utensilios eléctricos de cocina. «Ame las manos del ama de casa». ¿No es encantador?

A y media el señor Andreyew, en albornoz azul y blanco, y el mayor Fairchild, en albornoz verde y naranja, ambos con una toalla en la mano, salieron al mismo tiempo de sus cuartos.

—¡Buenos días, querido amigo! —dijo cordialmente el ruso—. ¿Ya en pie?

—¡Como puede usted ver! —masculló el otro—. ¿Adónde va?

—Pues... al cuarto de baño.

—¡Vaya, hombre! ¡Yo también!

—En ese caso, hágame el favor de pasar usted primero.

Apaciguado, el viejo oficial creyó conveniente prolongar la conversación.

—A propósito del tal Mr. Smith... —rectificó—: Quiero decir de Collins. Créame si quiere: no me ha sorprendido lo más mínimo averiguar la triste clase de individuo que era en realidad.

—¿De veras? No ha confesado nada.

—¡Confesará! A esa gente de Scotland Yard le faltan modales, pero conocen su oficio. A estas horas deben de estar aplicándole a Collins la cuestión preparatoria.

—¡Hum! Yo me los imagino más bien en un despacho lleno de humo manteniendo un interminable *powwow*.

—¿Qué quiere decir con *powwow*? —preguntó el mayor con recelo—. ¿Es ruso?

—En absoluto. Es una palabra de los indios americanos. Significa «asamblea», «conciliábulo».

—¿Insinúa usted que ha estado entre los pieles rojas?

—Pues sí, la verdad. Incluso estuve legalmente unido a la hija de un jefe, Nube Blanca.

La sangre subió al rostro del mayor dándole un tono violáceo.

—¡Casarse con una india es una idea de lo más singular! A un inglés no se le ocurriría.

—Estoy de acuerdo —dijo el señor Andreyew—. Soy un hombre singular.

—¿Y bien? —preguntó el comisario adjunto Prior—. ¿Ha confesado su hombre?

Strickland se sentó pesadamente. El interrogatorio había durado toda la noche y nada hacía entrever su fin.

—¡Al contrario! Se defiende como un auténtico demonio.

—¿Acaso ha conseguido minar su convicción?

—Sí y no. Tiene algo conmovedor pero, por otra parte, sigue siendo incapaz de proporcionar la menor coartada.

—¡Si fuera inocente, podría!

—Puede que no. Tiene memoria de pez.

—Interrogue a los demás huéspedes.

—Ya está hecho. Durante el día van cada uno por su lado y pasan veladas tranquilas. No he podido despertar un recuerdo preciso en ninguno.

—¿Qué edad tiene Collins?

—Treinta y tres años.

—¿Qué hacía antes de ser representante de aparatos de radio?

—Era representante de cubiertos de alpaca. Su padre era pastor en Northumberland y quería que estudiase Teología. Pero la incapacidad del joven Collins para pronunciar un sermón lo llevó a enarbolar el estandarte de la rebeldía. Huyó del hogar paterno y ejerció una veintena de oficios.

—¿Sus padres viven aún?

—No. Ambos murieron el año pasado, con seis meses de intervalo, dejándole trescientas libras.

—Una vida banal.

—Sí, tanto que inspira desconfianza.

Robert Prior, alias Robin, permaneció soñador por un momento, con sus ojos azules clavados en un rincón de cielo sin verlo. La imagen de Irene Phelps, tal y como se le había aparecido la noche anterior en el papel de Jane Eyre, surgió en su mente. La expulsó.

—Lo que no llevo a entender es por qué Mr. Smith atacó al inofensivo señor Julie. Al fin y al cabo, se había negado a ayudarnos.

—Tal vez Collins creyese lo contrario —sugirió Strickland sin convicción.

Desde el descubrimiento del crimen, él mismo se esforzaba en vano por descubrir el móvil.

—¡Imposible, socio! Para eso habría tenido que conocer los movimientos del profesor. Ahora bien, Beard jura que nadie los siguió desde el Museo Británico hasta

aquí.

—Puede que Collins pasara por delante de Scotland Yard cuando salía el señor Julie...

—¿Está de broma? En cualquier caso, el profesor solo volvió a la pensión Victoria para anunciar su marcha *urbi et orbi*.

—Queda el robo.

—Sí, pero eso no explica nada. Lo veo como una consecuencia, no como el propósito del crimen.

—¿Quiere decir que Mr. Smith, una vez llevado a cabo el golpe, no pudo evitar robar a su víctima?

—Precisamente. Pero no la mató con ese objetivo. Si planeaba un simple robo, le habría bastado con esperar a un día de niebla para volver a atacar a un transeúnte.

—A no ser que necesitase el dinero de inmediato.

—Improbable. Recuerde lo que sacó de sus crímenes precedentes. ¡Ah, si el señor Julie hubiese presumido de estar forrado, si hubiera exhibido una cartera impresionante! Pero el desgraciado no poseía más que cuarenta libras. Una pequeña fortuna para algunos, lo reconozco... ¡Pero no para Mr. Smith!

—Quizá esperaba que el profesor fuese más rico.

—¡Teniendo en cuenta su insaciable apetito, desde luego que lo esperaba! Pero insisto: el mero interés no pudo inspirarle ese acto de locura.

Robin se animó.

—¡Porque una de dos, Strickland! O bien Mr. Smith se había fijado en la vigilancia de la que era objeto la pensión Victoria y, asesinando al señor Julie, ha confirmado deliberadamente nuestras sospechas; ¡o bien no sabía que lo habíamos descubierto y las ha provocado, no menos deliberadamente!

Strickland ya había hecho esa reflexión.

—Ha pronunciado la palabra «locura». Esa es, en mi opinión, la única explicación posible. Mr. Smith, como todos los paranoicos de su especie, habrá cedido a una verdadera necesidad: la de desafiarnos.

—¡Paranoico, qué bonito! —dijo Robin.

El señor Collins, con la frente cubierta de sudor, parpadeando, lanzó una mirada aturdida a los verdugos alertas que lo acosaban desde hacía horas y horas.

—¡No... no lo sé! —tartamudeó.

—¿Qué ha hecho con el saquito de arena?

—¡No... no lo sé!

—¿De modo que posee un saquito de arena?

—No... ¡Por su... supuesto que no!

—¿Cuánto gana usted al mes?

—De... depende.

—¿Mucho?

—No, no mu... mucho.

—En suma, ¿va usted apurado?

—Más bi... bien.

Cada cual hacía su pregunta, aunque no pareciese tener nada que ver con el

crimen. El juego consistía en agobiar al prisionero, en conducirlo a contradecirse. Lo mismo podrían haberle preguntado si sabía patinar, si le gustaba el té fuerte.

—¿Desde hace cuánto tiempo vive usted en la pensión de la señora Hobson?

—Des... desde hace cinco meses.

—¿Dónde vivía anteriormente?

—En un ho... hotel de Odessa Road.

—¿Cuál?

—El Gil... Gilchrist.

—¿Por qué se marchó?

—Era de... demasiado caro.

—¿Y? —pregunto Strickland, que acababa de entrar.

El inspector Storey hizo un gesto de impaciencia. «¡No hay nada que hacer!», leyó Strickland en sus labios. Pero igualmente ordenó:

—¡Sigán, muchachos! ¡No tenemos prisa!

—¿Tiene usted deudas? —preguntó Storey.

—Al... algunas.

—¿Con quién?

—Con mi sas... sastre.

—¿Eso es todo? —quiso saber Fuller.

—Cre... creo que sí.

—Entonces, ¿por qué ha dicho «algunas»?

—¡Me he e... equivocado!

—¿Quién es su médico de cabecera?

—El doctor Co... Coleman.

—¿A él no le debe nada?

—S... sí.

—¿Cuánto?

—Trein... treinta libras.

—¿De dónde va a sacarlas?

—¡No... no lo sé!

Súbitamente se produjo una especie de milagro. El señor Collins dejó de responder a las preguntas y se llevó las manos a la frente. Al fin preguntó con una voz que la emoción hacía aún más temblorosa:

—El 4 de e... enero era mar... martes, ¿verdad?

—Sí —dijo Strickland—. ¿Y?

El 4 de enero, sobre las nueve y veinte, el señor Leighton había sido asesinado en Goldsmith Street.

—¡Entonces ya... ya lo sé! Esa no... noche estuve to... todo el tiempo con los de... demás huéspedes.

—¿Cómo puede asegurarlo?

—La señora Hob... Hobson nos tocó al piano la *Elegía* de... de Massenet. Y la se... señorita Holland pasaba las partituras.

Storey, Beard y Fuller adoptaron el mismo aire de consternación.

—¡Sigán interrogándolo sobre cualquier cosa! —ordenó Strickland señalando al

arrestado—. Voy a acercarme a la pensión.

Regresó cuarenta minutos después y fue directo hacia Collins.

—Nadie parece capaz de corroborar su testimonio. Al contrario, el doctor Hyde afirma que salió usted del salón cuando la señora Hobson se sentó al piano. Oyó cerrarse la puerta de la calle y lo vio, sobre las diez menos diez, colgar su sombrero y su abrigo en el perchero.

El señor Collins dio un grito.

—¡Mi... miente!

—¿Quién?

—¡El doc... doctor Hyde!

Strickland acercó una silla y se sentó a horcajadas.

—Naturalmente. ¡Todos mienten! ¿Por qué salió aquella noche, señor Collins?

—¡No sa... salí!

—¿Fue por la niebla!

—...

—¿O acaso no le gustaba la *Elegía* de Massenet?

—...

—¿O es que quería comprar naranjas?

Tres días más tarde, haciendo gala de una resistencia poco común, el señor Collins aún no había confesado nada.

CAPÍTULO XII

TERCER GRADO

Todo empezó con la visita de un tal señor Breckinridge quien, con la excusa de querer alojarse en la pensión, hizo que le enseñasen la casa desde el sótano al desván.

El señor Breckinridge tenía el cabello blanco y aspecto venerable. Cuando preguntó con inocencia: «¿Estamos en la habitación donde fue asesinado el desdichado profesor?», la señora Hobson creyó morir de vergüenza. Pero el señor Breckinridge añadió: «¡Me parece perfecta!». Y, tras visitar el cuarto donde había muerto la víctima, quiso ver la habitación donde había vivido el asesino.

—Permítame consultar a la señora Breckinridge —dijo al fin—. La telefonearé a lo largo de la tarde.

Cuando se hubo marchado, la señora Hobson no pudo contener el llanto.

—¡No volverá! —exclamó al profesor Lalla-Poor que regresaba de dar un corto paseo.

—¡Bah! —respondió el hindú—. Ya vendrán otros. La calle, naturalmente, está llena de curiosos.

La señora Hobson corrió a la ventana y se sintió aún más desgraciada.

—¡Toda esa gente! —se lamentó—. ¡Qué indecencia!

En aquel momento llamaron a la puerta de la calle. Mary fue a abrir e hizo pasar a una señora gorda.

—Soy la señora Platt —dijo—. Busco una pensión a buen precio y decente para mi hermano. ¿Podría visitar la casa?

—Puede que no sepa usted que... —empezó a decir la señora Hobson.

—¡Claro que lo sé! No se le puede reprochar que se dejase engañar por un criminal. A propósito, ¿qué aspecto tenía?

Cuando dio la hora de la comida, la señora Hobson había recibido a una docena de personas deseosas de encontrar alojamiento, unas para un pariente, otras para un amigo. Así pues, el sentimiento de vergüenza que había tenido por la mañana se acabó transformando en una leve embriaguez. Se engañaba imaginándose reclamada por solícitos admiradores.

Por la tarde, el desfile se reanudó a una cadencia más rápida. En efecto, la pensión Victoria no se limitaba a ser «la casa del crimen». Se presentaba igualmente a la atención general como el refugio de uno de los mayores criminales del siglo.

A los curiosos se sumaron reporteros, fotógrafos, recaderos de Scotland Yard con mensajes urgentes, agentes de seguros que aprovechaban la situación para forzar la entrada, solicitantes de todas clases. La afluencia llegó a tal extremo que hubo que recurrir a la policía para restaurar el orden y dispersar a los mirones.

—¡Estoy rota! —dijo la señora Hobson durante la cena—. Si esos señores de la policía no me hubieran pedido que rechace toda oferta y si no fuera consciente de mis deberes como anfitriona, habría alquilado hasta el sótano.

La señora Crabtree lanzó una mirada desafiante a los demás comensales.

—Reconozco que más de una vez me han seguido. ¡Pero nunca media docena de hombres a la vez, como hoy! ¡He tenido que pedir a un agente que interviniese!

—¡Eso no es nada! —farfulló el mayor—. Uno de esos condenados reporteros me ha fotografiado mientras me ponía las ligas de los calcetines. ¡Y otro quería saber a toda costa si creía que los australianos ganarían el próximo partido de críquet!

El profesor Lalla-Poor rara vez participaba en la conversación. Aquella noche, aprovechando un silencio, se decidió a hacerlo.

—El escándalo atrae —dijo con su voz profunda—. Me he reunido con mi agente. Naturalmente, me han contratado en el Palladium.

La señorita Pawter aplaudió.

—¡Hurra! ¿Tendremos entradas gratuitas? ¡Si es así, le doy una idea publicitaria estupenda!

—Por supuesto, señorita Pawter. ¿Qué sugiere?

—Rompa sus antiguos carteles y sustitúyalos por otros en blanco que lleven en el centro esta simple frase: «El texto de estos carteles ha sido hecho desaparecer por el célebre profesor Lalla-Poor, que triunfa en el Palladium».

La señorita Holland parecía querer hacerse olvidar, pero ello no impidió a la señora Hobson clavarle la mirada.

—A propósito, querida, han traído dos gatitos para usted... ¿Se trata de un regalo?

La señorita Holland se turbó.

—Sí. Son de un tal señor Lawson, reportero del *Night and Day*. El señor Lawson quiere que escriba una serie de artículos titulados «Mr. Smith en la intimidad». El gato negro se llama Noche, y el blanco, Día. ¿No es encantador?

—Me pregunto cómo habrá adivinado el tal Lawson que a usted le gustan los gatos... —dijo con ironía el doctor Hyde.

—¡Yo también me lo pregunto! —replicó la solterona con completa candidez.

—¿Qué piensa hacer? —insistió la señora Hobson.

—Pues... quedármelos, con su permiso.

—¡Déselos al profesor Lalla-Poor! —aconsejó la señorita Pawter—. Los convertirá en estrellas.

Se avecinaba un pequeño drama. El señor Andreyew intervino:

—¡No, no! La señorita Holland los hará más felices. ¿No es así, querida amiga?

La señora Hobson quiso protestar. Pero el ruso la tenía maniatada. Saboreó voluptuosamente su derrota.

Aquella misma noche, tras haber escuchado *¡Para! Me estás rompiendo el corazón*, la señorita Holland introdujo, por primera vez en su vida, a un detective en sus cuentos.

«Cambiaba de aspecto sin cesar», escribió alegremente, «pues estimaba, no sin

razón, que un buen detective había de pasar desapercibido en todas partes».

—¡Cómo le favorece el disfraz de gigante! —le decían.

—¡Esperen a verme con el de enano!

Ante la sorpresa general, el señor Collins se dirigió con paso inseguro hacia la ventana y se quedó allí observando, como si quisiera atravesar con la mirada la cortina de niebla que ocultaba el Victoria Embankment.

Llevaba cuatro días encarcelado. Tenía el rostro descompuesto, una barba rala le cubría la barbilla de una pelusa rojiza, vacilaba.

—¡Sí! —respondió al fin.

Strickland lanzó una mirada furibunda a Storey, que, incapaz de disimular sus emociones, maldecía en voz baja.

—¿Quiere decir que confiesa que es usted Mr. Smith?

—¡Sí! —repitió el señor Collins con voz firme—. E... eso es lo que quiero decir.

—¿Y que reconoce haber asesinado a ocho personas; a saber: al señor Burmann, el 10 de noviembre de 193... sobre las once de la noche, en Tavistock Road; al señor Soar...

—¡Sí, sí!

—... al señor Soar —prosiguió el Súper con calma—, el 12 del mismo mes sobre las cinco de la tarde, en Rackham Street; al señor Derwent, el 18 del mismo mes hacia las diez y media de la noche, en Maple Street; al señor Tample, en Nochebuena sobre las seis y media de la tarde, en Foxglove Street, y a la señorita Letchworth, el mismo día veinte minutos más tarde, en las inmediaciones de Wormholt Park; al señor Leighton, el 4 de enero de 193... hacia las nueve y media de la noche, en Goldsmith Street; al señor Morris, el 26 del mismo mes sobre las siete de la tarde, en Sutton Street; y por último al señor Julie, el 28 del mismo mes hacia las ocho y media de la tarde, en una habitación situada en el primer piso de la pensión Victoria, en Russel Street, número 21?

—Sí, lo... lo reconozco.

—Perfecto. ¿Cuál fue su móvil?

—¡Ya lo sabe! ¡El di... dinero!

—¿En todos los casos?

—¡Sí, na... naturalmente!

—¿Cuando atacó al señor Julie también?

—Sí.

—¿Lo había visto alguna vez antes de que se alojase en la pensión de la señora Hobson?

—¡No, nun... nunca!

—¿No obedecía pues a un rencor personal?

—No.

—¿Por qué dejaba una tarjeta de visita junto al cuerpo de sus víctimas?

—¡Por de... desafío!

—¿A la policía?

—Sí... Y a la so... sociedad.

—¿Sabía usted que la pensión estaba bajo vigilancia?

—No... De otro modo no habría ma... matado al señor Julie.

—¡Sin embargo, también firmó ese crimen!

—¡Por cos... costumbre!

—¿Qué ha hecho con su saquito de arena?

—Lo he ti... tirado.

—¿Dónde?

—En el Tá... Támesis.

—¿Cuándo?

—El 27 de e... enero.

—¿Por qué?

—Me pa... parecía peligroso con... conservarlo más tiempo.

—¿Ese es el motivo de que matase al señor Julie con un bisturí?

—Sí.

—Debía de saber usted que el doctor Hyde nos pondría al tanto de su visita a su habitación.

—Es... esperaba que no se acordase.

Strickland hizo una pausa. Por extraño que fuese, Collins le inspiraba una desconfianza mucho más intensa, los días precedentes, cuando se obstinaba en negar.

—¿Dónde esconde sus tarjetas de visita?

—No me que... queda ninguna.

Naturalmente, también era posible que Collins hubiese adoptado un nuevo sistema de defensa, las torpes confesiones que generalmente actúan a favor del acusado.

—El 26 de enero, después de haber atacado y robado al señor Morris en Sutton Street, ¿regresó directamente a la pensión?

—Sí, eso cre... creo.

Toby Marsh, cuatro días antes, había afirmado lo contrario.

—¿Por dónde?

—Por Bed... Bedford Square y Mon... Montague Place, supongo.

—¿Llevaba un impermeable o un abrigo?

—No me a... acuerdo.

—¿Pero posee ambas prendas?

—Sí.

—¿Qué ha hecho con el dinero robado a sus víctimas?

—Es... está a buen recaudo.

—¿Dónde?

—Eso es a... asunto mío.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. Strickland descolgó el auricular y respondió con monosílabos, despojando voluntariamente su voz de toda expresión.

—¿Por qué esta confesión absurda, señor Collins? —preguntó al colgar—. ¿Quiere proteger a alguien? ¿O creyó que así lo dejaríamos en paz?

El hombrecillo esbozó un gesto de protesta. Después se estremeció.

—¡No... no lo sé! —confesó.

Strickland le apretó el hombro discretamente.

—¡En marcha, muchachos! Storey, lo esperan en Mornington Crescent. Se acaba

de descubrir el cadáver de una joven con una tarjeta de visita a nombre de Mr. Smith prendida en la blusa. Ni bolso ni joyas. ¡Mordaunt y Fuller, síganme! ¡Por lo visto, el auténtico Mr. Smith sigue viviendo en la pensión Victoria!

CAPÍTULO XIII

MARJORIE A SECAS

—Tráiganmelos por orden —dijo Strickland mientras tendía a Fuller una lista de cinco nombres. Un instante más tarde añadió—: Buenos días, mayor Fairchild. Tome asiento, por favor. Lamento tener que interrogarlo de nuevo. Es culpa de las circunstancias. ¿Dónde estaba y qué hacía usted esta tarde sobre las seis y media?

—¡Estaba en mi club perdiendo al *bridge*! —respondió el viejo oficial con amargura—. Pero me gustaría saber...

—Un poco de paciencia, mayor. ¿Cómo se llama su club?

—El Colonial... Albemarle Street, número 10.

—¿Cuándo empezó a jugar?

—Sobre las cuatro. Y terminé a las siete.

—¿Quiénes eran sus compañeros?

El mayor se contuvo con esfuerzo.

—Dos oficiales jubilados como yo, el coronel Wilson y el mayor Gillum, más un tal señor Todhunter al que nunca había visto antes... ¿Le basta con eso?

—Sí y no... A decir verdad, me falta hacerle una pregunta delicada. Contrariamente a lo que ha afirmado, salió usted del salón, la noche del 28, durante siete u ocho minutos... ¿Por qué?

—¡Que me cuelguen si respondo! ¡No tiene usted la menor necesidad de saberlo! ¿Acaso no han arrestado ya a Mr. Smith?

—No —reconoció Strickland—. Nos hemos equivocado. El auténtico Mr. Smith sigue en libertad. Esta tarde a las seis y veinte ha matado a una transeúnte en Mornington Crescent.

—¡Santo cielo! —exclamó el mayor—. Siempre he pensado —añadió con descaro— que el tal Collins no tenía madera de criminal.

—Las apariencias lo acusaban.

—En definitiva, Collins les pareció el culpable ideal porque es tartamudo. Pero tartamudear, *bégayer*, no es el único verbo francés que empieza por «b». La acusación del señor Julie podría aplicarse perfectamente a cualquier otra persona.

—¿A quién?

—Acérquese... No voy a ir pregonando su nombre a los cuatro vientos.

Strickland obedeció. El mayor le habló al oído y luego se reclinó en su silla con la mirada encendida.

—No parece usted impresionado —dijo al fin.

Strickland salió de su ensoñación.

—¡Sí, sí!

—No había pensado en él, ¿eh?

—¡Sí, sí! —repitió el Súper—. Pienso en él desde el principio.

—¡Buenas noches, profesor! —dijo Strickland—. Tome asiento, por favor. Las circunstancias nos obligan a volver a interrogarlo. ¿Dónde estaba y qué hacía usted esta tarde sobre las seis y media?

—Fui a ver a mi representante, naturalmente.

—¡Naturalmente! ¿Por qué «naturalmente»?

El profesor Lalla-Poor hizo un gesto de disculpa. Como siempre, su rostro era impenetrable. Llevaba un turbante azul pálido.

—¡Es una forma de hablar! Actuaré en el Palladium la semana que viene, de modo que el señor Hathway y yo tenemos muchas cosas que preparar.

—Ya veo... Así pues, a las seis y media, estaba usted hablando con el señor Hathway. ¿Dónde vive?

—Me temo que no me he explicado bien. Le he dicho que fui a ver al señor Hathway por la tarde, no que me encontrase con él a las seis y media. En ese momento estaba regresando a casa.

—¿Dónde vive el señor Hathway?

—En una pensión de Eversholt Street.

Strickland hizo una mueca de contrariedad. De Eversholt Street a Mornington Crescent debía de haber cinco minutos a pie como mucho.

—Dice que estaba volviendo a casa... ¿Regresó a pie?

—Sí. No está lejos, naturalmente.

—¿A qué hora dejó usted al señor Hathway?

—No sabría decirle. Puede que a las seis y veinte. O unos minutos más tarde.

—¿O unos minutos antes?

El hindú asintió sin dificultad.

—¿Cuánto tiempo llevaba buscando un contrato?

—Tres meses.

—Si le preguntase qué hacía usted el 18 de noviembre del año pasado, sobre las diez y media de la noche, o el 4 de enero de este año, sobre las nueve y media, ¿podría recordarlo?

—Me temo que no.

—¡Lástima!

Strickland empujó su silla para poner fin a la entrevista. Cuando salía, el hindú se dio la vuelta.

—Hasta hace un momento, creía que este asunto estaba zanjado.

—¿Y ahora?

—En ese caso no me habría preguntado lo que he hecho hoy. El auténtico Mr. Smith debe de haberseles escapado y haber cometido un nuevo crimen esta tarde.

—Exacto. Lo ha hecho a dos pasos de Eversholt Street.

—¡Una lamentable coincidencia, naturalmente! —admitió el profesor Lalla-Poor.

—¿Señor y señora Crabtree? Siéntense, por favor... ¡Usted también, señor Crabtree! No hacía falta que se molestasen en venir los dos.

—¡Desengáñese! —respondió la señora Crabtree vivazmente, con albornoz color crema y zapatillas de pompones—. Como le dije a ese otro adorable inspector que nos interrogó el viernes pasado, mi marido, abandonado a su suerte, es como un barco sin brújula... ¿Es adecuada la comparación, Ernest?

—Desde luego, querida amiga.

—Dicho sea de paso, creía que el arresto de Mr. Smith nos evitaría seguir sufriendo molestias.

Strickland, por toda respuesta, se volvió hacia el señor Crabtree.

—¿Dónde estaba y qué hacía usted esta tarde sobre las seis y media?

El hombrecillo abrió la boca pero la voz de su esposa cubrió la suya.

—No vaya usted a creer, inspector, que suelo encargar a mi marido que me traiga esto o lo otro. Pero un resfriado, Dios sabe cómo lo habré contraído, me impide poner un pie en la calle. Sobre las dos, pedí a Ernest que fuese a comprarme un albornoz. No contaba con su torpeza habitual. ¡Volvió a las cinco! ¡Y no le cuento lo que me trajo! Uno de esos horrores con volantes que sientan mal hasta a las más delgadas... ¡Tuve que decirle que lo devolviese!

—¿Obtuvo finalmente lo que deseaba?

La señora Crabtree giró el torso con deleite.

—¡Usted dirá, inspector! Solo es que tuve que esperar hasta las siete.

—¿De dónde procede la prenda?

—De Davidson-Davis, en Wardour Street.

Strickland volvió a dirigirse al señor Crabtree.

—¿Cree usted que alguna de las dependientas se acordará de usted?

—¡Claro que no! —exclamó la señora Crabtree con acalorada indignación—. ¡Responde, Ernest!

—¡No, no! No soy la clase de hombre en quien puedan haberse fijado.

Strickland adoptó un aire de severidad.

—¡No infravalore la gravedad de la situación, señor Crabtree! El propio Mr. Smith se ha encargado de demostrar la inocencia del señor Collins cometiendo un nuevo asesinato esta tarde. Por consiguiente, lo que le estoy pidiendo es una coartada. ¿Las jóvenes que lo atendieron podrían acordarse de usted?

El señor Crabtree vaciló. Pero la amenaza policial lo atemorizaba por lo visto en menor medida que la amenaza conyugal. Respondió con una negativa.

—¿Recuerda en qué se ocuparon o cómo se entretuvieron en la noche del 10 de noviembre del año pasado y la del 4 de enero de este año?

—No —dijo a regañadientes la señora Crabtree—. Sin embargo, lo más probable es que el señor Crabtree se encontrase a mi lado.

—¿No se separan nunca?

—Sí. Opino que un hombre casado debe conservar la apariencia ilusoria de la libertad. Ernest, a decir verdad, no la necesita en absoluto pero hemos acordado, de una vez por todas, que iría de vez en cuando a jugar a las cartas con sus amigos. Amigos de la infancia, ¿comprende?

—¿Se reúne regularmente con ellos su marido?

—No. Alguna vez voy a pasar un par de días con una tía enferma, en Chislehurst. Ernest suele aprovechar la ocasión. Le doy permiso para volver a medianoche.

—¿Ha salido mucho últimamente?

—¡Demasiado! Afortunadamente, es el primero en quejarse.

—Buenas noches, señor Andreyew. Tome asiento, por favor. Nos vemos obligados a pedirle cuentas de nuevo.

Strickland ya ni siquiera se molestaba en reflexionar. Las palabras le venían con toda naturalidad a los labios, se levantaba a medias, volvía a sentarse.

—¿Dónde estaba y qué hacía usted esta tarde sobre las seis y media?

El ruso aspiró el aroma del clavel que le adornaba el ojal.

—¡Cosas inconfesables, me temo!

—¿Inconfesables en qué sentido?

—En sentido literal... A propósito, creía que Mr. Smith ya estaba en manos de Scotland Yard.

—¡El auténtico Mr. Smith sigue yendo y viniendo libremente! Hace unas dos horas ha cometido su noveno crimen.

—¡Es lamentable! —suspiró el señor Andreyew—. ¡Absolutamente lamentable!

Pero no añadió nada.

—¿Y bien? —insistió Strickland.

—Y bien... ¿qué?

—¿Está usted dispuesto a hablar?

—Me gustaría, pero...

El Súper embistió el obstáculo.

—¿Estaba con una dama?

—Puesto que lo ha adivinado...

—¿Cómo se llama?

—Marjorie.

Strickland observó a su interlocutor. Parecía pertenecer a la clase de hombres incapaces de traicionar a una mujer. Por otra parte, era lo bastante astuto como para fingir los martirios del honor.

—¿Marjorie... qué más?

—Marjorie a secas.

—¿Una mujer casada?

—Obviamente.

El ruso sonreía. Pero bajo su aspecto afable se adivinaba una firmeza inquebrantable. «¡El más duro de pelar de todos ellos!», pensó Strickland.

—¡Esto puede llevarlo lejos, señor Andreyew!

—¡Bah!

—¿Puede decirme al menos en qué parte de Londres reside su amiga?

—Vive en Belgravia, tiene un salón dorado y sirve el té en un samovar... cuando recibe a rusos.

En aquel momento llamaron a la puerta y entró Storey.

—Muchas gracias, señor Andreyew. Reanudaremos la conversación más adelante.
Storey esperó a que el ruso hubiera salido para hablar.

—Vuelvo de allí. La víctima es una tal señora Dunscombe, de paso por Londres y originaria de Carlisle, donde su marido posee media docena de cervecerías.

—¿Guapa?

—Elegante. Piel y todo eso. Cuando la mataron salía de casa de una amiga, la señora Rooksby, que le había desaconsejado aventurarse en la niebla y le propuso pasar la noche en su casa.

—¿Por qué se marchó la señora Dunscombe?

—Lo ignoro. Según dice la señora Rooksby, no dejaba de mirar el reloj.

—¿Sabe a cuánto asciende el dinero robado?

—No, pero debe de ser mucho. Por lo que he podido averiguar, la víctima llevaba todo su dinero encima.

—¿Han desaparecido sus joyas?

—Sí, a excepción de un ópalo.

—Dice usted que la señora Dunscombe parecía tener prisa por macharse de casa de su amiga. ¿Le dio a esta la impresión de que la esperaban?

—Sí. La señora Rooksby bromeó incluso a ese respecto.

—¡Bien! Traten de averiguar con qué personas estuvo en contacto la víctima durante su estancia en Londres. Es posible que Mr. Smith la cortejase para asegurarse de atraerla.

—¡Buenas noches, doctor Hyde! Siéntese, por favor... ¡O mejor no! ¿Tendría la amabilidad de dar unos cuantos pasos?

El doctor Hyde, que se apoyaba en el respaldo de una silla, rio entre dientes.

—De modo que ha terminado por percatarse.

—¿De qué habla?

—¡De mi *boiterie*! —dijo Hyde en francés.

Strickland asintió.

—De nada le ha servido ir de una silla a otra cuando lo interrogué el viernes por la noche.

—¡Caray! ¿Y qué quería? ¿Que galopase por toda la habitación para hacer que se fijase en mi pierna? ¡Necesitaba un culpable! ¡Preferí ver cómo arrestaba al verdadero!

—¡Collins no es el verdadero culpable! ¿Dónde estaba y qué hacía usted esta tarde sobre las seis y media?

—Estaba dando un paseo.

—¿Con este tiempo?

—¿Y por qué no? ¡Me encanta la niebla! Uno encuentra de todo en ella: mujeres desvalidas, fantasmas y lunáticos. Aventura, amor...

—... y muerte.

—¡Exacto!

Los dos hombres se escudriñaban sin falso pudor.

Mary, rompiendo el silencio que siguió, abrió la puerta y asomó su rubia cabellera.

—¡Lo llaman por teléfono, inspector! Un tal doctor Hancock. Dice que es urgente.

CAPÍTULO XIV

MR. SMITH = DOCTOR HYDE

Eran las diez de la mañana. Un rayo de sol caprichoso ya había obligado a Robin a cambiarse dos veces de sitio. Strickland daba explicaciones a sus jefes.

—Uno de seis; quedan cinco. Cuando volví a presentarme anoche en la pensión Victoria, tenía en cierto modo que elegir entre el mayor Fairchild, el profesor Lalla-Poor, el señor Crabtree, el señor Andreyew y el doctor Hyde. Empecé por el mayor. ¿Dónde estaba y qué hacía sobre las seis y media? Estaba jugando al *bridge* en el club Colonial, con tal y cual compañero.

—¿Lo ha comprobado?

—Fuller lo ha hecho. Salvo que supongamos que tiene el don de la ubicuidad, el mayor Fairchild puede ser eliminado definitivamente de la lista de sospechosos. Me apresuro a añadir que es el único en tal situación.

—¿No se negó a decirle por qué salió del salón la noche en que fue asesinado el señor Julie?

—Cuestión de amor propio. Así como el señor Collins reconoce que las naranjas de la señora Hobson tienen un sabor particular, el mayor prefiere su *whisky* escocés a cualquier otro.

Strickland se decidió a encender el puro que le había ofrecido *sir* Christopher al comienzo de la reunión.

—Pasemos al profesor Lalla-Poor. Sobre las seis se encontraba en compañía de su representante, el señor Hathway. Sobre las seis y veinte, si dice la verdad, estaba regresando a la pensión a pie, a pesar de la niebla.

—¿Testigos?

—Ninguno.

—¿Tuvo tiempo material de... cometer el crimen?

—¡Ya lo creo! El señor Hathway vive muy cerca de Mornington Crescent, y los dos hombres, Hathway *dixit*, se separaron sobre las seis y diez.

—Hay que vigilarlo.

—Opino lo mismo. El señor Crabtree, por su parte, parece haber pasado toda la tarde de tienda en tienda, en busca de un albornoz para su mujer. Salió de la pensión hacia las dos, volvió a las cinco, salió de nuevo a las cinco y cuarto y regresó para la cena. Creo que sería capaz de obtener el testimonio de las dependientas a las que se dirigió, pero el miedo de disgustar a la señora Crabtree se lo impide.

—Interrogue a las jóvenes sin que él lo sepa. Encontrarlas no presenta la menor dificultad.

—Ya he pensado en ello. Mordaunt se encargará después.

—Ese tal Crabtree... —dijo el comisario adjunto pensativo—. ¿Sabe usted cómo se gana la vida?

—Desde luego.

Un destello divertido encendió la mirada de Strickland.

—Vende fajas para hernias por correspondencia.

—¡Santo cielo! ¿Cuánto gana con eso?

—Más de lo que usted se pueda imaginar. Y su mujer es lo bastante acaudalada como para alojarse en el Carlton, si quisiera.

Sir Christopher intervino.

—Me cuesta admitir que todos sus sospechosos sean igualmente incapaces de recordar lo que hacían el mes pasado, o en diciembre o noviembre incluso. Tiene que haber en el pasado de alguno un incidente susceptible de fijar sus recuerdos.

—¡Lo dudo, señor! Los inocentes estarían deseosos de hablar. Solo al culpable le interesa ocultarse tras los fallos de memoria. Los huéspedes de la señora Hobson llevan en general una vida sencilla, sin sobresaltos. Nada les resulta más difícil, en esas condiciones, que evocar una circunstancia que demuestre su buena fe. En este caso, afirmar que estaban leyendo en su habitación o paseándose por la plaza, tal día a tal hora, no sirve de nada. Hay que demostrarlo.

—¡Hum! ¿Qué ha dicho Andreyew?

—Poca cosa. Afirma haber estado en compañía de una mujer casada, excelente razón para no dar detalles, mientras asesinaban a la señora Dunscombe. Una explicación como cualquier otra. Sin embargo, me da que pensar. Un mentiroso hábil mezcla lo verdadero con lo falso. ¿Quién dice que la mujer casada en cuestión no fuera precisamente la víctima?

—No lo creo —dijo *sir Christopher*—. En tal caso Andreyew le habría dado cita en otra parte, en un rincón de un parque, por ejemplo, donde habría corrido menor riesgo de ser sorprendido.

—¿Y si lo hubiera intentado sin éxito? La señora Dunscombe, según me han informado en su hotel, debía marchar a Carlisle aquella mañana. Si mi hipótesis es correcta y Mr. Smith, sea cual sea su identidad, hubiera elegido excepcionalmente a su víctima con varios días de antelación, no podía esperar más. El temor de que se le escapase su víctima explicaría al mismo tiempo por qué se decidió a cometer un nuevo crimen aunque con ello exculpase a Collins.

Sir Christopher se impacientaba.

—¡Pero no nos ha traído al señor Andreyew! ¡Nos ha traído al doctor Hyde!

—Sí, señor. Por cuatro razones. Primera: recuerde que el señor Julie fue asesinado con un cuchillito procedente de su maletín. Segunda: el doctor cojea y, por lo tanto, la acusación del difunto profesor podría haberse referido a él tanto como a Collins¹⁰. Tercera: se encontraba entre la niebla ayer por la tarde, sobre las seis y media, sin razón confesable. Cuarto: el doctor Hancock, al practicar la autopsia del señor Julie, buscó en vano en el cuerpo rastros de algún medicamento, lo que desmonta la historia relatada por el médico el 28 de enero por la noche.

Robin hizo de abogado del diablo.

—Es fácil imaginar que el señor Julie, si se encontraba mal, acudiese al doctor Hyde. Sin embargo, puesto que había decidido marcharse de la pensión para huir de Mr. Smith, pudo, pasado el primer momento de pánico, renunciar a tomar el remedio prescrito por miedo a ser envenenado.

—En tal caso, ¿cómo explicar que no hayamos encontrado el comprimido?

—Puede que el señor Julie lo tirase por la ventana...

—¿Por qué? Además, registramos el patio tan exhaustivamente como el dormitorio. Sin resultado.

—¿Qué tiempo hacía aquella noche? Un comprimido puede deshacerse bajo la lluvia.

—Tiempo seco y frío.

—Admitamos que el doctor sea culpable. ¿Por qué demonios se habría inventado esa historia?

—Como medida de precaución. Puede que alguien lo viera entrar o salir del cuarto del señor Julie sin que se percatase.

—En definitiva, ¿el resultado de la autopsia constituye en su opinión la prueba más irrefutable en su contra?

—Sí. El empeño que hemos puesto en las pesquisas disipa toda duda. O bien el señor Julie ingirió el comprimido, o bien este solo existe en la imaginación del doctor.

Strickland aplastó a regañadientes el resto de su puro en un cenicero y buscó con la mirada la aprobación del comisario jefe.

—¡Yo habría hecho lo mismo que usted! —dijo *sir* Christopher.

El doctor Hyde, una vez en presencia de los inspectores encargados de obtener su confesión, se comportó de un modo muy distinto a su predecesor. Mientras este último, pese a su mortal fatiga, se esforzaba por responderles de forma cortés e inteligible, el médico se encerró, al cabo de diez minutos, en un silencio ofensivo. Se miraba las uñas, bostezaba sin la menor contención, se sumía en profundas ensoñaciones. Cuando sus miradas iban a dar con uno u otro de los policías, parecían hacerlo por accidente y se apresuraba a desviarlas, como si temiese contaminarse con ellas. En vano trataron de provocarle resentimiento o indignación. Las insinuaciones parecían escapársele y las amenazas alegrarlo. De cuando en cuando, llevaba la desenvoltura hasta el extremo de silbar una melodía, siempre la misma: *Auld lang Syne*¹¹, mientras marcaba el compás con el pie. Así pues, cuando llegó la noche, era en los ojos de los honrados Fuller y Storey donde se leía el ansia asesina.

Strickland quiso quedarse solo con el arrestado.

—¡Este sistema no lo llevará a ninguna parte, doctor Hyde! Tarde o temprano se verá obligado a dar explicaciones. ¿Qué es lo que pretende?

El doctor Hyde consintió en mirar a su interlocutor.

—No pretendo nada —respondió con voz amortiguada por el largo mutismo—. Simplemente espero.

Strickland presintió lo que venía después, pero eso no le impidió preguntar:

—¿A qué espera?

—Espero —precisó el médico— a que Mr. Smith cometa su décimo crimen.

CAPÍTULO XV

«ES UN MUCHACHO EXCELENTE»

La señora Hobson, con su vestido favorito, el más sedoso y el que más frufrió hacía, con el escote envuelto en un cuello de encaje, se encontraba en medio del comedor, bajo el lienzo de John-Lewis Brown —de campos verde espinaca y traje rojo— que obligaba a sus visitantes a admirar antes incluso de enseñarles los dormitorios. Y «sus niños» —como llamaba en ocasiones a sus huéspedes—, dispuestos en semicírculo, tres a su derecha, cuatro a su izquierda, ejercían de Guardia de Honor.

El señor Collins nunca habría de olvidar aquella estampa. Apenas apareció, aturdido y con la ropa arrugada, en el umbral de la estancia, ocho voces entonaron a coro «Es un muchacho excelente». Luego el mayor se separó del grupo, sujetó al recién llegado por los hombros y lo sacudió como haría un dogo con un perrito de aguas, mientras le aseguraba que ninguno de sus amigos había dudado de su inocencia. Las señoras insistieron en besarlo, cada cual a su manera —la señora Crabtree en las dos mejillas, la señorita Pawter entre risas, la señorita Holland tímidamente, la señora Hobson con coquetería—, y se encontró sentado ante una enorme tarta decorada con un apropiado «BIENVENIDO».

Aquella cálida acogida sumió al señor Collins en una extraña turbación. Comenzó por pasear miradas confundidas a su alrededor, miradas llenas de preguntas desgarradoras. Le temblaban los labios, parecía estar a punto de llorar. Por último, se pasó la mano por la frente, como para desechar ideas inoportunas.

—¡Per... perdónenme! —balbuceó—. Pero es la pri... primera vez en mi vida que me de... demuestran simpatía verdadera.

Parecía querer continuar, pero el señor Andreyew lo interrumpió.

—¡No se ponga sentimental, socio! Después de todo, se lo debíamos.

Le estaba estrujando el hombro.

—¿Por... por qué?

—¡Hombre! Ha contribuido a que la celebridad de la pensión Victoria y sus huéspedes llegue hasta el continente. La señora Hobson puede duplicar el precio a partir de ahora; eso no ahuyentará a nadie.

—¡A mí me ahuyentaría! —protestó la señora Crabtree.

Se sentaron a la mesa. Daphne, que recordaba que el señor Collins tenía debilidad por el estofado de cordero, se había superado. El hombrecillo, no obstante, comió poco. Sus menudos hombros parecían soportar un peso que crecía por momentos.

—Díganos —preguntó el mayor de pronto—, ¿es exacto lo que se cuenta del

«tercer grado»?

El señor Collins se sobresaltó.

—No, no... Me han tra... tratado correctamente.

—Pero le habrán apuntado con una luz a la cara y lo habrán interrogado hasta la saciedad.

—Sí, sí... ¡Na... naturalmente!

—¿Y resistió hasta el final?

—No, yo... a... acabé por confesar.

El mayor creyó atragantarse.

—¿Qué demonios podía confesar si no era culpable?

—Yo... Uno es siempre más o menos cul... culpable y sen... sentía que solo me dejarían en paz si de... decía finalmente lo que querían.

—En ese caso, ha sido una suerte para usted que Mr. Smith siga matando. Podrían no haberlo liberado nunca.

El señor Collins se llevó el vaso a los labios y encogió los hombros con un gesto que expresaba fatalismo.

—La verdad, no parece usted muy feliz de encontrarse de nuevo entre nosotros — dijo el mayor.

—¡Sí, sí! Pero me temo que voy a ne... necesitar unos días para re... recuperarme.

—¡Por supuesto! —alentó la señorita Pawter—. ¡A calle su curiosidad, mayor Fairchild! ¡O, si no, el señor Collins acabará echando de menos Scotland Yard! Aquí está el señor Jekyll —añadió maquinalmente cuando sonó el timbre.

En ese mismo instante miró el asiento que el doctor Hyde había dejado vacío y se mordió los labios.

Siguió un silencio incómodo. La liberación de Collins no impedía que una oveja negra se hubiese introducido en el rebaño, que aún se escondiese en él... ¡Y menuda oveja!

La señora Hobson salvó la situación tomándola con la señorita Holland.

—Querida, no dije nada el otro día cuando le trajeron los dos gatitos de parte del *Night and Day*. Tampoco dije nada cuando, antes de ayer, el señor Malon, del *Telegraph*, le envió un gato de Angora. Pero, francamente, los seis cachorritos atigrados que llegaron hace un rato han agotado mi paciencia. Es como si esos periodistas hubieran descubierto una fábrica de gatos. Tenga piedad, ¡concédales lo que le piden o haga que le regalen otra cosa!

Después de cenar, el señor Andreyew se acercó al mayor.

—Definitivamente, mi querido amigo, tenía usted razón al dudar de la culpabilidad del señor Collins —dijo sin que su interlocutor pudiera detectar en su tono el menor rastro de ironía—. ¿Cree usted en la del doctor?

—¡A ciegas!

El ruso pareció meditar un instante esa respuesta. Después meneó la cabeza.

—Yo no. ¿Le tienta una apuesta? Se la dejo en diez contra uno.

—Hecho.

En un rincón, la señorita Pawter coqueteaba con el profesor Lalla-Poor.

—¿No necesita una ayudante? ¿Para tumbarse cómodamente en el vacío, con la nuca apoyada en el respaldo de una silla y los tobillos en el respaldo de otra? ¿O para

adivinar, con los ojos vendados, la edad de los espectadores de la primera fila?

—No, señorita Pawter. Desgraciadamente, no.

—Es usted un poco faquir, ¿verdad? ¡Sí, sí, es faquir! Me gustaría saber si Scotland Yard ha apostado por el buen caballo esta vez.

—¿Quiere decir si ha arrestado al verdadero culpable? Espero que sí, naturalmente.

—¿Pero es escéptico?

—Sí —admitió el hindú con reticencia—. El arresto del doctor es fruto de una torpe mentira. Mr. Smith naturalmente no es la clase de hombre que cometa torpezas.

El primero en retirarse fue el señor Collins, poco después imitado por la señora Hobson, que tenía cosas que hacer en su despacho.

El señor Andreyew la siguió.

—Disculpe, querida amiga —dijo al entrar—. Parece usted preocupada.

—¿De veras? No... —respondió la señora Hobson sin entusiasmo.

—¿Triste quizá?

—N... no —repitió la señora Hobson con menos entusiasmo todavía.

Desde su primer encuentro deseaba verse a solas con aquel hombre, tener la valentía de mostrarle... Se forzó a decir:

—El mayor nos ha dicho... ¿Es cierto que se casó usted con una india?

—Rigurosamente exacto. Cantaba como un ruiseñor y se ahogó en los rápidos. La señorita Elinor Symonds interpretaba el papel.

La señora Hobson se llevó la mano al pecho.

—¡Alabado sea Dios!

El ruso conocía demasiado a las mujeres como para no haber comprendido desde las primeras palabras lo que ella deseaba escuchar. Creyó, no obstante, apropiado insistir:

—¿Por qué?

Fue más fuerte que él. Necesitaba certezas...

No las obtuvo. «¡Ese cabello gris!», pensaba la señora Hobson con alegría. «Seguramente sea tres o cuatro años mayor que yo...».

—Supongo que... el estudio de doblaje está lleno de mujeres guapas.

—Sí.

—¿Le... le parecen guapas?

—Sí —repitió Andreyew.

Esperó a que calasen los dos síes y después añadió de manera un tanto inesperada:

—¡Son todas unas cacatúas!

La señora Hobson sintió el corazón desbocado en el pecho.

—¿De veras?

Ni bajo tortura habría podido arrancársele una palabra más.

—¡Y planas como tablas de planchar! —zanjó el ruso en tono de profunda convicción.

Veinte minutos más tarde aproximadamente, se oyó un ruido sordo en el primer piso. Varios inquilinos —entre ellos el señor y la señora Crabtree, el mayor Fairchild y el profesor Lalla-Poor— salieron desordenadamente del salón y corrieron a informarse.

La puerta de la habitación del señor Collins estaba entreabierta. Vieron al hombrecillo levantarse con esfuerzo, ayudado por el señor Andreyew, mientras se frotaba la mandíbula.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó el mayor.

—Nada —contestó el ruso—. Collins se ha resbalado, se ha golpeado la cabeza con la esquina de la mesa. ¿Verdad, amigo?

El mayor gruñó:

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué se ha caído?

—¡No... no lo sé! —farfulló Collins—. Un ma... mareo, supongo...

Parecía esperar ansiosamente que lo creyeran. Probablemente por eso no convenció a nadie.

CAPÍTULO XVI

EL PROVOCADOR

—¡Créame si le digo, socio, que el *Night and Day* se alegra de ver que su reportero más brillante está a punto de casarse con la hija de un *lord*! —dijo Percy Megan—. Y no negaré que el papel de novio conlleva ciertas obligaciones. Pero, después de todo, el de periodista también. Hace tres días que no ha pisado usted la redacción.

—¡No puede ser!

—Así pues, me permito darle un consejo amistoso. ¡Cásese pronto! Al menos podrá dedicarnos las noches...

Ginger Lawson adoptó un aire de dignidad ofendida.

—¡No mezcle a la señorita Standish en esto! Mis ausencias tienen un motivo, si bien no más importante, al menos más urgente. Espero desenmascarar por mí mismo a Mr. Smith.

—Qué demonios... ¡Se le olvida una cosa, Sherlock! ¡Ya se ha descubierto quién es Mr. Smith!

—No —dijo Ginger, e hizo la misma objeción que el profesor Lalla-Poor había hecho dos días antes—. Han arrestado al doctor Hyde porque lo han acusado de mentir. ¡Mr. Smith no se dejaría pillar así!

—Hasta los criminales más astutos cometen errores.

—¡No de ese calibre! Recuerde que nuestro hombre lleva burlando a la policía desde noviembre.

—¡Sea! ¿Cómo espera atraparlo?

—¿Ha practicado alguna vez la caza mayor?

—No.

—Yo tampoco. Pero mi abuelo paterno, en una época en que no se pensaba más que en bailar, mató en Colorado a más leones que *whiskies* va a beberse usted en su vida.

—¡Protesto, Ginger! No hay leones en Colorado.

—Precisamente, ¡ya no quedan! Volviendo a Philibert C. Lawson, ¿sabe cuál era su secreto?

—Usaba una metralleta, supongo.

—No, ¡usaba reclamos!

Percy Megan se armó de paciencia.

—¿Qué tiene que ver esa historia con...?

—¡Míreme!

Ginger se subió el cuello de la pelliza, sacó un voluminoso maletín de cuero claro, hasta el momento escondido tras su espalda, se colocó un puro entre los dientes y recorrió lentamente el despacho.

—Supongamos que fuera usted Mr. Smith... ¿No tendría ganas de matarme?

—¡Tengo ganas de matarlo de todas formas! ¡Fuera de mi vista!

—Bueno, bueno. El verdadero talento siempre pasa desapercibido.

—¡Y, encuentre o no a Mr. Smith, lo quiero a usted aquí mañana por la mañana a las nueve!

—Lo intentaré... Salvo, naturalmente, que siga habiendo niebla.

Sin preocuparse por las mofas que surgían a su paso —le preguntaron si había heredado, si se marchaba al Polo Norte, si era su último artículo lo que inflaba el maletín—, Ginger cruzó la sala de redacción a paso lento, sin detenerse más que medio minuto ante su mesa para abrir el primer cajón de la derecha y sacar su automático. Fuera, no se veía a un metro. Era mejor ser prudente.

—Buenas noches, señor Lawson.

—'nas noches, Wilks.

—Buenas noches, señor Lawson.

—'nas noches, Stokes.

Se encontraba ya en la acera, en pleno puré de guisantes. La calle, resbaladiza y grasienta, relucía como el impermeable de un guardia. Uno tenía la sensación de sufrir una sordera incipiente, tropezaba con fantasmas.

«¡Esto es ridículo!», pensó Ginger.

Y era cierto que no tenía una oportunidad entre mil de cruzarse con Mr. Smith, ¡él, que sin duda era el único hombre de Londres que deseaba encontrárselo!

Pese a todo, se dirigió a Russel Square, bordeando las casas y dando furiosas caladas a su grueso puro. Después de los reproches de Percy, iban a caerle encima los de Priscilla, que le echaría en cara, no sin razón aparente, que anduviese zascandileando por ahí...

Cuando se acercaba a Lincoln's Inn Fields, una voz conocida se alzó tras él.

—¿No es usted el señor Lawson?

Ginger se volvió con presteza y el corazón acelerado. La presencia cercana no se había hecho anunciar por ruido alguno.

—¡Oh! ¡Buenas noches! —dijo al reconocer a su interlocutor—. ¿Qué hace usted por aquí?

—Ya lo ve. Dar un paseo.

—¿Los polis lo han dejado salir?

—¡Al infierno con los polis! Uno de ellos quería hacer de ángel de la guarda... Ha acabado por darse contra una farola.

Aquella respuesta, sin que pudiese explicar exactamente por qué, desagradó al reportero.

—¿Adónde va? —preguntó bruscamente.

—Adonde vaya usted.

—¿Y si quisiera ahogarme en el Támesis?

—Le echaría una mano.

Ginger se detuvo para observar atentamente a su interlocutor. Cuando era niño, vivía en una gran casa oscura, al fondo de un jardín lleno de grutas artificiales que le inspiraban un terror indecible. Sin embargo, cada vez que pasaba por delante de alguna se forzaba a asomar la cabeza dentro... Normalmente no fumaba —el puro que había encendido en Fleet Street comenzaba a darle náuseas—, pero habría sido capaz de hacerlo en una fábrica de municiones. Percy lo llamaba «el Provocador».

—¡Muy bien, Mr. Smith! —respondió al fin sin apartar la mirada del hombre, acechando en su rostro el reflejo de la sorpresa o el miedo.

Recibió una respuesta decepcionante.

—¿Qué mosca le ha picado?

El tono solo expresaba un moderado interés.

—He decidido interpelar así a todos los huéspedes de la señora Hobson. ¡Así estaré seguro por lo menos de llamar al culpable por su verdadero nombre!

—Una broma de lo más tonta, señor Lawson, si le interesa mi opinión. Y peligrosa... Pongamos que yo fuera Mr. Smith. Podría haberlo mandado ahora mismo al otro barrio.

Un instinto secreto advertía a Ginger de que desconfiase de aquella voz almibarada, de aquel hombre seguro de sí mismo. Así pues, se echó a reír, por fanfarronería, y él mismo se sorprendió de oír que sonaba falso.

—¡No esté usted tan seguro! Llevo en el bolsillo derecho del abrigo una automática y tengo el dedo en el gatillo.

El otro siguió con su idea.

—Además, si leyese usted los periódicos en lugar de escribirlos, sabría que Mr. Smith está en manos de la policía.

Ginger apartó el salvavidas que le tendía.

—¿Acaso cree usted que Hyde es el asesino?

La respuesta lo sorprendió.

—No.

Los dos hombres dieron unos pasos en silencio.

—¡Pues debería! —dijo Ginger—. Dado que Collins ha resultado ser inocente, que el mayor Fairchild tiene coartada y que hay dudas sobre la culpabilidad del médico, el ámbito de la investigación se reduce a los tres huéspedes varones de la señora Hobson que no han sido arrestados... ¡entre ellos usted!

El paseante se echó a reír a su vez, con violentas carcajadas contenidas que acabaron en una tos seca.

—¿Empieza usted a arrepentirse de acompañarme, señor Lawson? La calle está desierta. La niebla nos envuelve por todas partes...

Poco le faltaba a Ginger para arrepentirse, en efecto. Se hizo el valiente.

—No. Esta conversación me apasiona.

—¡Pero su desconfianza aumenta por segundos!

—No —repitió Ginger—. Sospecho en bloque, de usted y de los otros dos huéspedes que acabo de mencionar.

—Bien, pues comete usted un error.

—¿Cuál?

—Sospechar de los otros dos.

—¿Por qué?

—¡Porque son inocentes!

Ginger se sintió embargado por una extraña debilidad. La gruta negra se abría ante él. Todavía estaba a tiempo de apartarse... pero asomó resueltamente la cabeza.

—¿Quiere decir que usted...?

—Sí.

Y añadió con calma:

—Allí hay un guardia, al otro lado de la plaza. ¡Llámelo si quiere!

El reportero miró en la dirección señalada.

En ese mismo instante, su compañero sacó la mano del bolsillo, dio un paso atrás, alzó el brazo y golpeó.

Sin un grito, Ginger se desplomó en el suelo, de bruces.

Su imprudente deseo se había cumplido.

Había encontrado a Mr. Smith.

CAPÍTULO XVII

«QUERIDA VALERIE»

—Pero... ¿y el arma? —farfulló Robin cuando Strickland se disponía a salir—. ¡Tendrían que haber encontrado el arma por lo menos!

—Sí... ¡Siempre y cuando esté todavía en la pensión!

—¿Qué quiere decir?

—Desde que vigilamos el número 21 de Russel Square, Mr. Smith ha cometido tres nuevos crímenes, dos de ellos en lugares públicos. Admitamos por un momento, por inverosímil que resulte, que haya descubierto, bajo el techo de la señora Hobson, un escondite que haya escapado a nuestras pesquisas. ¿Habría salido, el martes pasado y ayer por la noche, con el saquito de arena a cuestas? ¿Se habría atrevido? ¡Evidentemente no! ¡Si mis hombres lo hubieran registrado en aquel momento, habría sido su perdición!

—¿Cómo explica usted entonces que todas las víctimas, excepto el señor Julie, hayan sido atacadas con la misma arma?

—Con toda facilidad. Mr. Smith, antes de asesinar al profesor, cuando, por consiguiente, todavía disfrutaba de cierta libertad de movimientos, debió de ponerse en busca de un escondite exterior, previendo la estrecha vigilancia a la que quedaría sometida la pensión en adelante. Eso le permite entrar y salir con las manos vacías.

—Escondites de esa clase no abundan en las calles de Londres.

—En las calles no. En los parques y plazas sí. El arma se encuentra sin duda bajo un arbusto o en tierra blanda.

—Podría dar con ella un niño, o un paseante...

—¿Y qué? La tela no conserva las huellas.

—No. Pero ese descubrimiento dejaría a Mr. Smith desarmado.

—Temporalmente. ¡Y más vale estar desarmado que colgado!

Robin ahogó, en un mar embravecido, a la pequeña bañista dibujada en azul en su papel secante.

—¡Adiós a las pruebas directas! Se puede registrar una casa. ¡No se puede registrar una ciudad entera!

—Pongamos un barrio. La celeridad con la que Mr. Smith regresa a la pensión, una vez cometidos los crímenes, limita las pesquisas a las inmediaciones de Russel Square.

—Después del arresto de Collins, que parecía poner punto final a este caso, se

decidió que los inspectores que vigilaban el número 21 se limitarían a anotar, por si acaso, las horas a las que entraban y salían los inquilinos varones. El asesinato de la señora Dunscombe hizo que se les diera orden de volver a seguirlos. Pero no parecen haberla cumplido...

—Pronto lo sabré.

De vuelta en su despacho, Strickland hizo comparecer a los inspectores Silver, Fusby y Hapgood.

—El cadáver del señor Lawson, reportero del *Night and Day*, yacía al amanecer en un rincón de Lincoln's Inn Fields. Según el doctor Hancock, el crimen, cometido por Mr. Smith, se produjo aproximadamente a las once de la noche. Estaban ustedes encargados de seguir al señor Crabtree, al profesor Lalla-Poor y al señor Andreyew. ¿Quién perdió de vista a su hombre?

Los tres inspectores intercambiaron miradas incómodas.

—El mayor Fairchild salió sobre las nueve —dijo Hapgood al fin—. Dio cuatro vueltas a la plaza a paso veloz, empujando a media docena de personas por el camino. Luego regresó y no volvió a salir.

—¡Me da igual el mayor Fairchild! Háblenme de los otros tres.

—El hindú salió a las ocho y veintiocho. Giró por Woburn Square, cruzó Gordon Place, llegó a Gordon Square y allí...

—¿Se esfumó?

Hapgood se puso rojo como un clavel.

—Yo diría más bien que la niebla lo absorbió literalmente.

—¿Y después?

—Reanudé la vigilancia frente al número 21. El profesor volvió a las doce menos cuarto.

—¡Su turno, Silver! ¿Qué hizo Andreyew? Apuesto a que también salió.

—Sí, señor. A las ocho y diez. Pareció contrariado al verme y se volvió varias veces para ver si lo seguía. Le perdí el rastro en Theobalds Road.

Silver sintió la necesidad de justificarse, pero carecía de imaginación. Terminó diciendo:

—Yo diría que la niebla lo absorbió literalmente.

—¡Cada vez mejor! ¿A qué hora volvió?

—A las doce y cuarenta y dos.

—Queda el señor Crabtree...

—Salió a las ocho y veinte —dijo con presteza Fusby, que lamentaba tener que ser el último en hablar—. Regresó a las doce menos diez. Al principio parecía llevar prisa. Luego se detuvo ante las tiendas, los cines, los teatros. Logré seguirlo hasta Haymarket...

—Donde, imagino, la niebla lo absorbió literalmente.

—En cierto modo, señor. —Fusby añadió con valentía—: Normalmente no pierdo a mi hombre... ¡Pero para eso tengo que verlo!

El señor Andreyew, desde su ventana, vio el coche de policía detenerse frente a la pensión y tuvo —él, el hombre de sangre fría— un momento de pánico. ¡La suerte estaba echada! ¡Los polis venían a por su presa!

Se acercó a la chimenea y se contempló en el espejo, jugando a adoptar la máscara del criminal acorralado y después la del aventurero desenvuelto.

Reía suavemente entre dientes cuando llamaron a la puerta y una voz de mujer dijo su nombre.

Fue a abrir. La señora Hobson entró entre frufús de seda. Parecía perturbada.

—¡He querido avisarlo! —dijo jadeante—. El doctor Hyde es inocente... ¡Ese monstruo de Mr. Smith ha cometido un nuevo crimen!

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche. La policía está registrando la casa. Quieren interrogarlo a usted, al señor Crabtree y al profesor Lalla-Poor.

El señor Andreyew, con total naturalidad, prosiguió con la comedia que representaba para sí mismo.

—*Bozhe moy*¹²! ¡Estoy perdido!

Miraba a la señora Hobson de reojo. La vio vacilar, fue más allá:

—¡Tengo prohibido decirles cómo pasé la velada! ¡Y ya me he negado a confesar lo que hacía cuando mataron a la señora Dunscombe!

—¿Por qué?

—Porque me encontraba en casa de una dama.

—¿Y anoche?

—¡Anoche también!

—¿La misma?

—No, otra.

La señora Hobson lo amenazó con el dedo.

—¡Mal hombre! Debería dejar de interesarme por usted... ¡y no soy capaz!

—¡Querida Valerie! —dijo el ruso tomándole las manos. Y añadió con un ingenio inaudito—: Llámeme Boris.

La señora Hobson palideció. Parecía librar una dura batalla consigo misma.

—Escuche... ¡No deben arrestarlo! Fingiré que pasamos la velada juntos...

—¿Dónde?

—En mi despacho.

—Varios huéspedes podrían asegurar lo contrario.

—¡En mi dormitorio, entonces!

—Me preguntarán lo que estaba haciendo allí.

—Dígales... ¡Ya sabe qué decirles!

El señor Andreyew simuló una sincera emoción que, de hecho, no estaba lejos de sentir.

—Semejante sacrificio... —comenzó a objetar.

La señora Hobson lo interrumpió.

—Los amigos se conocen en tiempos de adversidad —dijo con sencillez.

Había entrecerrado los ojos, alzado la cabeza. Andreyew la rodeó los hombros con el brazo y así permanecieron largo rato, en silencio. No se besaron. Sin embargo, en lo sucesivo, la señora Hobson nunca evocó la escena sin sentir en sus labios el aliento de Boris.

—No —dijo el ruso al fin—. Se lo agradezco de todo corazón, querida mía. Pero me salvaré o me hundiré yo solo. ¿Qué...?

El suelo había crujido en el rellano. Abrió la puerta de par en par y alcanzó al señor Crabtree, que trotaba hacia la escalera.

—¿Estaba usted escuchando? —interrogó con irritación.

—¡No, no! —respondió el otro—. Yo... simplemente estaba bajando.

Strickland interrogó en primer lugar al profesor Lalla-Poor, quien afirmó haber ido al cine la noche anterior y no haberse fijado en que lo estaban siguiendo.

Después hizo venir al señor Crabtree y se sorprendió al verlo entrar solo.

—Mi mujer está en cama —explicó este—. Anoche aproveché para reunirme con mis amigos.

—¿Dónde tenían cita?

—En una pensión de Finsbury Circus.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—¡Curioso! ¡En ese momento deambulaba usted por Haymarket, seguido por uno de mis hombres!

El señor Crabtree dejó escapar un pequeño gemido.

—¡No me delate! Mi esposa cree que me reúno regularmente con viejos amigos. Pero, para ser sincero, prefiero pasar mis escasas horas de libertad en el cine o el teatro. En ocasiones también me paseo sin rumbo fijo, a la aventura, por así decirlo...

El hombrecillo parecía de buena fe. Strickland se disponía, no obstante, a insistir cuando entró Storey y le entregó una carta sin sellar donde figuraba su nombre en letras de imprenta.

—Acabo de encontrarla sujeta al espejo del perchero. Hace cinco minutos no estaba...

Strickland abrió el sobre y sacó una hoja de papel corriente donde letras y palabras recortadas de distintos periódicos componían el siguiente texto:

Collins *bégaie* (tartamudea) y Hyde *boite* (cojea), pero Andreyew *brode* (borda).

Mire de cerca su pelliza y pregúntele qué hacía ayer por la tarde en el bar del Savoy, en compañía del señor Lawson.

«¡Y Silver que no me dice nada!», pensó Strickland al momento. «¡Cretino!».

Se volvió hacia Storey y le tendió el mensaje.

—¡Tenemos un aliado benévolo! Vaya corriendo al bar del Savoy. Interrogue al dueño y al personal. ¡Si es necesario, busque a los clientes que estuvieron allí ayer por la tarde! ¡A la primera confirmación, telefonee! Diga a Fuller que examine con lupa todas las prendas colgadas en el perchero, a Beard que convoque a Silver *ipso facto*, a Mordaunt que venga a reunirse conmigo... ¡Y haga entrar a Andreyew!

CAPÍTULO XVIII

MR. SMITH = ANDREYEW

—¡Estoy listo! —dijo Andreyew al entrar.

Fumaba un cigarrillo con filtro de cartón, balanceaba con la mano un neceser de piel de cerdo y parecía tan contento como si se dispusiera a salir de fin de semana.

—¿Listo... para qué? —farfulló Strickland.

—Para irme con usted.

—¡No lo entiendo!

—Veamos... ¿Acaso no ha cometido Mr. Smith un nuevo crimen y no tiene usted intención de arrestarme?

—¿Quién le ha dicho que Mr. Smith ha cometido un nuevo crimen?

—Nadie. Lo supe en cuanto vi que su coche, el mismo que se llevó a Collins y después a Hyde, se detenía frente a la casa. Y esperaba que me arrestasen desde el 28 de enero, día del asesinato del señor Julie... ¡a causa de esto!

El ruso se había llevado la mano al bolsillo. Sacó una labor de bordado multicolor que arrojó sobre la mesa.

—*De mortuis non maledicendum*¹³... ¡Pero vaya, que el pobrecito profesor podría haber escrito una letra más! ¡Habríamos desempatado!

Strickland examinó tranquilamente la labor de bordado en la cual seguía clavada una aguja. Después la dobló con cuidado.

—¿Dónde estaba y qué hacía usted anoche entre las ocho y las doce?

—Me temo que mis respuestas pecan de monotonía. Estaba en casa de una dama. Strickland no ocultó su incredulidad.

—¿La dama que vive en Belgravia y sirve el té en un samovar?

—No. Una jovencita de Chelsea que prefiere de lejos los cócteles.

—¿Pero cuya identidad se ve igualmente obligado a no revelar?

—Es una pena, pero sí.

—En tal caso, antes de seguir, tengo el deber de advertirle de que todas sus respuestas serán registradas y podrán utilizarse en su contra... ¿Toma usted nota, Mordaunt?

—¡Hasta de los silencios! —dijo Mordaunt.

Andreyew, por su parte, no pronunció palabra. Se limitó a sonreír con ironía, como queriendo decir: «¡Vamos allá!».

Strickland prosiguió:

—¿Cómo pasó la tarde de ayer?

—Lo sabe mejor que yo. Uno de sus hombres me anduvo pisando los talones.

—Repito: «¿Cómo pasó la tarde de ayer?».

—La pasé entre los mamuts y los brontosaurios del Museo de Historia Natural de South Kensington.

—¿No esperará que lo crea?

—No... ¡Claro que no!

—¿Por qué miente entonces?

—¡Para mantener viva la conversación! Me hace muchas preguntas cuya respuesta ya conoce.

—¡Muy bien! ¿Reconoce haberse reunido, en el bar del Savoy, con el señor Ginger Lawson, reportero del *Night and Day*?

—Sí. ¿Por qué no?

—¿Con qué propósito?

—El pobre chico, que Dios lo tenga en su gloria, me había pedido el lunes pasado que le escribiera una serie de artículos sobre los actores invisibles que, como un servidor, no llegan al público más que con su voz. El *Night and Day* me ofrecía cinco libras por artículo. Yo quería diez. Acabamos por llegar a un acuerdo.

—Acaba de decir: «Que Dios lo tenga en su gloria». ¿Por qué motivo?

—Porque, aparentemente, creo en la vida eterna.

—Me lo imagino. Pero, si bien nuestra aparición matutina le ha permitido concluir que Mr. Smith había cometido un nuevo crimen, no ha podido revelarle el nombre de la víctima. ¿Quién se lo ha dicho?

—Uno de sus hombres.

—¿Uno de mis hombres! ¿Cuál?

—No lo sé. Había dos interrogando a un inquilino en la planta baja cuando yo bajaba la escalera. Se alejaron cuando llegué, ¡pero demasiado tarde!

Un golpe en la puerta impidió a Strickland insistir en aquel punto. Fuller entró con la pelliza del ruso en el brazo. Su rostro habitualmente plácido expresaba la alegría del descubrimiento.

—¿Y? —dijo Strickland.

Tendía la mano. Fuller le pasó la prenda con las costuras abiertas y cayeron de ella, como mariposas blancas, una decena de tarjetas de visita.

—¡Mr. Smith! —leyó el Súper en voz alta—. Mr. Smith... Mr. Smith... —Su mirada se posó en el actor—. ¡Esto exige una explicación, señor Andreyew!

—¡Me alegro de que lo diga! —replicó este acercándose sin prisa. Cogió una de las tarjetas y la examinó por ambas caras—. ¡Qué curioso! ¿Estos papelitos se encontraban en los bolsillos o en las mangas?

Strickland interrogó a Fuller con un gesto.

—En el bajo del abrigo, señor... Entre la tela y el forro.

—Ya veo... —dijo el ruso pensativo—. Después de todo, no debo de ser el único en esta casa que sepa usar una aguja.

Strickland frunció el ceño.

—¿Afirma que hasta ahora ignoraba la presencia de estas tarjetas de visita en su prenda?

—La verdad es que sí. Ya me parecía que pesaba demasiado, pero de ahí a pensar que...

—¡Basta de ironías, señor Andreyew!

—Mi pelliza pasa varias horas colgada en el perchero cada día... y toda la noche. Por consiguiente, cualquiera habría podido introducir en ella las tarjetas.

—Desgraciadamente para usted, los acontecimientos han demostrado la inocencia del señor Collins y del doctor Hyde. Y nunca hemos llegado a sospechar en serio de los demás inquilinos, puesto que la acusación del señor Julie solo se aplica a ustedes tres.

—¿De veras? Sin embargo, no deben de faltar verbos franceses que empiecen por la letra *b*.

—No. Pero no existen seis susceptibles de que un moribundo los utilice para señalar a su asesino. Con *bégayer* o *bafouiller*, *boiter* y *broder*¹⁴, hemos agotado todas las posibilidades.

—¡Voy a tener que comprarme un *Littré*¹⁵ uno de estos días!

—Mucho me temo que no tenga ocasión de hacerlo. Estas tarjetas constituyen una prueba abrumadora. ¡Haría mejor en confesar!

El ruso había vuelto a sentarse y se agarraba una rodilla con las manos.

—¡Usted perdone! Constituirían una prueba abrumadora si tuviesen huellas... ¡Pero no las tienen!

—¿Cómo lo sabe?

—Puesto que acabo de verlas por primera vez en mi vida, no he podido dejar las mías. Y el verdadero culpable no es tan tonto como para delatarse de esa forma.

—¡Todo eso no son más que sofismos! Solo tiene una forma de convencernos de su inocencia... Díganos el nombre de la muchacha en cuya casa afirma haber pasado la velada de ayer.

—Imposible, lo siento.

—Entonces el nombre de la dama que lo recibió el martes por la tarde.

—Ni lo sueño.

—Ningún jurado admitirá que haya continuado frecuentando a mujeres que, por su estado civil, no pueden dar testimonio a su favor, cuando las circunstancias podían ponerlo a usted en cualquier momento en la obligación de proporcionarnos una coartada.

—¿Quién sabe? No todos los jurados están necesariamente formados por puritanos e imbéciles.

—¿Por qué mató al señor Lawson? ¿Para robarle como a sus víctimas anteriores o porque sospechaba de usted concretamente?

—¿Cuál de los dos móviles le vendría a usted mejor?

—No se trata de lo que yo prefiera. ¡Responda a la pregunta!

—*Khorosho!*¹⁶ Mandé a Lawson al otro barrio porque me proponía una colaboración que me habría aportado cien libras como mínimo.

El timbre del teléfono sonaba desde hacía un momento. Alguien descolgó, luego se oyó un ruido de pasos rápidos y la señora Hobson entreabrió la puerta.

—Para usted, inspector.

Pero solo miraba a Andreyew.

—¡Muchas gracias! —dijo Strickland. Un instante después estaba al aparato—.

¿Aló?

—Estoy en el bar del Savoy —contestó al punto la voz de Storey—. Adams, el barman, recuerda perfectamente haber visto ayer por la tarde, sobre las cinco, al señor Lawson, al que conoce desde hace tiempo, en compañía de un hombre que responde perfectamente a la descripción del ruso. El reportero pagó las consumiciones con un billete de cinco libras y su cartera contenía, por lo visto, muchos más.

—¿Adams está con usted?

—Sí.

—Pregúntele en cuánto estima el contenido de la cartera.

Una pausa. Después:

—Adams no se atreve a jurarlo. Pero cree que el señor Lawson debía de llevar encima cosa de cincuenta libras.

—Muy bien. Su amigo, el barman, será solicitado para declarar.

Strickland colgó y regresó al salón.

—¡Continuaremos esta conversación en Scotland Yard, señor Andreyew! —dijo al entrar—. La muerte del señor Lawson, simple portavoz de su diario, no le ha causado el menor perjuicio. Al contrario, le ha valido unas cincuenta libras en metálico.

—¡Ah! ¿Sí?

—En el fondo, siempre me había sorprendido que eligiera a sus víctimas solo por las apariencias. A nadie le gusta trabajar en balde, como ocurrió con el caso Derwent... ¡Ahora entiendo mejor su comportamiento de ayer! Al reunirse durante la tarde, en un lugar donde tenía que abrir la cartera en su presencia, con el hombre al que pensaba matar algo después, en cierto modo se protegía usted de llevarse un chasco. ¡Muy hábil! De modo que puede ahorrarse el esfuerzo de responder a la pregunta que le hice antes de salir. El señor Adams, el barman del Savoy, ha respondido por usted. El robo de la cartera del señor Lawson no tenía el propósito de engañarnos. Indudablemente, asesinó al reportero por afán de lucro, como a los demás.

—¡Encantado de saberlo! —exclamó el señor Andreyew—. ¿Nos vamos?

CAPÍTULO XIX

BUEN TIEMPO

No tan afortunado como el señor Collins, el doctor Hyde fue recibido, a su regreso a la pensión Victoria, con cierta frialdad. Ni hurras ni tarta. No inspiraba la misma simpatía que su compañero de infortunio, y la señora Hobson, en particular, de buena gana le habría echado la culpa del arresto de Boris Andreyew. La marcha del ruso la había sumido en una tristeza mohína. Solo se dejaba ver a la hora de las comidas, con los ojos enrojecidos y el pecho hinchado de suspiros ahogados.

Los periodistas, por su parte, eran cada vez más insistentes, más insinuantes. Los curiosos también. Rodeaban la pensión con un cordón infranqueable. ¡Y los policías! Estaban por todas partes, husmeando en los armarios, mirando bajo las camas. Algunos levantaban las lamas del parqué, otros golpeaban las paredes. ¿Que alguien les preguntaba qué estaban buscando? Respondían con un gruñido o con otra pregunta. A decir verdad, ellos mismos no parecían estar muy seguros. Sin duda se trataba del ilocalizable saquito de arena, del dinero robado a las víctimas y de las joyas de la señora Dunscombe.

Su molesta presencia sacaba al mayor Fairchild de sus casillas.

—¡En mi vida había visto semejante insolencia! —dijo en una ocasión durante el desayuno—. No me extrañaría que un día de estos me pregunten por qué me pongo el monóculo en el ojo derecho en vez de en el izquierdo.

—¡No lo dude! —comentó la señorita Pawter—. Yo misma me lo pregunto.

Solo una cosa consolaba al mayor: el tono agresivo de los artículos dedicados al caso. Fleet Street, particularmente indignada porque un reportero se contase entre las víctimas, criticaba unánimemente los métodos de Scotland Yard, y los diarios opositores pedían a gritos la dimisión de los jefes de dicho cuerpo policial.

«Hoy en día no dudamos en mofarnos de Sherlock Holmes y de su método en exceso simplista», escribía en concreto *The Clarion*. «El héroe de *sir* Conan Doyle era, no obstante, indiscutiblemente superior al inspector jefe Strickland. Aquel acertaba».

«Alegrémonos», imprimía por su parte *The Despatch*, «de que la pensión Victoria no albergue más que a una docena de sospechosos. Causa escalofríos pensar en lo que nos depararía el futuro si Mr. Smith se ocultase en un gran hotel».

Sin embargo el récord de la impertinencia, en definitiva, se debía a *The Fifer*, que publicaba en primera página un dibujo de J. J. Travers. Se veía, por una parte, a cinco hombres que salían de Scotland Yard recibiendo la deferencia debida a los inocentes injustamente acusados y, por otra, al inspector Strickland, que miraba perplejo a un

individuo enmascarado —el sexto huésped— que golpeaba en la cabeza a un transeúnte.

Bajo la imagen, se leía esta frase lapidaria: «¿Mr. Smith, tal vez?».

El señor Collins había capitulado después de tres días y medio de interrogatorios.

El doctor Hyde se había encerrado en un mutismo desdeñoso hasta el momento de su liberación.

El señor Andreyew confesó enseguida.

Una vez sentado en una incómoda silla en un despacho lleno de humo, con una luz demasiado intensa quemándole los ojos, respondió sí a todas las preguntas.

Sí, se había citado con Ginger Lawson con el fin de asegurarse de que el robo de su cartera valía la pena. Sí, había matado al reportero aquella noche, con la misma relativa facilidad que a sus víctimas precedentes. Sí, había...

Pero eran síes voluntariamente torpes, dichos en falso, en general seguidos de comentarios irónicos, síes que querían decir no.

¿Qué había hecho el ruso con el dinero robado, por ejemplo? «No tengo ese detalle en mente», respondía. ¿Y con el arma de los crímenes? Estaba enterrada en el cementerio canino, en Hyde Park, entre la tumba de un tal Flocky y la de una tal Daisy Belle.

Strickland escuchaba todo aquello sin inmutarse. Pero los demás estaban furibundos. Pocos detenidos resisten un interrogatorio tan intenso. Ahora bien, Andreyew, después de Hyde, parecía burlarse de sus atormentadores. ¡Dos en menos de una semana ya pasaba de castaño oscuro!

Una cosa intrigaba a Strickland: la insistencia con la que el ruso miraba el rincón de cielo recortado en la ventana.

—¿Acaso espera ayuda del Altísimo? —preguntó un día.

—Sí —respondió el otro con franqueza. Y añadió en tono amargo—: Collins, el médico y yo habremos sido sin duda los únicos en todo Londres que deseen que Mr. Smith no se canse de matar.

Strickland le siguió el juego.

—En tal caso, prepárese para una decepción. Va a seguir haciendo buen tiempo.

El Súper estaba en lo cierto. No volvió a levantarse niebla hasta el 20 de febrero. Cosa que en modo alguno impidió que...

... el día 12 por la mañana, los dos hombres se encontraban frente a frente por enésima vez, lanzándose la pelota sin resultado.

—Este sistema no lo llevará a ningún lado —explicaba pacientemente Strickland, como lo había hecho con Collins y Hyde a propósito de sus «sistemas» respectivos, muy diferentes no obstante—. Hemos reunido pruebas suficientes para convencer a un jurado de su culpabilidad. Semejante actitud no puede sino jugar en su contra.

—Supongamos que alego que soy inocente. ¿Me creería usted?

—No.

—Entonces, ¿para qué molestarme? Odio el esfuerzo; con más razón el esfuerzo inútil.

Strickland se disponía a responder. El timbre del teléfono sonó.

—¿Aló? —dijo—. Sí... ¿Qué?... ¿El señor Smith ha sido asesinado?... ¡Imposible!... ¿Cómo?... ¿Por Mr. Smith?... Sí... Sí, naturalmente... ¡Bien, voy para allá!

Mientras colgaba, su mirada pasó del cielo azul al rostro atento de Andreyew.

—¡Se ha producido lo inesperado! —admitió, lívido—. Acaban de descubrir, en un sendero apartado de Hyde Park, cerca de Grosvenor Gate, el cadáver de un tal Allan Smith, agente bursátil, asesinado y robado por su sanguinario tocayo. Según el forense, el crimen se habría cometido anoche, entre las diez y las once.

CAPÍTULO XX

EL DIFUNTO SEÑOR SMITH

La historia se repite, según dicen. Sea como sea, el «caso Smith», tras el crimen de Hyde Park, comenzó a parecer un eterno retorno. Por tercera vez, el escurridizo asesino, perseguido por la policía más hábil del mundo, había dejado que se arrestase a un inocente en su lugar. Por tercera vez, al haber cometido un nuevo crimen, obligaba a Scotland Yard a entonar el *mea culpa*.

—¡Nos estamos dando contra una pared! —dijo lúgubrementesir Christopher Hunt durante la reunión que se celebró el día 12 por la tarde—. Por una parte, cuatro hombres cuya inocencia ha quedado indiscutiblemente demostrada. Por otra, dos sospechosos que parecen escapar a la acusación del señor Julie. ¿Tienen algún motivo para sospechar más particularmente del uno que del otro?

—No —reconoció Strickland—. Si bien son incapaces de demostrar su inocencia, yo, por mi parte, soy incapaz de demostrar su culpabilidad.

—¿Tuvieron ocasión de asesinar al señor Allan Smith?

—A juzgar por las apariencias, no.

Sir Christopher no estaba dotado de la sangre fría de su subalterno.

—¿Pero qué me está contando? —exclamó.

—Aquí está el informe de Hapgood. Estuvo ayer vigilando la pensión junto con Flower. «El señor Crabtree salió a las siete y cuarenta y ocho, cogió el ómnibus en la esquina de Southampton Row y se apeó en Piccadilly Circus. Tras un corto paseo, entró en un cine de Regent Street, el New Gallery. Conseguí una butaca cerca de la suya. Cuando terminó la proyección, el señor Crabtree regresó a su domicilio, efectuando parte del trayecto a pie y parte en ómnibus».

—¡Una coartada impresionante! —admitiósir Christopher.

—Sí —intervino Robin, que estaba dibujando en un viejo bloc sobre dos galgos a la carrera—. Siempre y cuando Hapgood diga la verdad...

—¿Y por qué iba a mentir?

—Se dejó despistar el 1 de febrero. No se confiesa dos veces seguidas semejante fracaso.

—El día del asesinato de la señora Dunscombe —prosiguiósir Christopher—, el señor Crabtree afirmó haber pasado la mayor parte de la tarde de compras. ¿Han encontrado a las dependientas que lo atendieron?

—Sí, señor, a dos de ellas al menos. Desgraciadamente, su testimonio no nos sirve

de gran cosa. La primera no recuerda a qué hora estuvo él en la tienda, y la otra lo atendió mucho antes de que se cometiera el crimen.

—¿Y Lalla-Poor?

—Actualmente, como usted ya sabe, actúa en la revista del Palladium. Flower lo siguió hasta el teatro y se quedó vigilando la entrada de artistas. Por lo que dice, el hindú no salió hasta las doce. Pienso de todas formas acudir en persona esta noche para cronometrar el tiempo que el profesor pasa en escena. Un oriental es capaz de muchas cosas.

—¿Pero no de atravesar paredes, me imagino? —preguntó Robin.

Una jauría de chuchos malvados se esforzaba por alcanzar a los galgos.

—¡No, señor! —respondió Strickland con seriedad—. Pero, si fuera culpable, podría haber salido subrepticamente del teatro después de caracterizarse con el fin de engañar a Flower. El programa incluye varios números ejecutados por chinos y otros hombres de color.

Sir Christopher agotó la provisión de aspirinas con la que *lady* Hunt le había lastrado los bolsillos. La migraña le atenazaba la frente.

—¡Así no adelantamos! —farfulló—. ¿Por qué demonios se habrá aventurado Mr. Smith a actuar con buen tiempo?

—¡Porque la niebla se hacía esperar demasiado! —dijo Robin.

—Podría vivir de las rentas...

—¡Sí, si no fuera la encarnación del crimen! Strickland me proporcionó, el otro día, una encantadora explicación. Mr. Smith, imbuido de su poder, mata hoy en día menos para robar que para desafiarnos...

—¡Sandeces! Ha tenido tres ocasiones de hacer que otros pagasen por él...

—Los criminales de su calaña suelen reivindicar sus crímenes. Y puede que tenga otro plan en mente.

—¿Pero cuál? Cada nuevo crimen reduce las posibilidades de que se nos escape. ¡Ahora mismo ya no nos quedan más que dos sospechosos entre los que elegir!

Se hizo un silencio. Los tres hombres sentían intensamente su importancia. La sombra amenazante de Mr. Smith merodeaba a su alrededor.

—¡Habría una posible solución! —dijo Robin de pronto—. Un intento de forzar la mano, más exactamente. Encerrar a la vez a Crabtree y al hindú. Y esperar.

—¿Esperar a qué? —gruñó *sir* Christopher—. ¿A que nos linchen? Desde hace dos días, cada vez que paso en coche por el Victoria Embankment me persiguen gritos hostiles. Si *sir* Leward Hughes no se negase a aceptar mi dimisión... —Alzó una mano—. ¡La suya tampoco serviría de nada, Strickland! No ha estado muy acertado hasta el momento. Dudo, sin embargo, de que sus colegas lo hubiesen hecho mejor en su lugar. Hay que...

Por segunda vez, llamaban a la puerta con insistencia. Strickland fue a abrir. Era Storey, un Storey despeinado, con el rostro enrojecido y la corbata de través.

—¿Y?

Storey señaló con un gesto al Súper para que se acercase y le habló en voz baja, todo estremecido de excitación.

—¡Tenemos el arma, señor! —anunció Strickland un momento después—. Mis hombres la han encontrado en el sótano de una casa deshabitada, en el número 14 de Ridgmount Street, colgada de un cordel atado de uno de los barrotes del tragaluz. Mr.

Smith, cuando atacó a la señora Dunscombe, al señor Lawson y al señor Allan Smith, no tuvo más que sacarlo tirando del cordel... Dicho sea de paso, reconocerá usted el sistema ya utilizado para esconder el dinero robado al señor Julie.

—Doy por hecho que lo habrán dejado todo como estaba.

—Sí, señor. El saquito de arena sigue colgado del cordel, la casa conserva su aspecto abandonado... En resumen, ¡la trampa está lista para funcionar!

—¿Cuántos hombres tiene usted allí?

—Seis, que vigilarán día y noche, relevados cada cuatro horas y en estrecho contacto conmigo.

Strickland terminó de un modo súbitamente brusco:

—He tomado, como ya sabe, las huellas de todos los huéspedes. Ningunas, salvo las del doctor Hyde, figuran en nuestros archivos. He establecido el *curriculum vitae* más o menos detallado de cada cual, sacando información de las fuentes más diversas. También he averiguado el importe del dinero que llevaba encima el señor Allan Smith. Parece insignificante. Una libra, nueve chelines y tres peniques... ¿Qué más puedo hacer?

—¡Contratar a un detective! —sugirió Robin.

En aquel mismo instante, o casi, Toby Marsh, que jugaba a la batalla naval con su guardián, barrió la mesa con el dorso de la mano.

—¡No es posible; lo hacen adrede! —exclamó en un estallido de rabia—. ¡Quince días a la sombra y todavía nada! ¡Quince días hace que les dije: «El tipo vive en tal número de tal calle»! ¡Por el amor de Dios! ¿Y eso son polis? ¡Entonces yo soy cardenal!

—¿La última partida, Marsh?

—¡Al infierno usted y sus malditos acorazados! ¡Capaz sería de ganarse mi recompensa antes de que la cobre!

En cuanto a la señorita Holland, escribía con aplicación: «La Princesa de Tul era tan ligera que levantaba el vuelo al menor soplo de aire...».

CAPÍTULO XXI

CUATRO SÍES

El profesor Lalla-Poor empezó transformando una moneda de un penique en un ramo de flores artificiales, el ramo en sombrilla, la sombrilla en regadera, la regadera en conejo ruso, el conejo ruso en gallina Dorking. Explicó que el número completo incluía además toda una serie de metamorfosis progresivas que terminaban con la aparición de un elefante adulto montado por su cornaca, pero que se habían visto casos en los que estos últimos se negaban a hacer en sentido inverso el camino recorrido. Por tanto, más valía —naturalmente— creer en su palabra y no seguir adelante... Encendió un cigarrillo, se lo metió entero en la boca y expulsó el humo por los bolsillos. Mostró una tetera vacía, le dio vueltas pronunciando un misterioso encantamiento —el mayor Fairchild, sentado en la quinta fila, juró que no era en panyabí— y de ella brotó líquido suficiente, un líquido que cambiaba incesantemente de color, para llenar seis copas de vino. Metió a un gato y una baraja de cincuenta y dos cartas en un cofre que cerró con llave, se dirigió hacia el telón, del que sacó cuatro ases, se llevó la mano al turbante, del que salieron cuatro reyes, se inclinó hacia la concha del apuntador y sacó de ella cuatro reinas, y así sucesivamente hasta reconstituir la baraja completa. Después golpeó el cofre con su varita negra con punta de marfil y sacó una familia entera de ratones blancos (a partir de entonces, cada cual esperaba en mayor o menor medida verlo escamotear a la orquesta). Bajó al patio de butacas, pidió a media docena de espectadores y espectadoras que escribiesen su nombre en un trozo de papel, los metió doblados en cuatro en la chistera, los mezcló, los devolvió al azar a sus dueños y volvió a subir al escenario.

—Señor Barton —dijo entonces—, ¿puede decirme qué hora es?

—Desde luego —respondió el señor Barton.

Pero no pudo. Su reloj había desaparecido. En cambio, el bolsillo de su chaleco contenía un broche de camafeo.

—Señor Knight —continuó el profesor—, ¿tendría usted la amabilidad de ofrecerme un cigarrillo?

—¿Cómo sabe que fumo cigarrillos? —masculló el señor Knight.

Se llevó la mano al bolsillo. Su pitillera ya no estaba. En cambio, se fijó en un alfiler de corbata con forma de cabeza de ciervo prendido en el forro de su chaqueta.

—Señora Nutting, ¿querría por favor comprobar el contenido de su bolso? ¿Le falta algo?

La señora Nutting, una señora gruesa y llena de plumas, emitió un grito inarticulado.

—¡Mi polvera! ¡Me han robado la polvera!

—¿No será más bien que ha cambiado de aspecto?

La señora Nutting siguió revolviendo furiosamente en su bolso y terminó por sacar, ante el alborozo general, una pipa de espuma de mar.

Con el pretexto de preguntarles sus nombres, el profesor Lalla-Poor había sustraído un objeto a cada uno de los seis espectadores y procedido a intercambiarlos sutilmente.

—¡Hum! —dijo Strickland a Mordaunt—. ¡Es el carterista más hábil que haya visto jamás!

Estaban sentados en la sexta fila, observando al mismo tiempo al hindú y a las siete personas sentadas delante de ellos. Parecían ovejas agrupadas en torno a su pastora. La pastora era la señora Hobson, las ovejas eran la señorita Holland, la señorita Pawter, el señor y la señora Crabtree, el señor Andreyew y el mayor Fairchild.

—¡Celebremos el regreso del señor Andreyew con una salida en grupo! —había propuesto la señorita Pawter durante la comida—. ¿Quién está «en contra»?

Todo el mundo estaba «a favor» excepto el mayor Fairchild, por espíritu de contradicción, el doctor Hyde, más misántropo que nunca, y el señor Collins, mal repuesto de su detención. Pero Fairchild se había unido a la mayoría en el último momento.

El número del profesor Lalla-Poor terminó con una especie de apoteosis explosiva. Serpentinatas lanzadas por una mano invisible se engancharon como zarcillos en la sala, flores de papel multicolor y banderines con los colores de la bandera inglesa surgieron de las cuatro esquinas del escenario, globos de látex fueron a pegarse al techo. El propio hindú desapareció con una rapidez desconcertante.

—¿Qué diría usted —sugirió Strickland— de una pequeña visita al camerino de nuestro hombre?

Se dirigía ya hacia bambalinas. Mordaunt lo siguió de cerca, no sin haber recomendado a Storey y a Beard, apostados en los pasillos, que observasen discretamente a la señora Hobson y a sus acompañantes.

En el entreacto, estos permanecieron en sus asientos y, consecuencia imprevista, el bar hizo la mitad de ganancias que de costumbre. Para muchos espectadores, que habían identificado al grupo por las fotografías publicadas en los periódicos, el espectáculo tenía lugar, en efecto, en la platea.

—Me cuesta creer que Mr. Smith haya atacado a uno de sus homónimos por casualidad —dijo de pronto el mayor.

—¡A mí también! —reconoció Andreyew—. A nuestro asesino nacional le gustan los efectos dramáticos. O mucho me equivoco o habrá elegido al señor Allan Smith para impresionar al público...

—¿Sin preocuparse de saber cuánto dinero podría ganar con ello?

—Por lo visto.

El mayor habría insistido de buena gana pero el ruso, inclinado hacia la señora Hobson, ya no le prestaba la menor atención.

Una vez terminada la revista con el tradicional *Dios salve al rey*, todos se reunieron con el profesor en la entrada de artistas, y el señor Andreyew propuso acabar la velada en un cabaret ruso cuyo propietario, antiguo coronel de la Guardia Imperial, era amigo suyo.

—¡Vayan ustedes si quieren! —gruñó el mayor—. Yo prefiero mi cama.

Como la señorita Holland daba señales de cansancio, se decidió que se acompañarían mutuamente.

En el Isba, la señorita Pawter se encontró, como por casualidad, sentada junto al profesor Lalla-Poor, y la señora Hobson junto al señor Andreyew.

Este pidió vodka y *zakuski*¹⁷. Mientras enseñaba a sus invitados el mejor modo de consumir el conjunto, una joven de aspecto sufriente apareció para interpretar el *Canto de los remeros del Volga*. Pianísimo al principio, *allegro* después. *Allegro*, pianísimo. Pianísimo, *allegro*. Un bailarín con traje de cosaco hizo malabares con cuchillos. Por último, otra mujer de aspecto sufriente cantó *El patito*. Boris Andreyew corrió hacia ella, la alzó en sus brazos, la hizo girar, unió su voz a la suya. Fue vitoreado.

—Charlie y yo habíamos previsto ir a Santa Lucía... —dijo la señora Hobson cuando volvió a sentarse a su lado.

Parecía continuar con naturalidad una conversación entablada.

Andreyew la observó con interés. Con su vestido de seda negra y pesados pliegues, rozada apenas por la luz color de azafrán de los proyectores, con el semblante animado, los ojos brillantes, desprendía una extraña seducción... Todo sea dicho, Boris le encontraba un aire ruso.

—¿Quién es Charlie?

—Mi marido. Enfermó el mismo día de nuestra boda y murió tres semanas más tarde. —Vaciló—. Todavía tengo tres folletos de la agencia de viajes...

Boris Andreyew sintió que la pendiente que había empezado a bajar se inclinaba más aún. Pero no hizo nada para resistirse. Dijo:

—Debería enseñármelos...

Bajo el mantel, sus manos se habían encontrado.

Strickland, al salir del Palladium, cogió un taxi y llegó el primero al rincón de Hyde Park, cerca de Grosvenor Gate, donde el señor Allan Smith había cometido el error de dar un paseo en noche cerrada. Mordaunt tomó el ómnibus y llegó después de él. Storey eligió el metro y llegó en tercer lugar. Beard, condenado a caminar, llegó el último.

Se trataba de saber si el profesor Lalla-Poor habría tenido tiempo material de salir del teatro para cometer el crimen, antes o después de su actuación.

—¿Y? —dijo Strickland.

Los cuatro hombres iban reloj en mano.

Se entregaron a una serie de complicados cálculos —sumando la duración del trayecto de ida y de vuelta, contando equis minutos para el acecho, equis para la agresión y el robo, teniendo en cuenta los posibles imprevistos— y estuvieron unánimemente de acuerdo.

En los cuatro casos, la respuesta era sí.

CAPÍTULO XXII

MR. SMITH = ¿?

—¡Nos estamos dando contra una pared! —había exclamado *sir* Christopher Hunt el día 12 por la tarde.

No sabía cuánta razón llevaba. La pared en cuestión se elevó, durante los días siguientes, hasta rozar las nubes.

El comisario jefe, Robin, Strickland, todos, sintieron el peso de su aplastante sombra.

En vano analizaban el caso, más o menos a escondidas unos de otros, desde todos los ángulos, como quien busca la solución a un jeroglífico o a un crucigrama. Invariablemente terminaban dándose de bruces con las mismas conclusiones inverosímiles...

El 28 de enero habían arrestado al señor Collins. A la semana siguiente, tras el asesinato de la señora Dunscombe, habían tenido que ponerlo en libertad.

El 1 de febrero habían arrestado al doctor Hyde. El día 5, tras el asesinato de Ginger Lawson, habían tenido que ponerlo en libertad.

El 5 de febrero habían arrestado al señor Andreyew. El día 12, tras el asesinato del señor Allan Smith, habían tenido que ponerlo en libertad.

El 1 de febrero, día del asesinato de la señora Dunscombe, el mayor Fairchild había proporcionado una coartada irrefutable.

El 11 de febrero, día del asesinato del señor Allan Smith, el señor Crabtree —según el inspector Hapgood, encargado de seguirlo— se había comportado del modo más inocente.

Solo el profesor Lalla-Poor había tenido la posibilidad de atacar al señor Allan Smith. Pero no daba pie a las sospechas. Todo lo contrario: si se daba crédito al informe del inspector Flower, encargado de su vigilancia, el día 11 no había salido del Palladium hasta las doce y cinco de la noche, para volver a casa como Dios manda.

Al contrario que la policía, sumida en una especie de estupor, la prensa y el público reaccionaron con extremada violencia. Por todas partes acaloradas discusiones degeneraban en refriegas, asambleas, explosiones de indignación. Policías aislados fueron atacados y abucheados. Todos los días entregaba el cartero a Scotland Yard una saco lleno de cartas anónimas cuyos autores, cuando no tenían alguna reforma urgente que sugerir, se extendían ya en amenazas, ya en dramáticas profecías. La cantidad de detectives aficionados no dejaba de aumentar. Ya no era infrecuente oír

frases como esta en los salones de té: «Si fuera usted comisario jefe, señora Dodd, ¿qué medidas tomaría?». Y en los clubs: «¡Le repito, David, que se equivocan desde el principio! ¡Mr. Smith es una mujer!». Sin embargo, en el crepúsculo, quienes más habían gritado durante el día se encerraban con llave en su casa. En ciertos barrios, habría podido uno pasearse hasta el alba sin encontrarse más que a un gato saliendo de un tragaluz para meterse por otro.

El día 17 por la mañana, *sir* Christopher preguntó a Strickland si estaba al tanto del editorial de *The Despatch*. El Súper respondió con una negativa.

—¡Pues bien, léalo! —dijo *sir* Christopher tendiéndole bruscamente el diario.

Cuando un problema como el que tiene que resolver Scotland Yard no encuentra aparentemente solución alguna —escribía *The Despatch*—, se puede deducir que sus propios datos son falsos. Recuerden *El misterio del cuarto amarillo*, la obra maestra del novelista francés Gaston Leroux, en la cual los autores de novelas de detectives llevan inspirándose desde hace más o menos veinte años. Solo abordando el enigma desde un nuevo punto de vista se logra descifrarlo.

En nuestra opinión, Scotland Yard ha pecado de exceso de confianza al aceptar sin reservas el testimonio de Toby Marsh. ¿Quién es Toby Marsh, después de todo? Un aventurero, un exconvicto por no decir más, siempre al acecho de un nuevo golpe, de algún incauto a quien estafar. ¡Lo han creído a pies juntillas! ¿No resulta más probable que su historia, si es que no se la ha inventado, haya sido al menos un poco exagerada? ¿Que nuestro hombre haya visto a Mr. Smith, el 26 de enero sobre las siete y media, entrar en una casa de Russel Square sin poder no obstante precisar, a causa de la niebla, en cuál? ¿Que haya dicho, con el propósito de obtener la recompensa prometida: «El asesino vive en el número 21», cuando tal vez viva en el 19 o en el 23?

Nos hemos informado. El 19 y el 23 también son casas de huéspedes, la primera llevada por una tal señora Mulliner; la segunda por una tal señorita Quillet, ambas excelentes amigas de la señora Hobson.

¿Qué tendría de imposible, repetimos, que Mr. Smith, alojado por la una o la otra y al corriente de la llegada de un nuevo huésped, entrase en la pensión Victoria por el tejado, por ejemplo, y lo dispusiese todo con vistas a comprometer a personas inocentes?

Scotland Yard, en lugar de dejarse hipnotizar por el número 21, haría mejor en investigar en este sentido y algunos otros.

—Se impone una visita a Toby Marsh —admitió el Súper tras haberlo leído.

El señor Marsh mandó a Strickland al infierno. Ya no se afeitaba, y la simple perspectiva de una partida de batalla naval le hacía rechinar los dientes.

—¡Le dije que vi a Mr. Smith entrar en el número 21 y se lo repito! —exclamó—. ¡No en el 44! ¡No en el 62! ¡En el 21! Se llevó la mano al bolsillo, sacó una llave...

¡Una llave!

Strickland se aferró a aquel detalle olvidado como a un salvavidas. Dejando allí plantado al señor Marsh, corrió a la pensión Victoria.

—Solo una pregunta, señora Hobson. ¿Quiénes de sus inquilinos poseen una llave de la puerta de la calle? Es muy importante.

—Pues... ¡todos! —respondió la señora Hobson.

El Súper, como los tres hombres a los que había arrestado, acabó deseando que reapareciese la niebla. Si esta ejercía en efecto una influencia nociva en el asesino, aún quedaban esperanzas de sorprender in fraganti a Mr. Smith.

El día 20, sobre las nueve de la noche, las luces de las farolas perdieron su resplandor, una bruma algodonosa se alzó del Támesis. ¡Allí estaba la niebla! No dejó de espesarse hasta las diez menos cuarto. Luego se levantó un ligero viento y la dispersó.

A la mañana siguiente, había reconquistado el terreno perdido y su densidad era tal que hubo que suspender la circulación. Strickland, nada más entrar en su despacho, se sentó junto al teléfono y esperó. En vano. El incidente más grave del día fue el intento de secuestro de una enfermera diplomada.

El día 24 por la tarde, Storey, que vigilaba con varios camaradas la casa deshabitada que llevaba el número 14 de Ridgmount Street, vio acercarse una figura familiar... ¡El señor Crabtree! Con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo con martingala y la cabeza baja, iba dando patadas a una vieja caja de cartón.

La caja fue a caer por el tragaluz del número 14 y el señor Crabtree adoptó el semblante perplejo de un niño a quien le quitan su juguete. Se dirigió hacia la casa, pareció querer agacharse. Finalmente, continuó su camino mirando el suelo.

—¿Y? —preguntó agriamente Strickland cuando Storey lo informó del hecho—. ¿Lo han interrogado?

—Sí —dijo Storey—. Pero no sabía bien cómo hacerlo. Le pregunté si era algo habitual que caminase pateando una caja de cartón de esa manera. «¡Desde luego!», me respondió. «Estropea menos los zapatos que una piedra o una lata».

Strickland no se inmutó. El dilema que angustiaba a todo Scotland Yard había vuelto a ocupar su mente.

El 28 de enero habían arrestado al señor Collins. A la semana siguiente, tras el asesinato de la señora Dunscombe, habían tenido que ponerlo en libertad.

El 5 de febrero habían arrestado...

AL PÚBLICO LECTOR

que aún no sabe quién es el culpable.

Ellery Queen, Hugh Austin y algunos otros autores americanos de novelas policiacas tienen la costumbre de entablar con sus lectores «una especie de lucha mental» (Hugh Austin *dixit*), invitándolos a descubrir por sí mismos la solución a los problemas expuestos en sus obras.

Excepcionalmente, he pensado que sería divertido adoptar esta idea por mi cuenta y abrir un rápido paréntesis para decirles:

«Tienen en su poder todos los elementos necesarios para descubrir la verdad.

»Lo que es más, la solución aparece literalmente en distintos lugares de esta novela.

»¿Son buenos detectives?

»¡Decídanlo por sí mismos!».

EL AUTOR

CAPÍTULO XXIII

BRIDGE PLAFOND¹⁸

Las palabras más inocentes, los gestos más naturales, tienen a veces consecuencias de tal gravedad que pueden llegar a trastornar o interrumpir el curso de varias existencias. Así pues, el 28 de febrero por la noche, cuando el señor Collins se volvió hacia el señor Crabtree y le propuso ser el cuarto en la partida de *bridge*..., de haber podido prever lo que habría de producirse como resultado, habría huido tan lejos como lo hubieran llevado sus piernas...

El día había transcurrido con relativa calma. Entiéndase que Mary había abierto la puerta de la calle unas treinta veces como mucho, que el timbre del teléfono había callado, a última hora de la tarde, durante cerca de nueve minutos, y que había bastado al fin con tirar un cubo de agua a las piernas del reportero del *Daily Chronicle* para disuadirlo de fotografiar a la señora Hobson y «sus niños» mientras cenaban.

El profesor Lalla-Poor, como cada noche desde hacía una quincena, había emprendido camino al Palladium antes de que terminasen de comer. El mayor Fairchild, resfriado, estaba en cama. La señora Crabtree, que se había ido a Chislehurst la víspera, no volvería hasta el día siguiente... Todas las circunstancias concurren en definitiva, con la propuesta del señor Collins, a desencadenar la tragedia.

El señor Crabtree aceptó con presteza participar en el juego. Le gustaban las cartas en general y el *bridge* en particular. Ahora bien, desde que había cambiado a sus viejos amigos por los paseos solitarios, rara vez podía disfrutar de ese placer.

Boris Andreyew fue a buscar las cartas y algo para escribir al despacho donde la señora Hobson, esforzándose por recuperar el tiempo perdido, ponía al día sus cuentas de la semana. El señor Collins instaló —no sin pillarse los dedos— una pequeña mesa plegable cubierta de fieltro rojo, y el señor Crabtree dispuso ceniceros y cigarrillos encima. El doctor Hyde se contentó con esperar bostezando a que los demás lo hubiesen preparado todo.

—¿Les molestaría mucho que los mirase jugar? —preguntó la señorita Pawter desde detrás de una pila de revistas viejas.

El doctor Hyde hizo una mueca pero Boris ya estaba acercando una butaca para la joven.

—¡Muy al contrario, señorita Pawter! Personalmente, estaría encantado.

La señorita Holland, que había subido diez minutos antes, debía de haber terminado de ocuparse de sus gatos y estar disponiéndose a trabajar, pues la sempiterna ¡*Para!*

Me estás rompiendo el corazón se hizo oír súbitamente.

—¿Qué les pa... parece hacer tur... turnos para jugar los cinco? —propuso Collins.

Cuando la señorita Pawter declinó la oferta, por ser una jugadora mediocre, los cuatro hombres sortearon los sitios, tomaron asiento y barajaron. «¡Para! ¡Para! ¡Para!», suplicó, en un *crescendo* final, una voz demasiado conocida. Dos minutos más tarde, solo rompían el silencio de la pequeña estancia los clásicos cantos: tréboles, diamantes, corazones, picas, sin triunfos.

Cuando, más adelante, preguntaron al señor Crabtree qué le hizo descubrir la verdad, respondió: «¡El *bridge* del día 28 por la noche!».

Sin duda, cedía con eso al deseo de impresionar. Sin duda, antes de aceptar la oferta de Collins ya hacía tiempo que entreveía la solución al problema...

Lo que no quita para que sus observaciones en el transcurso del juego transformasen sus sospechas en cegadora certeza.

No entraré en el detalle de la primera partida. El señor Crabtree la ganó sin que sus adversarios, con mala suerte en el reparto, pudiesen oponerle la menor resistencia, incluso sin que su pareja, el señor Collins en aquel caso, tuviese que apoyarlo.

Formó entonces equipo con el doctor Hyde y fue cuando, por así decirlo, empezaron sus problemas...

Tras cantar Andreyew-Collins: «Tres picas», un desafortunado doblo del doctor Hyde les valió la primera mano. Después cantaron: «Tres tréboles» y lograron cuatro. La tercera mano no permitió canto alguno. Durante la cuarta, el señor Crabtree —que ya se veía perdiendo— recuperó la esperanza. La suerte le había otorgado siete diamantes de as, rey, jota, nueve, dos picas de rey, tres corazones de as y de reina, un único trébol. Se apresuró a cantar: «Dos diamantes». Por desgracia, como su pareja no le daba réplica y el equipo Andreyew-Collins permanecía en prudente silencio, no pudo hacer más. Hyde jugó sus cartas, y el señor Crabtree —tal y como había más o menos esperado— hizo once bazas.

—¿No se ha mostrado usted un poco timorato, doctor? —dijo entonces—. Al fin y al cabo, su mano contenía tres triunfos de reina, más el as y el rey de tréboles.

—¿De veras? —replicó el otro—. No estamos jugando al *bridge* de contrato, que yo sepa. Los diamantes son un palo menor. Si quería llevarse la mano, había que cantar tres.

Aunque leyó en el rostro de la señorita Pawter un reflejo de su propio asombro, el señor Crabtree no dijo nada. Hyde, Andreyew y Collins eran incontestablemente mejores jugadores que él.

«¡Las cartas no perdonan!», les dirán, una vez embargados por la fiebre del juego, señores de lo más serios. Aquella noche la suerte les dio la razón. El señor Crabtree — el médico, más bien— había dejado pasar la oportunidad. En la mano siguiente, sus adversarios ganaron la partida.

Volvió a modificarse la composición de los equipos y, tras pasar Collins, el señor Crabtree —que había recibido en el reparto seis corazones de rey, reina, jota, diez, la jota de picas, tres diamantes de as y tres tréboles de rey— cantó: «Uno corazones». El doctor Hyde dijo: «Uno picas». El señor Andreyew: «Dos diamantes». El señor Collins: «Dos picas». El señor Crabtree, renunciando a regañadientes a sus corazones, llegó

hasta: «Tres diamantes». El doctor Hyde insistió en picas. Boris Andreyew dijo: «Cinco diamantes». Collins y el señor Crabtree pasaron. El doctor Hyde dobló. Andreyew redobló.

El señor Crabtree, una vez iniciada la acción, no tardó en constatar que los triunfos del ruso, si bien igualaban a sus corazones en número, eran inferiores en calidad. Asimismo, habría dado ventaja a Andreyew, que poseía el as de corazones en el segundo palo, mantenerse en ese palo en lugar de aventurarse en terreno inseguro. La mejor prueba fue que acabó perdiendo el as de tréboles, el as de picas y un triunfo.

Sobre las diez, la señorita Pawter habló de ir a acostarse, pero el señor Crabtree la retuvo con un gesto.

—Veamos, señorita Pawter, ¿no irá a dejarnos ya? Mire, si fuera usted amable, haría la función de agente de enlace y pediría a la señora Hobson que nos sirviera *whisky*... ¡Invito yo, naturalmente!

Su mano temblaba un poco; estaba pálido.

—Encantada —dijo la señorita Pawter. En el umbral se volvió—. ¿Se encuentra usted mal?

—¡No, no! —dijo el señor Crabtree con viveza—. Yo... me encuentro perfectamente.

«¿Será que no le gusta perder?», pensó la señorita Pawter.

Cuando volvió a entrar, bandeja en mano, el señor Andreyew jugaba con el doctor, y el señor Crabtree con Collins. Iban por la sexta partida. Andreyew acababa de cantar: «Cinco tréboles», Collins de doblarlos. La señorita Pawter se acercó a los jugadores y supo por la disposición de las cartas que el ruso debía necesariamente perder el as de picas, en posesión del señor Crabtree, y dos reyes —el de corazones, cuarto, y el de triunfo, tercero—, en posesión de Collins.

¿Qué pasó entonces en la mente de este último? Jugó una de las únicas cartas que no tendría que haber tocado bajo ningún concepto —un corazón—, quedando en plena tenaza y proporcionando así al adversario la baza que le faltaba.

La señorita Pawter se volvió hacia el señor Crabtree, esperando oírlo protestar con cierta vehemencia. Pero el hombrecillo parecía incapaz de hacerlo. Sus ojos estaban fijos, su rostro demacrado.

—¡Cielo santo! —dijo al fin con voz sorda, empujando torpemente su silla.

Collins, molesto, rumiaba laboriosas explicaciones. El doctor Hyde le ahorró el esfuerzo de formularlas.

—¿Y bien? —masculló, reminiscencia de sus tiempos de arresto—. ¿No irá usted a sentirse mal?

El señor Crabtree negó con la cabeza.

—Yo... ¡Les ruego que me disculpen! —farfulló.

Se dirigía hacia la puerta con paso vacilante. Antes de que le hubieran respondido, la abrió y desapareció.

La señorita Pawter quedó sofocada.

—¿Entienden ustedes algo? —preguntó.

Boris Andreyew tendió la mano hacia la botella de *whisky*.

—La verdad es que no —admitió pensativo—. ¡Ni ver a Mr. Smith lo habría perturbado tanto!

AL PÚBLICO LECTOR
que aún no sabe quién es el culpable.

No es necesario saber jugar al bridge para sacar conclusiones del capítulo anterior.
Tal vez su contenido los haya hecho verlo todo con mayor claridad.

Si es así, ¡bravo!

Si no, les confirmo que saben tanto como el señor Crabtree.

¡E incluso más!

EL AUTOR

CAPÍTULO XXIV

LEJANA ENID

El señor Crabtree se dirigió a la escalera lanzando a su alrededor miradas que expresaban un profundo desasosiego. ¡Ah, si Enid no se hubiese marchado a Chislehurst! ¡Ella habría sabido qué hacer! Subió dos peldaños, subió cuatro, luego se sentó y se sujetó la cabeza con las manos. Le fallaban las piernas. «¡No es posible!», se repetía. «¡No es posible!». Pero, en el fondo, no le quedaba la menor duda sobre el sentido de su descubrimiento, por más que se empeñara en suscitarlas.

Al cabo de un momento, el frufrú de un vestido de seda lo sacó de su estupor. La señora Hobson había salido de su despacho y lo observaba con aquel aire maternal que no abandonaba más que en presencia de Boris Andreyew.

—¿Qué le ocurre, señor Crabtree? ¿Puedo ayudarlo?

El señor Crabtree sintió entonces una de las tentaciones más fuertes de su vida. Su secreto lo ahogaba. Se encontraba en la misma situación que un hombre que estuviese paseando con una bomba en la mano a punto de explotar y no supiese dónde tirarla para no estallar con ella. Se forzó.

—¡Es... es la cabeza! —balbuceó—. Voy a salir.

—Haría mejor en acostarse y tomar un analgésico con una taza de té caliente... ¿Me oye?

El señor Crabtree se levantó con esfuerzo y sujetó la barandilla con la mano.

—Sí, sí... ¡Voy a salir! —repetió con obstinación.

Pero como, al mismo tiempo, empezaba a subir por la escalera, la señora Hobson creyó que era una retirada digna.

—Acuéstese enseguida. Antes de un cuarto de hora le tendré el té preparado.

El señor Crabtree, en lugar de ir a su habitación, fue a llamar a la puerta del mayor Fairchild.

—¿Quién es? —gritó una voz ronca.

—Yo... Crabtree...

—¿A qué espera para entrar?

El mayor estaba arrellanado en un sillón, con una bufanda de lana al cuello, los pies abrigados y fumando su pipa con aire furioso. Tenía los pómulos de un rosa intenso y le lloraban los ojos.

—¡Maldito sea el clima de Inglaterra! Preferiría un buen ataque de malaria a un resfriado... ¿Viene a interesarse por mi salud?

—¡En absoluto! —replicó inocentemente el señor Crabtree—. Querría pedirle que me preste un arma.

Una vez más, resistió al deseo de hacer confidencias. La verdad era tan increíble que el viejo oficial lo habría llamado loco a gritos y provocado una catástrofe.

—¿A quién quiere asesinar?

—A nadie. Quiero salir y... ¡temo encontrarme con Mr. Smith!

—Bueno, pues quédese en casa.

—No me ha entendido bien. ¡Tengo que salir!

El mayor se encogió de hombros.

—Esos condenados inspectores me han confiscado el Colt por «un tiempo indefinido»... Pero me queda el bastón-espada. Lo encontrará en el paragüero.

El señor Crabtree, sin decir palabra, dio media vuelta.

—A propósito, espero que sepa cómo utilizarlo.

—Dios mío... Basta con clavarlo en el corazón de su adversario, ¿no es así?

El mayor tuvo semejante ataque de tos que creyó asfixiarse.

—¡Eso es! ¡Eso es! Trate simplemente de devolvérmelo de una pieza.

—Lo intentaré —prometió el señor Crabtree.

Pero al mayor le pareció que a su tono le faltaba convicción.

El señor Crabtree volvió al recibidor a toda prisa. Cuando descolgaba su abrigo del perchero, una voz lo hizo sobresaltarse.

—¿Sale usted, querido amigo?

El hombrecillo contuvo un grito. Por más que hubiese tratado de disimular, sus intenciones se adivinaban.

—No... Quiero decir, sí... No me encuentro muy bien...

—¡Qué curioso! Yo tampoco... ¿El estómago, tal vez?

—Más bien la cabeza...

—En mi caso es el estómago. —Una breve pausa. Luego—: Abríguese. Saldremos juntos.

El señor Crabtree, con la frente sudorosa, tuvo un amago de rebeldía. Pero la planta baja estaba desierta para entonces, el otro vigilaba sus más mínimos movimientos... Se abotonó el abrigo con torpeza, se anudó la bufanda que llevaba durante todo el invierno, pues tenía la garganta sensible. El paragüero contenía un paraguas y dos bastones. Tendió una mano vacilante hacia ellos.

—¿Busca usted algo?

El señor Crabtree se aventuró a ser audaz.

—¡Sí, el bastón del mayor!

—Lo siento. Precisamente acabo de cogérselo prestado. Pero un bastón es un bastón, después de todo. Tenga el mío.

Con la puerta abierta, el señor Crabtree se sintió atrapado por la niebla. Se esforzó por localizar la silueta familiar de un inspector o un agente, pero no se veía nada.

—¡No cuente con nuestros ángeles guardianes! Están ocupados en otro sitio.

—¿En otro sitio? —repitió Crabtree con un nudo en la garganta.

—Sí, no hace ni cinco minutos un escándalo infernal estalló al otro lado de la plaza. Gritos, llamadas de socorro. Digno de intrigar a los menos curiosos...

El señor Crabtree no tuvo necesidad de preguntar quiénes eran los autores de

aquella distracción. Ya lo sabía.

—¡Tengo cosas que hacer por Oxford Circus! —dijo en un tono que pretendía ser firme.

Entre la muchedumbre, estaría a salvo.

—¿De veras? Y yo por Regent's Park...

—¡Entonces, buenas noches!

El señor Crabtree giró en redondo para encontrarse frente a frente con su interlocutor. El rostro que percibió le resultaba desconocido. Gafas de lentes ahumados, bigotito postizo, mejillas anormalmente infladas.

La sonrisa, en cambio, era la misma. La voz también. Fría, incisiva, socarrona, lo helaba a uno hasta la médula.

—He creído necesario tomar ciertas precauciones... Por si acaso nos encuentran juntos... ¡Porque no vamos a separarnos!

El señor Crabtree se estremeció.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

—Para ser sincero, todavía no lo sé. Me ha pillado por sorpresa. Una cosa es segura: ¡no le voy a permitir que arruine mis planes como quien tira un castillo de naipes! Pero no nos demoremos más... Podría usted enfriarse.

El señor Crabtree, subyugado, se puso en marcha... hacia Regent's Park. Resistirse, pedir socorro, no habría hecho sino precipitar su perdición.

¡Le quedaba una oportunidad, de hecho! Tal vez Mr. Smith ignorase la vigilancia a que estaba sometido el número 14 de Ridgmount Street. Tal vez quisiera, de paso, recuperar su arma preferida. Así pues, al acercarse a aquella calle, el señor Crabtree comenzó a remolonear.

—¿Ya está cansado? —se burló el otro—. ¿O acaso desea que gire a la derecha?

Las gafas oscuras y los dientes de un blanco deslumbrante daban a su rostro, velado de niebla, un aspecto macabro.

—¡Ni lo sueñe, querido amigo! ¡Los polis amontonados en Ridgmount Street verán llover para arriba antes de que yo vuelva por allí! —Disfrutó de la decepción de su compañero y remató—: Es justo que sea usted el primero en saberlo. Mr. Smith tiene experiencia. Ya no se encontrarán en Londres más cadáveres con la espina dorsal rota... ¡Ni siquiera el suyo!

—¿Quiere decir que... que piensa utilizar esa... esa espada?

—¡Quizá!

El señor Crabtree halló en el exceso de su terror el coraje de objetar:

—Si me mata, la policía, tarde o temprano, acabará por descubrir la verdad.

El otro negó con la cabeza.

—¡Al contrario! ¡Su desaparición lo arreglaría todo! —Parecía estar conversando sobre aquella posibilidad consigo mismo—. Se deduciría que el inspector Hapgood mintió, por miedo a perder su puesto, cuando aseguró que era inocente del crimen de Grosvenor Gate, y lo tomarían a usted por el asesino. Naturalmente, su cuerpo no debería encontrarse.

El señor Crabtree se apoyó en una fachada, sin aliento. No recordaba pesadilla alguna que igualase en horror a aquel diálogo.

—¡Le preguntarán qué hizo usted esta noche!

—¿Y qué? Sabe perfectamente que dispongo de testigos dispuestos a jurar que estuvieron conmigo.

Por desgracia, era cierto. El señor Crabtree se habría desplomado si el otro no lo hubiese agarrado bajo el brazo.

—¡Tenga usted agallas, demonios! Me falta hacerle una advertencia. Vamos a cruzarnos con transeúntes, tal vez con policías. Al menor gesto imprudente por su parte, al menor grito, le atravieso el cuerpo con la hoja.

—¡No... no se atrevería! Lo arrestarían de inmediato.

—¡No lo crea! Soy muy veloz. En cuanto a descubrirme más adelante, no olvide que estoy caracterizado... Pero pongámonos en lo peor: ¡antes de que me arrestasen, usted estaría muerto!

El señor Crabtree no dudó por un momento de que su acompañante llevase su amenaza a ejecución. Era un milagro que aguantase en pie. «¡Si grito —se repetía— me mata ahora mismo! ¡Si callo, me mata dentro de una hora!».

El instinto de conservación le dictó la única conducta razonable: ganar tiempo, buscar una oportunidad de escapar. El trayecto de Russel Square a Regent's Park es largo. Tal vez...

Un violento choque lo sacó de su ensimismamiento. Un paseante, desorientado por la niebla, acababa de tropezar con él y se disculpaba llevándose un dedo al sombrero:

—¡Usted perdone!

—¿Tiene fuego?

El señor Crabtree creyó estar soñando. ¡Era él quien había hablado, quien sacaba un paquete de Gold Flake para respaldar su petición!

El transeúnte se quitó de entre los labios una maltrecha colilla.

—¡Menudo tiempo! —dijo cortésmente.

El señor Crabtree encendió su cigarrillo mientras vacilaba entre dos gritos: «¡Sálveme!» y «¡Este es Mr. Smith!».

Antes de que lanzase el uno o el otro, otro paseante abordó al primero y le preguntó el camino a Long Acre.

El tipo de la colilla se hizo a un lado. El señor Crabtree se dejó llevar...

—¡Otra encerrona como esta y lo clavo a la primera puerta que encuentre!

El hombrecillo osó un nuevo sistema de defensa.

—En su lugar, me lo pensaría dos veces.

—¿Por qué?

—Subí a ver al mayor Fairchild, antes de salir de la pensión, y le revelé su secreto. Si no vuelvo antes de medianoche, alertará a Scotland Yard.

—No está mal... Solo que, para poder creerlo, yo no tendría que haber estado escuchando detrás de la puerta, dispuesto a interrumpir sus confidencias. ¡Busque otra cosa!

El señor Crabtree buscó otra cosa. Unos minutos más tarde, cuando bajaba de la acera, se desplomó cuan largo era con un grito de dolor. Había localizado, a poca distancia, a un taxi inmovilizado por la niebla y cuyo conductor caminaba fumando un cigarrillo.

—¡Levántese! —ordenó Mr. Smith a media voz—. O por Dios que...

—¡No puedo! —protestó el señor Crabtree—. ¡Oh, oh, oh! ¡Mi tobillo!

Y comenzó lanzar gemidos desgarradores.

El taxista no había perdido detalle del incidente. Se acercó sin prisa.

—¿Se ha roto algo, jefe?

—¡Por lo que más quiera! —suplicó Crabtree—. ¡Lléveme al hospital!

Pero la voz de Mr. Smith cubrió la suya, diciendo:

—Muchas gracias... ¡Me temo que, simplemente, mi amigo ha bebido demasiado!

El taxista no parecía convencido.

—Lo ayudaré a levantarlo.

Ya se agachaba cuando Mr. Smith le tocó el brazo.

—¡Lo llaman!

Era cierto. Un «cliente» había abierto la puerta del coche y gritaba: «¡Taxi!».

El chófer se alejó a regañadientes.

—¡Imposible conducir con este tiempo, señor! —lo oyeron farfullar—. ¡Capaz sería de llevarlo a la abadía de Westminster!

Mr. Smith, por su parte, había sacado la espada de su vaina de bambú. El señor Crabtree sintió la punta en la cintura.

—¡En pie!

Se levantó, lívido, desesperado... ¡Otra tentativa de evasión equivaldría a un suicidio!

Sus pantalones y el bajo de su abrigo estaban sucios. «Si Enid me viera...», pensó. Y después: «¡Mejor será esperar a que se sequen!». Sombras furtivas, como si huyeran de algún perseguidor, se dejaban ver de cuando en cuando. Seguramente el señor Crabtree no se habría fijado en el agente Summers si Mr. Smith no le hubiese clavado los dedos en el brazo mientras decía:

—¡Cuidado! ¡Un poli! ¡Mire al frente!

El señor Crabtree miró al frente. Pero, al llegar a la altura del agente, le salpicó los zapatos de un escupitajo... ¡De nuevo, su subconsciente!

—¡Eh, oiga! ¿Sabe cuánto cuestan esa clase de bromas?

Mr. Smith fue el primero en detenerse.

—¡Le ruego que disculpe a mi amigo, oficial! No pretendía ofenderlo... La verdad es que se casa pasado mañana y hoy es su despedida de soltero.

El agente Summers se jactaba de comprender muchas cosas. Decidió ofrecer al señor Crabtree una ocasión de librarse:

—Doy por hecho que no me había visto.

—¿Cómo, hic, no lo voy a ver? —replicó Crabtree con voz pastosa—. ¡Todo esto es culpa de Harry! —Señaló a su acompañante—. ¡Los polis le dan asco! «¡Mira a ese gordo!», me dijo. «¡Te apuesto una libra a que no te atreves a escupirle!». ¡Demonios, uno tiene su orgullo! «¡Por una libra», le respondí, «le escupo hasta al alcalde de Londres!».

El rostro sonrosado de Summers viró al color berenjena.

—¿Al...? ¡Dios santo! ¡Síganme los dos!

Mr. Smith no se movió.

—¡Un momento, por favor! ¡Es obvio que este hombre miente! ¿No irá usted a...?

—¡He dicho: «Síganme los dos»!

De nuevo la dulce voz de Mr. Smith:

—¿Adónde?

—¡Ya lo averiguarán!

El señor Crabtree pasó de la desesperación al regocijo. ¡Había utilizado el lenguaje adecuado!

Luego del regocijo a la desesperación: en una fracción de segundo imaginó lo que sucedería a continuación, y no vaciló. Su compañero seguía agarrándolo con la mano izquierda. Se soltó de un golpe seco y huyó como un conejo que huele la presencia de un armiño.

Exclamaciones confusas, un ruido de caída. «¡Desdichado!», pensó. «¡Que Dios lo tenga en su gloria!».

El terror, que le había paralizado las piernas en la escalera de la pensión, ahora le daba alas. «¡Socorro! ¡Socorro!», gritaba mientras corría. Pero no tardó en darse cuenta de que eso lo agotaba inútilmente. La niebla ahogaba sus gritos, el barrio estaba desierto. En un primer momento solo había oído el ruido de sus propios pasos y, acompañándolo en tono menor, los latidos desordenados de su corazón. Al cabo de un tiempo, que se le antojó muy corto, el eco pareció multiplicarlas hasta el infinito... No solo lo perseguían, sino que iba perdiendo ventaja.

Quiso aumentar la velocidad. El flato se lo impidió. Y, al cabo, el dolor fue tan fuerte que lo hizo doblarse en dos.

Por suerte, una estrecha calle transversal se abría a su derecha. Se metió por ella, interrogando con angustia a las fachadas.

Eran todas negras e ingratas. Aquí postigos cerrados, allá ventanas sin cortinas. Más lejos, una casa a medio demoler. Lo que había tomado por una calle era un callejón sin salida cuyos habitantes parecían haber huido.

Un callejón hostil donde, de un momento a otro, iba a ser degollado, lejos de toda ayuda humana.

No habría hecho falta aventurarse, en la época en que Ernest Crabtree desgastaba el trasero de sus pantalones en los bancos de la escuela, a predecirle que algún día tendría que dar las gracias al grandullón de Jones.

Y sin embargo...

En aquel momento crucial, fue a él a quien recordó.

No sus vejaciones, no su tiranía cotidiana, sino la manera en que silbaba sin ayuda de instrumento alguno: «Colocas un dedo así... Otro así...».

Un haz de luz en la acera. Una voz fuerte que surgía del suelo:

—¿Qué pasa aquí?

Con el corazón henchido por su canto del cisne, el señor Crabtree se agachó. En la cocina del sótano de la casa contra la que se apoyaba, acababa de abrirse una ventana, un agente en mangas de camisa se ponía el gabán, se colocaba el casco.

—¡Rápido! ¡Rápido! —suplicó el señor Crabtree—. ¡Mr. Smith quiere asesinarme!

Percibió murmullos, luego un ruido de pasos que se alejaba en las profundidades de la casa, se acercaba de nuevo. Por fin la puerta de entrada se abrió de par en par, dando paso a un mozarrón de casi dos metros de estatura. Tenía las mejillas sonrosadas, llevaba un revólver en la mano y una muchacha gruesa con la blusa abierta se colgaba de él lloriqueando:

—¡No vayas, Bert! ¡No vayas! ¡Te puede matar!

El robusto Bert echó un vistazo al callejón y se volvió, sorprendido, hacia el señor

Crabtree:

—Bueno...

Tres hombres acababan de detenerse, indecisos, al borde de la niebla. El primero —que llevaba una espada sin vaina en la mano— era Boris Andreyew. El segundo — que diez minutos antes había desviado la atención del paseante del cigarrillo preguntándole por el camino a Long Acre— era el señor Collins. El tercero —que había interpelado al taxista— era el doctor Hyde.

—¿Cuál quiere hacerle daño? —preguntó Bert—. ¿A cuál debo arrestar?

El señor Crabtree, con las piernas vencidas por las sucesivas emociones, caía blandamente en la inconsciencia.

—¡Arreste a los tres! Mr. Smith no es un hombre... ¡Es tres hombres!

El callejón, aquella isla de silencio, se hallaba en aquel momento barrido por una auténtica tempestad de pitidos de silbato.

—¡Sálvese quien pueda! —dijo Boris Andreyew.

CAPÍTULO XXV

BUENAS NOCHES

—¡Está agotando nuestra paciencia! —exclamó la señorita Pawter—. ¿Va a hablar voluntariamente o tendremos que aplicarle la tortura?

El señor Crabtree no podía sino repetir su historia. Se la había relatado a tres o cuatro inspectores, al superintendente Strickland, al comisario adjunto Prior, al comisario jefe, a obstinados reporteros. Era patente que estaba seguro del efecto producido.

Sin embargo, la mirada fija y apagada de la señora Hobson lo turbaba. Buscó la aprobación de su esposa. Esta, por toda respuesta, le tomó la mano. Gesto simbólico. Enid ya no quería mandar. Quería obedecer al hombre nuevo revelado por los acontecimientos.

—No es infrecuente que un criminal tenga uno o varios cómplices —empezó el señor Crabtree—. Pero quien abordase desde ese punto de vista la asociación Andreyew-Hyde-Collins cometería un error de juicio. Cada uno de sus miembros tenía los mismos derechos, las mismas obligaciones. Digamos que constituían una especie de sóviet, que Mr. Smith era un asesino en tres personas. Sin duda nunca sabremos toda la verdad. Imagino, no obstante, que Andreyew y consortes atacaban alternativamente, se pasaban el arma como los corredores olímpicos se pasan la antorcha.

La audiencia parecía reducida. Sin embargo, allí estaban, además de la señora Crabtree y la señora Hobson, la señorita Holland, la señorita Pawter, el mayor Fairchild, el profesor Lalla-Poor y dos nuevos huéspedes cuya identidad seguía siendo vaga: un gordo bajito, que ya empezaba a inspirar una antipatía profunda al mayor, y un hombre alto y delgado de cabello gris, voz dulce, gestos comedidos.

—Mientras los asesinos corrientes suelen descuidarse y acabar cometiendo imprudencias fatales, Mr. Smith, Messrs. Smith para hablar con propiedad, pecaron a fin de cuentas de exceso de precaución. Su asociación se basaba en una idea genial. No sé a qué atribuirlo. Tal vez tomase forma en el transcurso de una simple conversación. Sea como sea, se resume en una frase. Para persuadir a la policía de que se las veía con un solo hombre, Messrs. Smith 1, 2 y 3 decidieron utilizar procedimientos idénticos y firmar sus crímenes con un seudónimo que engendrara la idea de unidad. De ese modo, si uno de ellos era acusado o detenido, su inocencia quedaría automáticamente demostrada mediante de la reanudación de la actividad por los otros dos.

El señor Crabtree hizo una pausa.

—Tal fue la creencia que inspiró a nuestros desdichados amigos. Sin embargo, si bien habían previsto que la suerte se les pudiera poner en contra algún día, no sospecharon que sería en circunstancias que exigirían el pleno desarrollo de su plan de defensa.

Nueva pausa.

—El 28 de enero, durante el día, Mr. Smith (1, 2 o 3), se percató por distintos indicios de que la policía vigila la pensión. Un agente vino, aquella misma mañana, a interrogar a la señora Hobson con el pretexto del censo; detectives de paisano se pasean por la plaza. La conclusión se impone: un testigo ha debido de verlo, a él o a alguno de sus cómplices, entrar en el número 21; los agentes pueden invadir la casa en cualquier momento, interrogar a todo el mundo...

—Siempre dije que la policía tendría que haber sido más circunspecta... ¡o más rápida! —exclamó el mayor.

—¡Bah! En ambos casos, el plan habría funcionado más o menos de la misma forma. Lo desconcertante en este caso fue la rapidez con la que Andreyew y compañía remediaron el revés de la suerte. Pero no hay que olvidar que estaban preparados para lo peor desde hacía meses...

El señor Crabtree había sacado un cigarro del bolsillo. Enid se lo encendió con presteza.

—Gracias, querida amiga... No pretendo criticar los métodos de Scotland Yard. En definitiva, los investigadores tenían difícil el actuar de otro modo. Cuando metieron la pata fue cuando se encontraron ante el cadáver del señor Julie. En lugar de dejarse hipnotizar por los indicios materiales, habrían hecho mejor, en mi opinión, en preguntarse: «¿Por qué ha matado Mr. Smith en su propia casa... y de un modo tan distinto que en el pasado?».

—¡Pero si no dejaron de preguntárselo! ¡Y nosotros también! —exclamó la señorita Pawter.

—Por último, estaban esas llamadas telefónicas a los periódicos. «Fanfarronería, deseo morboso de vanagloriarse», fue la conclusión general. Pero fue precipitada y no tiene lógica. La verdad es que, al asesinar al señor Julie y avisar a los diarios, Messrs. Smith deseaban sencillamente transformar en certeza las sospechas de la policía, como un boxeador que se expone para vencer con mayor seguridad a su adversario.

—¡No lo entiendo! —farfulló el mayor—. ¿Para qué precipitar los acontecimientos? Scotland Yard, al no tener pruebas, no habría podido arrestar a nadie.

—¿Y qué? No conoce usted bien a la policía de nuestro país. Puede que existan otras más brillantes, pero no más tenaces. Ahora bien, lo que Andreyew y los demás querían evitar a toda costa era ser considerados sospechosos y, como tales, ser vigilados durante el resto de su vida... En una palabra, cometieron sus cuatro últimos crímenes para recibir cada uno un certificado de inocencia.

—Pero ¿por qué atacar al pobre señor Julie en vez de a cualquiera de nosotros? —preguntó tímidamente la señorita Holland—. ¿Lo conocían desde hacía tiempo? ¿Aprovecharon la ocasión para vengarse de él?

—No. Nunca lo habían visto antes del 28 de enero por la mañana.

—Tal vez creyeron que trabajaba para Scotland Yard —dijo a su vez la señorita Pawter.

—En absoluto.

—¡Ya lo tengo! Se había fijado en algún detalle comprometido para ellos y...

—Tampoco.

El señor Crabtree se parecía cada vez más a un gnomo malicioso.

—La respuesta es tan breve como inesperada. Y lo que es más: dudo que el móvil tenga un equivalente en los anales del crimen. ¡Messrs. Smith eligieron al señor Julie porque hablaba francés!

—¡Diantres! —maldijo el mayor—. ¿Hasta tal punto les hacía daño al oído?

—No. ¡Pero el profesor era el único habitante de la casa susceptible de escribir antes de morir el famoso «*Il b...*» que englobaba en una sola acusación a los tres Mr. Smith!

—¿Afirma usted que las marcas fueron trazadas por la mano del asesino?

—Precisamente. No olviden, primero, que el forense encargado de examinar el cadáver del profesor concluyó, en un primer momento, que la muerte había sido instantánea; y, segundo, que Andreyew y compañía querían ensuciarse por todos los medios para parecer aún más limpios en lo sucesivo.

—¿De dónde sacó la convicción de que las marcas eran apócrifas?

—Veamos... «*Il b...*», para los policías, designaba la manía del asesino. ¡Sea! Pero yo pregunto: ¿no habría sido más lógico que el señor Julie escribiera para señalar a Andreyew «*le R...*» (*le Russe*, «el ruso»), y para señalar al doctor Hyde: «*le d...*» (*le docteur*, «el médico»)? Añadamos a eso que, habiendo llegado a la pensión apenas unas horas antes, era muy poco probable que conociera el extraño pasatiempo de Andreyew, es decir, el bordado. En resumen, si se tomaba el mensaje por auténtico, no podía señalar más que a Collins. Pero, una vez arrestado Collins, los crímenes continuaron...

El señor Crabtree se recogió un instante. Luego prosiguió:

—Quisiera llamar su atención sobre la habilidad cuasi diabólica con la que Andreyew, Hyde y Collins se acusaron a sí mismos o mutuamente sin dar por ello carácter definitivo a las pruebas que conllevaron su arresto... Tomemos el asesinato del señor Julie. Collins se cuida de empezar negando su visita al doctor Hyde, es reacio a admitir su presencia en la cocina, miente, se interrumpe, simula fallos de memoria, contradicciones todas ellas en las que la policía quiere ver el indicio de una conciencia culpable, pero que un buen abogado achacaría a la emoción. Queda el incidente de los billetes manchados de tinta violeta... Aquí Collins habría podido representar el papel de víctima, mantener que alguien quería hundirlo. Naturalmente, se cuidó muy mucho de hacerlo después de tres días de interrogatorio, hasta dejarse arrancar una confesión en la que entraba, ¡qué ironía!, una parte de verdad... Más típica aún es la historia de ese medicamento fantasma prescrito por el doctor Hyde al señor Julie (digo «fantasma» porque, con toda probabilidad, no llegó a existir más que en la imaginación del médico). Hyde sabía que la policía no se contentaría con una simple afirmación, que se esforzaría por averiguar cómo había tomado la víctima el comprimido, que buscaría su rastro en la autopsia y, atando cabos, concluiría que era mentira. ¿No resulta paradójico? Apremiado por la necesidad, Hyde probablemente habría alegado que esperaba de ese modo alejar las sospechas de su persona. ¡En realidad, no buscaba más que atraerlas! Andreyew, por último, se parapeta detrás de coartadas voluntariamente frágiles, indemostrables; se cita con Ginger Lawson, cosa que

levantará sospechas pero que puede, no obstante, ser explicada con naturalidad, y apresura su arresto dirigiendo al inspector jefe Strickland una carta anónima en la que se denuncia a sí mismo... Óiganme bien: ¡ni un solo indicio que no estuviera trucado, que no sirviese en mayor o menor medida a los propósitos de los criminales!

—¿Cómo demonios descubrió usted todo eso? —farfulló el mayor.

—La verdad, en un primer momento me pregunté por qué será tan importante para Mr. Smith firmar sus crímenes. «Vaya», me decía, «he aquí a un hombre que ataca a sus víctimas en la calle, cuyo tiempo, por consiguiente, es valioso, para quien un retraso de un segundo resultaría fatal, ¿y arriesga su pellejo por una simple satisfacción de su ego? Solo una razón de extrema gravedad, de importancia vital, puede incitarlo a comportarse de ese modo». Más delante me sorprendió que Mr. Smith llevase la audacia hasta el extremo de cometer un crimen bajo su propio techo. ¡Parecía un suicidio! ¿Y por qué renunciar a sus métodos habituales, cambiar de arma? A fuerza de darle vueltas al asunto, encontré una solución que me satisfizo durante un tiempo, exactamente hasta el asesinato de la señora Dunscombe. El robo era un móvil insuficiente. En cambio, Mr. Smith, acorralado por la policía, debía de haber tenido la intención de comprometer a otro, de inculpar a un inocente, mediante ese último asesinato, de todos sus crímenes pasados.

—¡Las grandes mentes se reúnen! —dijo la señorita Pawter con viveza—. En aquel momento yo llegué a las mismas conclusiones. ¡Pero el asesinato de la señora Dunscombe las invalidó!

El señor Crabtree la amenazó con el dedo:

—Tenía que haberse hecho la misma pregunta que sustenta todas las investigaciones judiciales. *Cui prodest...* ¿Quién se beneficia del crimen? Personalmente, pensé que la muerte de la joven beneficiaba sobre todo a Collins, cuya «inocencia» quedaba así demostrada. Del mismo modo, el asesinato de Ginger Lawson, si bien reportó una suma importante de dinero a su autor, tuvo como principal consecuencia la liberación del doctor Hyde. Pero el caso del señor Allan Smith sigue siendo el más revelador. Recuerden que el desdichado no llevaba encima más que una libra y algunos chelines y fue, hecho excepcional, asesinado con buen tiempo. Una razón misteriosa urgía evidentemente a su asesino, le impedía esperar el regreso de la niebla... ¿Cuál? Tardé mucho en descubrirlo... Andreyew, encarcelado desde hacía una semana, debía de estar empezando a ponerse nervioso, tal vez a desanimarse. Hyde y Collins temieron, al ver transcurrir los días, que el ensañamiento de sus atormentadores terminase por vencer la resistencia de Andreyew.

—¡Extraordinario! —dijo alguien.

—Así pues, mis sospechas tomaban forma poco a poco, respaldadas por observaciones cotidianas, hechos banales ignorados por la policía. Por ejemplo, la noche en que Collins regresó... su emoción ante la bienvenida que le dimos no era fingida en absoluto y se tradujo, después de la cena, en un violento acceso de remordimientos. Por eso lo encontramos frotándose la mandíbula a los pies de Andreyew. Evidentemente el ruso había tenido que recurrir a argumentos contundentes para hacerle recuperar la sangre fría. Otro ejemplo: después del asesinato del señor Lawson, cuando la policía vino a interrogarnos a Andreyew, al profesor Lalla-Poor y a mí, fui testigo de una escena que me dio que pensar. Andreyew, incitado por el demonio de la seducción y tal vez también por un ataque de pánico, habló con la señora Hobson diciéndole solo lo estrictamente necesario para inspirarle el deseo de

socorrerlo. Ella se declaró pues dispuesta a afirmar que habían pasado juntos la noche anterior. Yo estaba detrás de la puerta. Ahora bien, Andreyew rechazó su ayuda, como hombre que ha de apurar el cáliz hasta las heces, y distinguí en su actitud la misma voluntad implícita de provocar desconfianza que en las respuestas embrolladas, torpes, de Hyde y de Collins.

—Pero ¿cuándo y cómo adquirió la certeza de no estarse equivocando?

—Durante el *bridge* en el que los tres Messrs. Smith me pidieron que participase...

—¡Demonios! —gruñó el mayor—. ¿Acaso afirma que su forma de sujetar las cartas o de jugarlas le dio la prueba de su culpabilidad?

—Sí y no. Ya sospechaba considerablemente de ellos cuando acepté su propuesta. Sin embargo, seguía desconfiando de mi imaginación... Entonces ocurrió lo siguiente: que aquellos tres hombres de hierro, tan seguros de sí mismos, se entregaron imprudentemente a sus inclinaciones naturales. Fuese cual fuese el valor de mis cartas y la oportunidad de mis cantos, no dejaba de perder por culpa de mi pareja. Bastaba con que Hyde, Collins o Andreyew se sentasen frente a mí para que se pusieran a jugar mal. ¿Qué habrían concluido ustedes? La conclusión que saqué yo fue que se aliaban en mi contra para repartirse las ganancias más tarde... Ahora bien, de ahí a decirme que formaban equipo en la vida real...

La señora Hobson, viva imagen de la aflicción, había salido de la sala sin decir palabra. La oyeron dar la luz en su despacho. Después, el inquilino de cabello gris salió a su vez.

—Ciertas conclusiones de orden psicológico son dignas de comentar —remató el señor Crabtree—. Desde el principio me había preguntado quiénes de nosotros tenían el cuajo de matar y estimaba que solo eran capaces: primero, Collins, por su inmoderado amor al dinero (recuerden su avaricia de escocés sobre la que tan a menudo bromeábamos); segundo, el doctor Hyde, cuya misantropía era resultado de una vida malgastada y un encarcelamiento tal vez inmerecido; tercero, Andreyew, por perversión, gusto por el peligro, desequilibrio...

Así evocadas, las sombras de los tres desaparecidos parecieron invadir por un momento la estancia: la sombra elegante del apuesto Boris, cuyo cuerpo mutilado había sido sacado del Támesis por la policía fluvial; la sombra triste y coja del doctor Hyde, muerto por envenenamiento; la sombra, al fin, inquieta y anodina del señor Collins, hijo indigno de un pastor de Northumberland, que, solo y abandonado, sería el único en responder por los crímenes de Mr. Smith ante la justicia.

—¿No les parece que empieza a hacer frío? —preguntó la señorita Holland.

—¡Me parece que voy a estar muy a gusto aquí! —dijo el nuevo huésped.

Se disponía a salir del despacho y, por más que hubiese utilizado palabras banales, su frase iba cargada de sentido. Añadió con el mismo tono ecuánime:

—Su visible aflicción me autoriza a asegurarle todo mi apoyo. La vida tampoco se ha portado bien conmigo. Si algún día quisiera usted abrirme su corazón, vería en esa decisión un gesto de confianza y estima. Buenas noches.

El profesor Lalla-Poor dobló el *Daily Chronicle*.

—Acaban de encontrar en una perrera abandonada, cerca de Ruskin Park, el cuerpo de una mujer completamente desnuda, estrangulada con sus propios cabellos...

¡Curioso, naturalmente!

—Sí —dijo la señorita Pawter embargada por su manía de componer eslóganes a diestro y siniestro—, pero... ¡Mr. Smith asesina mejor!

Mary asomó la cabeza al despacho.

—Subo a acostarme. ¡Buenas noches, señora!

—Buenas noches, Mary —respondió la señora Hobson pensativa.

Vaciló.

—A propósito, no toque los zapatos del señor Bullet, el nuevo huésped... Yo misma los limpiaré.

Agosto de 1938 - marzo de 1939

NOTAS

¹ En italiano, «para sus adentros». (*Todas las notas son de la traductora, excepto cuando se especifique*).

² *Flying Squads*, brigadas motorizadas en automóvil.

³ No sorprenderá en exceso al público lector saber que Alfred Burt tiene hoy en día un puesto ambulante de fritura en Covent Garden. (*N. del A.*)

⁴ El *cockney* es el dialecto de los bajos fondos del East End.

⁵ El *borsch* es una sopa de verduras de origen ucraniano. *Ojos negros* es una célebre canción rusa compuesta, curiosamente, por un poeta ucraniano. *Lazybones* es una canción compuesta en 1933 que fue un éxito en la época.

⁶ En latín, «No podemos».

⁷ En la calle Fleet se situaban tradicionalmente las sedes de los periódicos londinenses. La expresión «Fleet Street» se utiliza como sinónimo de «la prensa».

⁸ Mac Tavish es un apellido originario de Escocia. Aludiendo al origen de Collins, el doctor Hyde lo tilda de tacaño, defecto que el tópico atribuye a los escoceses.

⁹ En francés, «cojera».

¹⁰ Recordemos que el señor Julie dejó escrito «*Il b*», que, en francés, tanto puede querer indicar *il bégaie* («tartamudea») como *il boíte* («cojea»).

¹¹ Canción popular que tiene como letra un poema escocés del siglo XVIII. Se canta tradicionalmente para despedir el año y, por extensión, en ceremonias con carácter de despedida. Al silbar esta canción, el doctor Hyde expresa pues con sutil ironía su opinión sobre el interrogatorio al que está siendo sometido.

¹² En ruso, «¡Dios mío!» (мой)

¹³ En latín, «No se ha de hablar mal de los muertos».

¹⁴ En francés, «tartamudear» o «balbucear», «cojear» y «bordar».

¹⁵ *Diccionario de la lengua francesa*, de Émile Littré.

¹⁶ En ruso, «¡Bueno!» (Хорошо).

¹⁷ En ruso, «aperitivos» (закуски).

¹⁸ El *bridge plafond* es una versión francesa y más antigua del *bridge* actual, conocido como *bridge* de contrato y basado en las reglas que introdujo Harold Stirling Vanderbilt en 1925, que se impuso como forma dominante del juego desde entonces. El *plafond* y el *bridgede* contrato se distinguen fundamentalmente por la forma de puntuar.

Índice

EL ASESINO VIVE EN EL 21	2
PRÓLOGO	5
CAPÍTULO I	10
CAPÍTULO II	15
CAPÍTULO III	20
CAPÍTULO IV	25
CAPÍTULO V	29
CAPÍTULO VI	33
CAPÍTULO VII	35
CAPÍTULO VIII	41
CAPÍTULO IX	45
CAPÍTULO X	51
CAPÍTULO XI	56
CAPÍTULO XII	61
CAPÍTULO XIII	66
CAPÍTULO XIV	71
CAPÍTULO XV	74
CAPÍTULO XVI	78
CAPÍTULO XVII	82
CAPÍTULO XVIII	86
CAPÍTULO XIX	90
CAPÍTULO XX	93
CAPÍTULO XXI	96
CAPÍTULO XXII	99
CAPÍTULO XXIII	103
CAPÍTULO XXIV	107
CAPÍTULO XXV	114
NOTAS	120